

Eloy M. Cebrián

O peración Beowulf



Londres, 1941. Los bombardeos alemanes acaban de poner al descubierto un secreto guardado durante siglos en el corazón de la ciudad. Laura Phillips, joven arqueóloga del Museo Británico, va a emprender la aventura más apasionante de su vida. Una antigua inscripción puede ser la clave de un fabuloso hallazgo. ¿Estará Laura a la altura de la tarea? ¿Será capaz de frustrar el plan más perverso y secreto de la Alemania nazi?

Operación Beowulf es una trepidante novela de aventuras que te sumerge en un tiempo legendario, uno de los capítulos más célebres de la Segunda Guerra Mundial desde una óptica nueva y sorprendente, tanto como los misterios que se ocultan bajo las calles de Londres.

Eloy M. Cebrián

Operación Beowulf



Título original: *Operación Beowulf*
Eloy M. Cebrián, 2010

Revisión: 1.0

✎ 24/02/2020

Capítulo I

Blit

Desde el puesto de observación del bombardero alemán, la ciudad de Londres no era más que una superficie negra atravesada por una serpenteante línea plateada. Volaban a 6.000 pies de altitud, por lo que la temperatura dentro del aparato resultaba gélida. Aun así, el joven oficial de navegación tuvo que secar el sudor que le cubría la frente. Era su primera misión. Tenía tanto miedo que las manos le temblaban mientras manejaba sus instrumentos. Pero su pesadilla no era la posibilidad de morir derribado por un caza británico, sino que sus compañeros de tripulación, todos más veteranos que él, notaran su nerviosismo. Respiró hondo y trató de serenarse. Para ello se concentró en el brillo fosforescente de sus instrumentos y en el sonido gemelo de los motores, cuyo bronco rugir producía en él un efecto sedante. Echó un vistazo por la ventanilla lateral y, casi pegada al ala de su aparato, vislumbró la sombra de otro Heinkel He 111 de su misma unidad. Y más allá, un grupo de nubes iluminadas por la luna, presencias fantasmales en el cielo de mayo. El momento de soltar las bombas se acercaba y el corazón del muchacho comenzó a latir con fuerza. En la superficie ya se veían las llamaradas de las primeras explosiones. Una gran bola de fuego junto a la cinta plateada del Támesis marcó el impacto de una bomba incendiaria. El muchacho se ajustó los auriculares y prestó atención a las indicaciones de su panel de instrumentos. Aquel era un bombardeo prácticamente a ciegas. Las señales de radio recibidas desde el continente les habían ayudado a volar con precisión hasta el objetivo, pero no les permitirían distinguir los blancos militares de los núcleos de población civil. Aunque eso no era de su incumbencia. El joven oficial de la Luftwaffe respiró hondo y trató de no pensar en los millones de seres humanos que vivían allí abajo. Él no tomaba las decisiones, solo cumplía órdenes. Los haces de los reflectores taladraban el cielo nocturno y una línea de destellos intermitentes le reveló la presencia de una batería antiaérea hacia el este. Por fortuna volaban alto, fuera del alcance de los obuses ingleses. De repente sus tímpanos vibraron con un silbido de alta frecuencia. El momento había llegado y su adiestramiento le permitió actuar sin vacilación, tal como había aprendido a hacerlo. Nada tenía contra los británicos, pero en sus discursos el Führer repetía que eran enemigos del pueblo alemán, y el Führer nunca mentiría. Además, el joven tripulante no entendía de política. Lo que contaba era que su dedo pulgar, como si su voluntad nada tuviera que ver con ello, acababa de presionar el botón rojo que abría las portillas del

compartimento de bombas, y que instantes después media tonelada de muerte en forma de proyectil se precipitaba hacia la superficie. La primera bomba tardó unos veinte segundos en chocar contra el suelo.

* * *

A ochenta pies de profundidad bajo las calles de Londres, una muchacha llamada Laura Phillips se estremeció al oír el estruendo lejano de una explosión. De repente su garganta se llenó con el sabor a hierro del miedo. Volvió a verse con nueve años, la edad que tenía aquel verano que pasó en la granja de sus abuelos, en Surrey, y una fuerte tormenta la sorprendió en medio del campo. Pero en esta ocasión no estaba sola al aire libre. La rodeaban miles de sus conciudadanos y se ocultaba a muchos pies bajo tierra, como un conejo atrapado en su madriguera. Tampoco eran truenos aquellas explosiones cuyo estrépito se abría paso hasta allá abajo, haciendo temblar los túneles como si la Tierra estuviera siendo pisoteada por una bestia furibunda. Aquel fragor capaz de traspasar numerosos estratos de tierra, roca y hormigón lo producían las bombas alemanas al caer sobre Londres, y el refugio subterráneo de Laura era una estación de la red metropolitana, el lugar que los londinenses conocían familiarmente como «el Tubo». El escenario y la causa eran distintos. Pero la sensación de violencia y peligro era la misma de quince años antes, cuando una niña aterrada lloraba bajo un infierno de agua y relámpagos en mitad de un prado de Surrey. Y también el miedo era idéntico. El mismo miedo que debe de sentir un insecto a punto de ser aplastado.

Era viernes y Laura había terminado tarde su jornada de trabajo en el museo. En circunstancias normales, la muchacha habría tenido prisa por llegar a casa. El recorrido en bicicleta hasta su domicilio era largo, y el «oscurecimiento» decretado por las autoridades convertía las calles de Londres en un lugar peligroso tras la puesta de sol. La consigna era privar a los bombarderos alemanes de blancos fáciles. Por ello la ciudad debía arreglárselas sin alumbrado público, y sus habitantes habían recibido la orden de cegar las ventanas con gruesas cortinas y cartones. En cuanto a los escasos vehículos que circulaban tras la puesta de sol, casi todos ambulancias o vehículos militares, debían hacerlo casi a ciegas, con apenas unas rendijas de luz en sus faros. Al cabo de media hora Londres iba a convertirse en un lugar peligroso para los peatones y los ciclistas como ella, pero eso parecía no inquietar a Laura ni a los cientos de personas que aún transitaban por las aceras. La tarde de mayo resultaba agradable. El aire olía a campo y a fin de semana. La gente regresaba de Wembley tras ver ganar al Arsenal en una semifinal de Copa. Si se hacía un esfuerzo, casi se podía imaginar que aquel era un viernes como otro cualquiera que los londinenses hubieran vivido antes de septiembre del año anterior, cuando Hitler sentenció que la ciudad y los millones de personas que la habitaban debían desaparecer de la faz de la tierra. Pero la guerra era una realidad demasiado palpable, demasiado abrumadora, para ignorarla como si tal cosa. Dondequiera que Laura dirigiera la vista, allí estaban sus señales: la escasez de vehículos por el racionamiento de combustible, las pilas de sacos terreros que protegían fachadas y monumentos, el desusado número de hombres y mujeres de uniforme que circulaban por las aceras... Y, sobre todo, la ausencia de niños. Los niños de Londres habían desaparecido como si

la ciudad hubiera sufrido la venganza de un malvado flautista de Hamelin. Cientos de miles de niños convertidos en refugiados, separados de sus familias y evacuados al interior del país, hasta zonas apartadas donde no fueran objetivo de las bombas enemigas. Londres era una ciudad sin niños que cada noche sucumbía a las tinieblas.

Pero no era una ciudad sin esperanza. Hitler había dicho que Inglaterra caería en pocas semanas. Sin embargo, habían transcurrido nueve meses desde el comienzo del *Blitz* y allí seguían los londinenses, abarrotando las calles y los estadios de fútbol y tratando de que sus vidas se parecieran lo más posible a lo que habían sido antes de la guerra. Y eso encendía en Laura una pequeña chispa de optimismo. «Aquí seguimos», se dijo mientras pedaleaba, disfrutando en el rostro la caricia de la brisa de mayo. «Heridos, pero todavía en pie». Como el señor Churchill había dicho por la radio pocos días antes, «Londres es como un gigantesco animal, capaz de soportar heridas terribles, maltrecho y sangrante, pero que aún preserva su vida y su movimiento». Sí, en tardes como esta todavía era posible hallar un resquicio para la esperanza.

Y entonces comenzaron a aullar las sirenas.

Por mucho que en los últimos meses los londinenses hubieran oído casi a diario esa señal de alarma, no era posible acostumbrarse a un sonido como aquel, tan íntimamente ligado a la muerte y a la tragedia. Era como si de pronto quedaran abiertas las puertas del infierno y a través de ellas afloraran a la tierra los bramidos de una legión de demonios. Con todo, el quejido ululante de las sirenas no provocó ninguna estampida. No hubo escenas de pánico, sino un resignado repliegue hacia el lugar seguro más próximo. Algunos usaban su propio sótano o el de sus vecinos. Otros confiaban en esos refugios prefabricados que las autoridades habían repartido entre la población y que la gente montaba en sus patios y jardines. Al igual que cientos de miles de sus conciudadanos, Laura prefería la protección que brindaban las estaciones de metro.

La muchacha consultó su reloj. Sabía que contaban con apenas diez minutos desde que las escuadrillas enemigas eran detectadas sobre el Canal hasta que la primera bomba explotaba en la ciudad. Diez minutos para poner la vida a salvo. A ella le correspondía el refugio de la estación de Islington, pero dudaba que le diera tiempo a llegar hasta allí. En cambio, estaba muy cerca de Kings Cross, de modo que encaminó en esa dirección su bicicleta, sorteando trabajosamente a la multitud que, con la resignación de un ejército de condenados, acudía a buscar el refugio subterráneo de la red metropolitana. El sonido de las sirenas se le figuró hoy más estridente que nunca, más preñado de angustia, como si el bombardeo que anunciaban no fuera a ser uno más, sino el definitivo, el que lograría convertir su amada ciudad en un desierto de cascotes, escombros y hierros retorcidos. La estación de metro quedaba muy próxima, pero la multitud se había adensado de tal forma que a Laura no le resultaba posible continuar sobre la bicicleta, así que la dejó apoyada en un muro y siguió a pie.

De repente cesaron las alarmas, pero eso no sirvió para tranquilizarla. Primero fue consciente del rumor de la multitud: voces aterradas, cuchicheos, lamentos, alguna exclamación ahogada que no se atrevía a abandonar del todo las gargantas. Después oyó a los perros, todos los perros de Londres ladrando y aullando de terror. Enseguida sonó el zumbido de los aviones, que crecía en intensidad a cada segundo, y las primeras descargas de las baterías antiaéreas tronaron en la distancia. Apenas había transcurrido un minuto cuando los cañonazos sonaban ya como el redoble sostenido de un tambor. Ahora era posible distinguir el gruñido grave que producía el motor de los gigantes Junkers y Heinkel del más agudo que emitían los cazas Messerschmitt que los

escoltaban. Como cualquier londinense, Laura se había convertido en una experta en distinguir las aeronaves por el sonido de sus motores, pero en esos momentos estaba demasiado aterrada para reparar en semejantes detalles. Solamente quería alcanzar el refugio de la estación de metro de Kings Cross, que se encontraba al otro lado de la calle, aunque el avance de la multitud resultaba tan lento, tan exasperantemente lento, que igual podría haber estado en el otro extremo del mundo.

Las escuadrillas enemigas eran ahora visibles en el cielo crepuscular, taladrado ya por los haces de los reflectores. Y entonces comenzó a oírse ese silbido que se había convertido en preludeo de la muerte: el que producían las bombas al rasgar el aire en su caída. La primera detonación sacudió a la multitud como un mazazo. Al igual que las miles de personas que la rodeaban, Laura agachó la cabeza y se encogió de modo instintivo. Aunque tampoco esta vez hubo pánico. La población estaba bien adiestrada y todos sabían que un «sálvese quien pueda» representaba una muerte casi segura, de modo que procuraron ignorar el rugir de los aviones y las explosiones, que cada vez sonaban más cercanas, y obedecieron las instrucciones de los hombres de la defensa civil, fácilmente identificables por sus cascos y sus uniformes verdes. Laura no pudo contener un suspiro de alivio tan pronto como notó sobre su cabeza el techo protector de la estación de metro. Ahora solo quedaba desear que la amenaza terminara pronto.

Horas más tarde, pasada ya la media noche, el bombardeo continuaba con una intensidad que no se conocía desde hacía meses. Laura permanecía sentada en un banco del andén, como si esperara un tren que no llegaría jamás. Le habían entregado una manta no muy limpia y una taza de hojalata llena de un té amargo que llevaba horas frío. «¿Cuándo acabará?», se preguntaba una y otra vez. Pero allá arriba las explosiones se sucedían a intervalos irregulares, y la sirena que habría de anunciar el final del bombardeo parecía haber enmudecido para siempre. Le habría gustado conciliar el sueño, pero resultaba difícil hacerlo en aquella penumbra densa de murmullos y de olores. Justo a su lado una pareja de ancianos dormía plácidamente sobre una colchoneta, con las manos entrelazadas y expresión apacible, como si nada les importara con tal de seguir juntos. Un poco más allá había una familia entera: un matrimonio con dos hijos adolescentes y una niña de unos diez años. Ellos llevaban ropas occidentales, pero la mujer y su hija vestían saris. Por el tono de su piel, Laura supuso que eran indios. Los padres mantenían la calma, pero los chicos miraban en todas direcciones con sus enormes ojos oscuros, aterrados, incapaces de comprender por qué los occidentales habían decidido destruir el mundo rico y cómodo en el que vivían. Algunos pasos a su derecha había tres hombres de mediana edad sentados en el suelo sobre una manta. Estaban jugando a las cartas (tal vez al póquer, por lo que Laura podía distinguir). Por su aspecto y el acento que identificó en sus murmullos, la muchacha dedujo que eran londinenses de las zonas populares, habitantes de los barrios de Whitechapel o Limehouse, probablemente trabajadores de los muelles. El bombardeo debía de haberlos sorprendido cuando regresaban a casa después del partido. Parecían tranquilos y despreocupados, como si la partida se estuviera desarrollando en su *pub* favorito con una pinta de cerveza negra delante, en lugar de a muchos pies bajo tierra, mientras la calle donde habían nacido era destruida por las bombas alemanas. Porque eran precisamente los barrios obreros y la zona portuaria del este de Londres los que estaban soportando mayor intensidad de fuego. Según se decía, los nazis habían pensado que castigando a los más humildes crearían descontento y revueltas, lo que aceleraría la caída del gobierno. Casi todos los habitantes del East End habían sufrido la pérdida de amigos y parientes. Algunas familias habían perecido enteras bajo los escombros de sus casas. Pero allí estaban aquellos

hombres, disfrutando de su partida, de su té frío y de sus últimos cigarrillos, y probando con su actitud (despreocupada tan solo en apariencia) que los ingleses eran mucho más duros de roer de lo que Hitler había supuesto. A Laura le habría gustado tener un poco de su valor, pero lo cierto era que en noches como esta resultaba muy fácil sucumbir a la desesperación.

La muchacha se arrebujo en su manta y noto que las lagrimas le anegaban los ojos. Entonces vio que la anciana que estaba tendida junto a ella habia despertado y la miraba con una sonrisa. Laura noto una repentina oleada de calor, pues aquella sonrisa era idantica a la de su madre muerta varios años atras. Sin pronunciar una palabra, la anciana parecia estar diciendole: «No te preocupes, cariño, esto pasara y el mundo volvera a ser como antes». Laura le devolvió la sonrisa y se sintió reconfortada. Pero cuanto le habria gustado que David estuviera a su lado en este momento.

Se habian conocido dos años antes, en el verano del 39, cuando la guerra era tan solo una posibilidad remota en la que nadie creia de verdad. El profesor Phillips, el padre de Laura, prestaba sus servicios como arqueologo para el Museo Británico y ella se habia graduado en Oxford el año anterior. Su padre le habia propuesto participar en una excavación que él iba a dirigir, a lo que Laura accedió de inmediato, aunque no pudo disimular su decepción cuando supo que los trabajos no iban a tener lugar en Egipto o en Grecia o en algún otro país lejano y exótico, sino en el condado de Suffolk, a apenas cien millas de Londres. «¿Qué puede haber de interesante en Suffolk?», pensó Laura, reacia a permanecer un verano entero en el que probablemente era el sitio más aburrido del mundo. Pero el profesor Phillips la sacó de su error al revelar que podían encontrarse en la antesala del hallazgo arqueológico más importante que se hubiera realizado en suelo inglés. Así pues, Laura se incorporó al proyecto con entusiasmo.

Entre junio y septiembre se trabajó sin descanso en Sutton Hoo, a pocas millas del mar del Norte. A primera vista no era más que un prado acribillado por madrigueras de conejo, pero lo cierto es que el paraje se consideraba un lugar mágico, y la prueba era que los habitantes de la zona trataban de evitarlo a toda costa. Se hablaba de apariciones y de las pavorosas criaturas que rondaban por Sutton Hoo de noche en vísperas del solsticio. En el pequeño museo del pueblo cercano habia una colección de objetos encontrados en el lugar: puntas de lanza, abalorios, algún pedazo de hueso... nada demasiado importante ni valioso. Con todo, el padre de Laura estaba convencido de que Sutton Hoo habia sido un lugar sagrado y de que las pequeñas lomas que se observaban desde el río no eran de origen natural, sino que ocultaban alguna sorpresa. Su entusiasmo era tal que habia bastado para persuadir al comité del museo, y ello a pesar de los tiempos revueltos que corrían.

No fue fácil para Laura integrarse en un equipo formado solamente por varones. Al principio todos la miraron con sorpresa. Algunos incluso pensaron que su cometido era encargarse de la cocina. Pero ella estaba acostumbrada a abrirse camino en un mundo de hombres. Todos sus profesores en Oxford lo habian sido, y también sus compañeros en la Facultad de Historia. En aquella venerable institución se admitían mujeres desde principios de siglo, pero estas siempre habian sido una exigua minoría en comparación con los varones. A las jóvenes que decidían emprender estudios superiores se las tenia por excéntricas, futuras solteras. Sin embargo, Laura habia logrado ganarse el respeto de sus profesores y sus compañeros, y ello sin que prácticamente nadie llegara a saber que su padre era nada menos que el profesor Charles Phillips, experto en antigüedades anglosajonas y uno de los arqueólogos más reputados del país. En la excavación de

Sutton Hoo, en cambio, todos sabían que aquella bonita muchacha de pelo castaño era la hija del jefe, pero se les borró la sonrisa de la cara cuando vieron a la «niñita del profesor» arrimar el hombro con la misma energía que los peones de la excavación, o cuando Laura demostró que sus conocimientos de historia o arqueología podían medirse con los de cualquiera de los miembros varones del equipo. Entonces la condescendencia se tornó en recelo. Algunos empezaron a fruncir el ceño a su paso. Otros, sencillamente, se comportaban como si ella no existiera. Salvo David, claro.

Como Laura supo por sus propias palabras, la de David Stein era una historia triste, aunque en absoluto extraordinaria en los tiempos revueltos que corrían. Él era un muchacho austríaco, el primogénito de una familia judía adinerada. Había llegado a Inglaterra el año anterior para ampliar estudios con el padre de Laura, pero el estudiante se había convertido en refugiado tan pronto como tuvo lugar el Anschluss, la anexión de Austria al Tercer Reich. Desde entonces David había seguido con preocupación las noticias que su familia le enviaba desde Viena, donde, al igual que llevaba tiempo ocurriendo en Alemania, los judíos estaban sufriendo las consecuencias del odio racial que predicaban los nazis. Por el simple hecho de profesar la religión judía, miles de ciudadanos que eran tan austríacos como el que más estaban siendo desposeídos de sus bienes y apartados de la vida pública, e incluso obligados a trasladarse a los guetos. Algunos miembros importantes de la comunidad judía habían desaparecido sin dejar rastro y sin explicación oficial, aunque todo el mundo sabía que la Gestapo y las SS estaban detrás del asunto. Comenzaba a hablarse ya de deportaciones masivas a campos de prisioneros y David empezaba a desesperarse. Según le reveló a Laura, no sabía cómo convencer a su padre de que abriera los ojos, lo abandonara todo y, antes de que fuera demasiado tarde, viniera con su madre y su hermana adolescente a vivir con él en Inglaterra. Pero al parecer su padre era un vienés orgulloso y se negaba a abandonarlo todo y salir huyendo por culpa de aquellos matones. «Esta pesadilla pasará, hijo. Las aguas han de volver a su cauce». Eso era lo que había escrito en su última carta, que David le leyó a Laura en voz alta. Después no hubo más noticias.

Laura simpatizó de inmediato con aquel muchacho callado y melancólico que se había convertido en la mano derecha de su padre. Los primeros días le inspiraba ternura su aire de tristeza y de desamparo. Luego él le demostró su confianza al revelar su condición de refugiado y su desesperación tras varias semanas sin noticias de su familia. Le dijo que había intentado a toda costa regresar a Viena para buscarlos, pero las organizaciones judías en el exilio le habían dicho que su pretensión equivalía a un suicidio y que se estaba haciendo lo posible por localizar a los suyos y trasladarlos a un país seguro. Con todo, él continuaba dispuesto a realizar el viaje a cualquier precio si las noticias seguían sin llegar.

Laura poseía un fuerte sentido de la justicia y había escuchado horrorizada aquella historia. Por lo que David le había contado, Europa entera corría el riesgo de convertirse en víctima de la locura de los nazis, quienes afirmaban que todo aquel que no fuera «de pura raza aria» era un ser inferior, y que el territorio de las naciones vecinas les correspondía por derecho: *Lebensraum*, espacio vital para construir «la Gran Alemania». Austria ya había caído con la complicidad de muchos de sus habitantes, y la región occidental de Checoslovaquia formaba ahora parte del Tercer Reich. Pero David afirmaba que aquello no acabaría allí. «Después querrán anexionarse Polonia, Hungría... Luego les llegará el turno a Francia y a Gran Bretaña. Nada los detendrá. Nada». Laura encontraba exagerados los catastróficos augurios de David. Le molestaba su

pesimismo, pero a la vez no podía evitar sentirse cada día más atraída por el muchacho, y se daba cuenta de que sus sentimientos iban más allá de la compasión por alguien que sufría.

Le gustaba pasar en su compañía todo el tiempo posible, compartir con él los descansos del trabajo y pasear a su lado cada tarde por las calles de Woodbridge, el pueblo cercano. Lo encontraba muy atractivo, con su pelo moreno, sus ojos oscuros y su suave acento extranjero. Incluso le agradaba la ligera cojera del muchacho, secuela de una enfermedad infantil. Para Laura, David era mucho más interesante que todos los chicos ingleses que había conocido, especialmente esos jóvenes de buena sociedad que llenaban los *colleges* de Oxford, preocupados tan solo por el *cricket* y las regatas, y por conseguir un puesto bien remunerado en la City. David era mucho más real que todos ellos e infinitamente más romántico.

Además, notaba que tampoco ella le era indiferente al muchacho. Lo delataban las encendidas miradas que le dirigía cuando pensaba que Laura no estaba pendiente. El modo en que su cara, generalmente seria, se iluminaba al verla aparecer. El tono nervioso de su voz, las muchas atenciones que le prodigaba... todos estos habrían sido indicios evidentes para cualquier muchacha, incluso para alguien que, como Laura, había dedicado mucho más tiempo a los libros y la arqueología que a los bailes y los chicos. Finalmente, un luminoso día de principios de julio, David se decidió a confesarle sus sentimientos. Laura sabía que iba a recordarlo toda su vida, porque fue también el día en que encontraron el barco.

Estaba justo en el lugar que su padre había previsto: bajo la más grande de las lomas que había en la zona, y que resultó ser un túmulo de origen artificial, un gran montón de tierra levantado para ocultar un enterramiento. Y lo más asombroso del asunto era el hecho de que, a modo de féretro, se hubiese usado un navío de casi noventa pies de eslora. No quedaban restos de madera, pero la cuidadosa excavación de su padre sacó a la luz las majestuosas formas del barco, que habían quedado impresas en las capas de tierra que lo cubrieron mientras la madera se pudría y desaparecía sin dejar rastro. En cambio, sí que estaban todavía en su sitio, perfectamente conservados, leídos los clavos y herrajes que en su momento mantuvieron la nave ensamblada. Aquel barco fantasma había navegado un día por el mar del Norte, y luego, aprovechando la marea alta, había remontado el río hasta Sutton Hoo, donde fue remolcado tierra adentro para convertirse en una cripta. El cuerpo allí enterrado había desaparecido, pero en los días siguientes fueron extrayendo un tesoro arqueológico como jamás se había visto en Inglaterra: vasijas, adornos de oro y plata, cofres, monedas y las armas de un rey-guerrero: escudo, coraza, armadura y casco, todo ello en metales nobles maravillosamente trabajados.

Laura no podía recordar un día más emocionante que aquel en que David le dijo que la quería y el barco vio la luz tras llevar trece siglos enterrado. «No se trata de una nave vikinga», declaró su padre tras examinar cuidadosamente los primeros hallazgos. «Debió de pertenecer a un noble anglosajón. Por el tamaño del barco y la riqueza del ajuar fúnebre, probablemente a uno de los monarcas del primitivo reino de East Anglia. Lo que hemos desenterrado hoy, amigos, es un maravilloso testimonio de los orígenes de Inglaterra. El barco de la Historia ha llegado hoy a puerto. Celebrémoslo».

Laura sonrió al acordarse. Aquellas frases grandilocuentes eran muy del gusto de su padre, a quien nunca había visto tan radiante. Para un enamorado del mundo antiguo como era el profesor Phillips, ¿qué podía existir más hermoso que haber escrito una página de la Historia? Esa noche, en el pueblo, todos brindaron con champán, y después David la besó a la luz de la luna.

Pero eso parecía haber ocurrido en otra vida. Habían pasado menos de dos años desde aquel emocionante verano en Suffolk, y ahora Laura se encontraba a ochenta pies bajo tierra, escondida en una estación de metro junto con miles de sus conciudadanos, mientras el mundo de la superficie, el mundo que ella conocía y amaba, parecía bajo una tempestad de fuego. Bombardeos diarios. Todo el potencial bélico de una poderosa nación dedicado a destruir por completo una ciudad de ocho millones de habitantes, toneladas de bombas noche tras noche, hasta que la orgullosa Inglaterra se hincara de rodillas. Hitler había denominado aquella operación el *Blitzkrieg*, «la guerra relámpago». Pero el *Blitz* (el «relámpago») se prolongaba ya durante nueve meses. El tiempo que tarda en nacer un niño era el mismo que tardaría en morir una ciudad. O eso era lo que Hitler esperaba.

Casi todos dormían ya. La familia de la India, los trabajadores de los muelles, los ancianos... Los cuerpos cubrían los corredores y andenes, y las paredes cóncavas de los túneles actuaban como caja de resonancia amplificando el sonido de las respiraciones y los ronquidos. Era como si los túneles respiraran. Esta noche la ciudad estaba allí abajo, respirando, sobreviviendo.

El pensamiento era reconfortante y Laura notó cómo se iba quedando dormida.

* * *

Y en el mismo instante en que los párpados de Laura se cerraban, un Heinkel He 111 que regresaba a su base tras completar su misión era abatido por cazas británicos. Los Spitfires habían caído sobre el bombardero enemigo con la precisión de una manada de lobos acosando a una pieza. Y ahora el aparato se precipitaba hacia las negras aguas del Canal, trazando una estela de llamas en el cielo nocturno. Dentro de la aeronave, un joven oficial de navegación se preguntaba qué hacía él en medio de aquel infierno de ruido y humo y fuego. Y con su último destello de conciencia se vio paseando por Berlín del brazo de su novia, bajo las copas de los tilos, con la puerta de Brandemburgo recortándose al fondo.

Capítulo II

El museo subterráneo

Las alarmas no volvieron a sonar hasta el amanecer. Aunque consciente de que ya era sábado, Laura no tenía una noción real del tiempo transcurrido. Había pasado la noche en un estado de aturdimiento que no llegaba a ser sueño, pero que tampoco se parecía a la vigilia. Incapaz de permanecer despierta y también de abandonarse al descanso, su conciencia osciló entre ambos estados durante el resto de la noche: ahora estaba en el andén cubierto de cuerpos, ahora en mitad de alguna descabellada alucinación, o tal vez en un reino intermedio en el que coexistían los elementos más siniestros de la realidad y del sueño. El hecho de despertar con el aullido de las alarmas fue un consuelo, pues esta vez lo que anunciaban era el final del ataque. Laura se incorporó notando todo el cuerpo entumecido. A su alrededor los durmientes comenzaban a agitarse. Había llegado el momento de que los londinenses abandonaran los refugios y regresaran a su vida y a sus hogares, aunque muchos estarían preguntándose si todavía tendrían un hogar al que regresar. La prioridad de Laura en ese momento era encontrar un sitio libre en las letrinas. Después decidiría qué hacer.

Minutos más tarde la joven parpadeaba bajo la luz del día. El amanecer era fresco, pero la sensación le resultó estimulante tras permanecer toda la noche hacinada junto a miles de personas. Un coche de bomberos pasó rugiendo en dirección al este, por Euston Road. Lo seguían dos ambulancias. Esta vez parecía que tampoco las zonas elegantes de la ciudad se habían librado del castigo. En los alrededores de King's Cross, en cambio, apenas se observaban daños. Sin embargo, en medio de la calle había aparecido un pequeño estanque que hasta el día anterior no estaba allí, y Laura comprendió que se trataba del cráter de un impacto, lleno de agua a causa de las tuberías reventadas. Por fortuna, las torres de ladrillo rojo de la estación de St Pancras se elevaban hacia el cielo tan orgullosas como siempre. Pero la muchacha sabía que un bombardeo tan prolongado debía de haber causado destrozos enormes. Y para confirmarlo bastaba con alzar la vista y observar las columnas de humo que se elevaban en todas las direcciones. Hacia el sur, por la zona de Westminster, el cielo era tan negro como un borrón de tinta sobre un cuaderno escolar. Laura sintió ganas de llorar, pero comprendió que no era el mejor momento y se alejó en busca de su bicicleta. Acababa de recordar que tenía cosas urgentes que hacer.

* * *

Tal y como Laura temía, en el Royal London Hospital se había desatado el caos. Las ambulancias se agolpaban en el patio, las enfermeras corrían de un lado a otro y los médicos gritaban instrucciones que nadie podía oír, pues los lamentos que llenaban el edificio apagaban cualquier otro sonido. Las víctimas del bombardeo eran tan numerosas que el hospital carecía de camas suficientes para todos ellos. Dondequiera que Laura mirara, su vista se topaba con un herido. Unos pocos todavía eran capaces de tenerse en pie, pero la mayoría yacían en cualquier sitio, sobre colchones desnudos o sobre mantas extendidas en el suelo. Vio a jóvenes y viejos, e incluso a algunos niños cuyos padres, desoyendo los consejos del gobierno, habían decidido no acogerse al plan de evacuación infantil. Venían con miembros fracturados o casi amputados, con el tórax y el cráneo aplastados por los escombros. Venían con heridas espantosas producidas por el estallido de las ventanas, que convertía los fragmentos de vidrio en diminutos cuchillos. Venían abrasados, sofocados, ciegos, cubiertos de sangre y de tierra, llorando de miedo, gimiendo de dolor. Solo unos pocos guardaban silencio: aquellos que ya habían muerto o estaban a punto de expirar.

Durante unos segundos Laura se detuvo en medio del gran vestíbulo del hospital, donde los heridos se agolpaban por docenas, al igual que en los pasillos, las salas de espera o cualquier otro lugar con algo de espacio libre. Se sentía aturdida, paralizada. Su adiestramiento como enfermera auxiliar no la había preparado para aquello. De hecho, ni siquiera tendría que haber acudido al hospital aquella mañana. Ella hacía un turno de doce horas dos veces por semana como medida de refuerzo para la plantilla de guardia. Hasta el lunes siguiente no le correspondía aparecer por el hospital, aunque tan pronto como abandonó el refugio había comprendido que la necesitarían. Pero, Dios mío, aquello... (Un enfermero acababa de pasar corriendo con un cuerpo en los brazos; se trataba de una niña de unos cinco años y la sangre manaba de una gran herida en su cabeza). No, no estaba preparada para aquel horror. Tal vez sería mejor marcharse a casa.

—¡Señorita Phillips! ¿Qué demonios hace ahí parada? Venga a ayudarme a contener esta hemorragia. ¡Muévase!

Laura no tuvo tiempo para pensar más. Sin demorarse siquiera en buscar su uniforme blanco, corrió junto a aquel médico que reclamaba su ayuda.

* * *

La muchacha permaneció en el hospital hasta las tres, con un descanso de apenas quince minutos que empleó en devorar un sándwich con una taza de café. Durante ese tiempo ayudó a médicos y enfermeras profesionales a enyesar miembros fracturados, suturar heridas y vendar quemaduras. Un grupo numeroso de heridos tenían la piel perforada por esquirlas de cerámica afiladas como navajas de afeitar. Mientras Laura las extraía con unas pinzas de su cara y sus brazos, un hombre le contó que venían de la estación de metro de Marble Arch, donde los azulejos de las paredes habían saltado convertidos en metralla a causa de una explosión en la superficie.

La muchacha supo también que en la estación de Balham habían reventado las conducciones del alcantarillado. A consecuencia de ello, las aguas residuales habían inundado un túnel en el que se refugiaban cientos de personas. Cerca de setenta de ellas habían perecido ahogadas. Laura pensó que esas mismas cosas podían haberle ocurrido a ella durante la noche. Ya no quedaban lugares seguros en Londres, ni siquiera las estaciones de metro.

Tras llevar unas cinco horas en pie se sentía tan agotada que las piernas comenzaron a flaquearle, aunque se recompuso a fuerza de coraje y voluntad. Mientras vendaba el brazo herido de una anciana, oyó que gran parte del fuego se había concentrado en la zona de Westminster y St James, y que el edificio del Parlamento estaba muy dañado. Era como si hubieran herido el mismo corazón del país. Entonces oyó algo más, algo que hizo que su propio corazón casi se detuviera: el Museo Británico había recibido un impacto.

¡David!

A David le tocaba realizar un turno de guardia en el museo la pasada noche. Es cierto que el edificio era gigantesco, pero el muchacho habría estado sin duda dentro de él en el momento de la explosión. Dios mío, ¿qué hacer?

La respuesta vino de inmediato. Era en el hospital donde se le necesitaba en esos momentos. No había nada que ella pudiera hacer, salvo procurar pensar en sus miedos lo menos posible. Así pues, trabajó mecánicamente durante otras tres horas hasta que la señora Halifax, la jefa de enfermeras, se apiadó de ella:

—Déjalo ya, chiquilla. Parece que esto empieza a calmarse y tú ni siquiera estás hoy de guardia. Vete a casa y descansa. No tienes buena cara.

Laura no necesitaba un espejo para saber que debía de tener un aspecto espantoso. Sin embargo, ignoró el consejo de la señora Halifax en lo referente a irse a casa, por más que cada hueso y músculo de su cuerpo le estuviera exigiendo que así lo hiciera. Cinco minutos después pedaleaba en dirección a Bloomsbury. El descanso tendría que esperar. Antes estaba David.

* * *

Laura pasó ante la monumental fachada del Museo Británico, dejó atrás su pórtico de columnas jónicas y giró hacia la entrada de Montague Street, que era la que normalmente usaba el personal de la institución. Los daños no eran visibles desde allí, pero resultaba fácil presumir dónde había caído la bomba al observar la gran humareda que surgía del ala oeste del edificio. Si aquel hubiera sido un sábado normal el museo habría estado casi desierto, al menos ahora que la guerra había obligado a cerrarlo por tiempo indefinido. Como máximo habría un par de vigilantes guardando el sueño de piedra de los faraones. Aquella agitación de bomberos, policía y personal de la defensa civil indicaba que algo terrible había ocurrido. Docenas de personas de uniforme corrían entre los guerreros asirios y los toros alados. Llevaban mangueras, palas y otras herramientas de trabajo, y todos se precipitaban hacia el ala oeste (donde se exhibían algunos de los tesoros más valiosos) o bien regresaban de allá. La mayoría de ellos iban cubiertos de polvo y hollín. De hecho, el olor de un incendio recién sofocado se intensificaba conforme Laura avanzaba hacia esas salas. También notó que los ojos comenzaban a escocerle por culpa del humo y el

polvo. Junto al personal de emergencia había acudido la mayoría del personal estable. A quien Laura no pudo ver por ningún lado fue justamente a la persona que anhelaba encontrar con todo su corazón. En cambio, se topó de bruces con *Sir John*, el director del museo.

—¡Señorita Phillips! ¿Hacia dónde corre usted de ese modo? Si va a apagar un fuego me temo que llega un poco tarde.

—Señor, yo solo...

—¡Bah! Excusas y más excusas. No tengo tiempo de oírlas. Mire qué desastre. Y si no consigo poner un poco de orden aquí estos torpes provocarán un destroz aún mayor que el que han causado los alemanes. ¡Disculpe, joven! —gritó dirigiéndose a un bombero que acababa de pasar como una exhalación, tropezando sin querer con el pedestal de una estatua—. Esa figura que trata usted con tanto descuido fue esculpida hace veinticuatro siglos. ¿Sería mucho pedir que nos dure hasta el próximo cumpleaños de Su Majestad?

El bombero balbuceó una disculpa mientras el director le lanzaba una de esas miradas que lo habían hecho famoso. Cuando *Sir John Fordsdyke* miraba a alguien desde sus seis pies y medio de estatura, uno sentía que la cólera de Zeus estaba a punto de caer sobre él. Entre los trabajadores del Museo Británico corría un rumor pintoresco. Se decía que en su juventud, cuando *Sir John* servía en la India como capitán de fusileros, había puesto en fuga a un tigre de Bengala con el simple gesto de mirarlo fijamente. En el museo todos le temían, salvo quizás Laura, que lo conocía desde niña. No en vano *Sir John* era amigo íntimo de su padre. De pequeña había jugado en sus rodillas y le había tirado de las puntas de su bigote de morsa. Ahora nunca se atrevería a tanto, pero desde luego no se sentía paralizada de terror aunque el anciano estuviera sufriendo uno de sus ataques de irascibilidad. Además, en vista del caos que reinaba en su amadísimo museo, esta vez a su jefe le sobraban razones. De pronto Laura recordó el motivo por el que estaba allí. Tal vez *Sir John* podría darle noticias de David.

—¡*Sir John*, disculpe! —gritó la muchacha mientras corría detrás de él.

Pero el hombre se alejaba con zancadas de gigante y sin dar muestras de estar oyéndola. Ella lo siguió hacia el lugar donde había caído la bomba, comprobando que sus suposiciones sobre su localización eran correctas. La persecución prosiguió a lo largo de varias salas. Eran las dedicadas a la antigua Grecia. El olor acre de un reciente incendio se acentuaba y el polvo formaba ahora una densa neblina que llenaba los gigantescos espacios interiores del museo. Por fortuna, los pedestales y vitrinas estaban casi vacíos, pues las valiosas piezas que contenían habían sido puestas a salvo al comienzo del *Blitz*. Ese había sido el principal trabajo de Laura y David durante los últimos meses.

—¡*Sir John*, solo una pregunta, por favor!

Por fin, ante el umbral de la sala 18, el gigantesco anciano se detuvo y se volvió hacia Laura.

—Señorita Phillips... —dijo *Sir John* con su voz y expresión más severas. Sin embargo, al observar la ansiedad en la cara de la muchacha, dulcificó su tono y su gesto—. Querida, su presencia me habría sido mucho más útil esta mañana que ahora. Pero como imagino cuál es su pregunta, permita que la tranquilice. El señor Stein está ileso. Se hallaba lejos del lugar de la explosión. Ahora se encuentra comprobando si hay daños en el depósito de Aldwych.

El alivio de la muchacha fue tan inmenso que pensó que iba a desmayarse.

—Gracias, gracias, señor. Dígame, ¿puedo ayudar en algo?

Sir John se apartó para dejar paso a un grupo de bomberos que portaban una pesada manguera.

Salían de la sala 18, la que se conocía como «Galería Duveen». Era una estancia enorme y alargada construida en estilo neoclásico. Aunque por breve tiempo, sus muros habían guardado la más preciada de las colecciones del Museo Británico: los llamados «mármoles de Elgin». En otras palabras, las estatuas y relieves que habían sobrevivido de la decoración del Partenón de Atenas, una maravilla de la antigüedad remota. Aunque diezmadas por el tiempo y la adversidad, las esculturas seguían provocando la admiración del mundo entero.

Laura se acercó para comprobar en qué estado había quedado la sala 18, y lo que vio la dejó sin habla. Todo el techo se había derrumbado, con lo que la sala más importante del museo se había convertido en una especie de patio cubierto de escombros humeantes. Encaramados sobre los trozos de viga y los cascotes, algunos bomberos todavía sofocaban los últimos focos de fuego. La devastación era tan enorme que Laura no pudo evitar apiadarse de *Sir John*. Resultaba difícil imaginar el esfuerzo que estaría haciendo aquel anciano por mantener la serenidad. Para *Sir John* el Museo Británico era mucho más que un edificio o una institución. Lo amaba como si se tratara de un familiar cercano, un hijo que había resultado hoy herido, mutilado.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo Laura con los ojos húmedos.

El anciano suspiró y por un segundo pareció también a punto de llorar.

—No se preocupe, Laura. El museo sobrevivirá, igual que Inglaterra. Por fortuna, los mármoles están a salvo y en eso han tenido algo que ver usted y nuestro querido señor Stein. ¿Puedo pedirle un favor?

—Claro, *Sir John*, lo que quiera.

—Veo que está muy cansada, pero voy a rogarle que vaya a Aldwych y compruebe cómo andan las cosas por allá. He oído que ha caído otra bomba en las inmediaciones de la estación y estoy algo preocupado. El señor Stein es muy competente, pero me sentiría más tranquilo teniendo allí a mis dos mejores ayudantes.

A Laura las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Estaba al borde del colapso por agotamiento, pero comprendió que *Sir John* no aceptaría ninguna excusa. Además, lo cierto es que deseaba ir. Así podría comprobar el estado de los mármoles y, sobre todo, vería a David.

* * *

Poco después Laura recorría Drury Lane en dirección al Támesis. La chica observó, entre sorprendida y satisfecha, que la ciudad había recuperado su pulso, a pesar de que acababa de soportar uno de los peores bombardeos desde el comienzo del *Blitz*. Tal vez esta misma noche, o mañana por la noche, volvieran a sonar las alarmas. Pero de momento el sol brillaba en un cielo despejado y los londinenses habían vuelto a tomar las calles. El trayecto hasta la estación de metro de Aldwych era breve, apenas diez minutos, pero decidió detenerse a tomar una taza de té y un bocado. Eligió para ello un *fish and chips* que había frente al Teatro Royal. Mientras sazónaba su ración de pescado y patatas fritas con una generosa cantidad de sal y vinagre, notó cómo la saliva inundaba su boca. Aquel era uno de los olores favoritos de su infancia. También el pequeño establecimiento donde se había detenido le traía recuerdos maravillosos de cuando tenía quince o dieciséis años y su madre todavía vivía. Muchos sábados, durante la temporada teatral, sus padres

la traían al West End para asistir a alguna representación. Recordaba que al salir del teatro casi siempre recalaban allí antes de regresar a casa. Pero ahora el viejo Teatro Royal, que llevaba tres siglos abierto, había sido clausurado por la guerra. Desde *el fish and chips* se veía muy bien su fachada, justo al otro lado de la calle. La puerta y las ventanas habían sido condenadas con sacos terreros y gruesas tablas en previsión de explosiones. Sobre la marquesina, un incongruente cartelón todavía anunciaba la obra que se estaba representando en el momento del cierre, aunque hacía ya casi un año desde la última función. Laura pensó que la guerra se había llevado demasiadas cosas. A modo de misero consuelo, al menos todavía existía el pescado con patatas fritas.

El soldado que custodiaba la puerta de la estación de Aldwych reconoció a Laura y le franqueó el paso con una sonrisa. Después de casi un año trabajando allí, la muchacha estaba familiarizada con todos los militares y policías que velaban por la seguridad del depósito. Fue una decisión tomada al más alto nivel tan pronto como se tuvo la certeza de que el *Blitz* no iba a ser cuestión de días: había que poner a salvo los tesoros artísticos de la ciudad de Londres, al menos aquellos que pudieran trasladarse. Al principio se habían usado minas y canteras. Después, conforme las estaciones de metro comenzaron a mostrar su utilidad como refugios para la población, se pensó que los túneles que no se usaban podían muy bien servir como almacenes seguros. A fin de cuentas, la red metropolitana era tan extensa que incluso se estaban trasladando bajo tierra algunas fábricas de material bélico, objetivo favorito de la Luftwaffe. La estación de Aldwych, en un ramal de la línea de Picadilly, fue la que se le asignó al Museo Británico. Estaba en el Strand, a una milla escasa del museo, lo que facilitaba mucho el transporte. Y de ese modo, los túneles del metro se habían convertido en un silencioso museo subterráneo que albergaba los tesoros arqueológicos que antes se exponían a la curiosidad de los visitantes. A causa de la guerra, los dioses de Grecia y los reyes de Egipto habían recuperado la calma perdida cuando sus tumbas y santuarios fueron profanados y sus imágenes traídas a este extraño país del norte.

Laura pasó ante las ventanillas de venta de billetes, ahora cerradas, y se encaminó hacia los ascensores. Mientras accionaba la ruidosa maquinaria, se le ocurrió que la mayor parte de su vida transcurría ahora bajo tierra, bien dedicada a su trabajo, bien refugiándose de los bombardeos. El traslado de las antigüedades había sido una labor ingente, y la mayor parte de la responsabilidad recayó sobre sus frágiles hombros. Por fortuna, David había estado junto a ella desde el principio. Fue el profesor Phillips, su padre, quien le habló a *Sir John* del joven refugiado austríaco que había sido su ayudante personal en Sutton Hoo. Todas las excavaciones y expediciones arqueológicas habían quedado suspendidas por la guerra, con lo que el muchacho estaba sin trabajo. Había intentado alistarse varias veces, pero su cojera lo hacía inútil para el servicio. Al principio el director del museo se había mostrado reacio. «¿Austríaco? ¿Quién me asegura que no sea un espía de los “hunos”?» Solo se ablandó al enterarse de que el joven era judío y víctima en potencia de la locura de Hitler. Por otro lado, gran parte de los trabajadores del museo habían sido movilizados y *Sir John* necesitaba con urgencia personal experto en antigüedades. «Se trata de trasladar obras de arte, y para eso no sirve cualquier patán de los muelles». El doctorado en historia antigua y arqueología que David había obtenido en Viena había terminado de convencer al remiso director. De ese modo el joven judío había encontrado trabajo en tiempos tan difíciles, y a plena satisfacción de *Sir John*, quien nunca tuvo el menor motivo de queja.

La aparición de Laura en el andén de la estación produjo el habitual revuelo entre los

soldados. Dos muchachos que descansaban en un banco se pusieron inmediatamente de pie y pronunciaron un nervioso «buenas tardes, señorita Phillips». Otros más veteranos silbaron admirativamente a su paso. Laura respondió con una sonrisa cansada y se dirigió hacia la oficina del jefe de estación, reconvertida en base de operaciones. Un joven oficial salió a su encuentro. Quien seguía sin aparecer por ningún sitio era David.

—Señorita Phillips —dijo el oficial—, me alegro de verla. No sé si sabrá que hemos tenido problemas por aquí.

—Buenas tardes, capitán Cameron. Algo me ha adelantado *Sir* John. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Un impacto en la superficie, a un par de manzanas de distancia. Tuvimos un corte eléctrico y se ha derrumbado un pequeño tramo de túnel. Por fortuna, era una de las secciones que no hemos usado por la excesiva humedad. Pero es la primera vez que sucede. Me preocupa que algo parecido pueda ocurrir en los túneles de almacenaje.

A Laura le caía simpático el capitán Cameron. Apenas había intercambiado con él unas palabras (al margen de los asuntos relativos a la seguridad de las obras de arte), pero sabía que era natural de Edimburgo, hijo de una familia de militares y soldado de carrera. Su origen escocés resultaba evidente por su fuerte acento y por el tono rojo intenso de su pelo. En cuanto a su condición de militar profesional, esta saltaba a la vista al observar lo marcial de su porte y su reticencia a malgastar palabras. El capitán era un hombre serio y taciturno, tal vez demasiado formal, pero intachable en su trabajo. Aunque carecía de estudios universitarios, había demostrado comprender muy bien la importancia de su misión, y eso a Laura le encantaba. De hecho, se sintió gratamente impresionada aquel día, meses atrás, en que trasladaron los mármoles de Elgin. Para cualquier otro militar se habría tratado de simples piedras. Cameron, en cambio, se entregó al proceso de embalaje, traslado y almacenamiento como si aquellas obras pertenecieran a su patrimonio familiar. A Laura le pareció muy conmovedor el mimo que el severo militar había puesto en el manejo de sus queridas esculturas y desde entonces notaba un ligero calor en las mejillas cada vez que lo veía, lo que ocurría casi a diario. Además, le gustaba el aspecto aniñado del joven capitán, con pecas incluidas, aunque él tratara de disimularlo con un fino bigote pelirrojo.

—Dígame capitán, ¿es muy grande ese derrumbe?

—Apenas un boquete en una pared lateral. Parece que existía algún tipo de cavidad y que el muro era delgado en esa sección. El problema es que dicha cavidad no figura en los planos de la red metropolitana. El señor Stein lo está examinando ahora. Mire, por ahí llega.

Aunque estaban en presencia del capitán, Laura no pudo reprimirse y saludó a David con un abrazo y un gran beso en la mejilla. «Estás horrible, muchacha», le dijo él al oído mientras la tomaba por la cintura. «¿Qué forma es esa de presentarte ante tu prometido?». Laura rio al comprobar que, a pesar de los problemas, el joven mantenía intacto su sentido del humor. Le habría gustado permanecer abrazada a él un buen rato, pero se separó al oír las toses del capitán Cameron.

—Bueno, *Herr* Stein, ¿qué ha descubierto?

A Laura no le gustaba que el capitán se dirigiera a David de ese modo. Como siempre que ambos hombres estaban juntos, la temperatura pareció descender varios grados. Ella suponía que la enemistad del militar obedecía a la condición de extranjero de David (para un inglés, no había

mucha diferencia entre un alemán y un austríaco, ya fuera este judío o cristiano). Con todo, sospechaba que había algo más y que ella podía ser la causa, idea que le resultaba incómoda y halagadora a la vez.

—Nada nuevo, capitán —dijo David separándose de Laura con lentitud—. Un derrumbamiento de poca importancia. Al parecer al otro lado del muro había un pequeño túnel auxiliar del que no teníamos noticia. Es algo frecuente, como cualquier ingeniero le puede decir. Se barrena un túnel paralelo al principal y se emplea para colocar en él los conductos de ventilación y eliminar el material excavado. A veces ese túnel auxiliar se mantiene en uso. Otras se decide prescindir de él y se ciega. Parece que eso es lo que ha ocurrido. Un pequeño túnel olvidado muy cerca del nuestro. La vibración hizo caer la sección de muro que los separaba, pero el túnel principal en sí permanece firme. No creo que existan motivos de alarma.

—¿Qué sugiere?

David se rascó la cabeza.

—Bien. Deberíamos consultar con los ingenieros del metro. Pero yo creo que lo más sensato sería tapiar el boquete y apuntalar el techo, por si acaso la explosión ha provocado más daños estructurales. Por lo demás, tenemos túneles de sobra. No creo que merezca la pena preocuparse más del asunto. ¿Nos vamos, Laura?

—Me gustaría verlo.

David negó con la cabeza.

—No merece la pena, créeme. Podría haber aún peligro. Y tienes aspecto de encontrarte al borde del agotamiento. ¿Has estado hoy en el hospital?

Laura le acarició la mejilla.

—Sabes que sí. Pero quiero ver ese derrumbamiento antes de irme. El capitán Cameron tiene razón. Imagínate que ocurriera lo mismo en alguno de los túneles usados como almacén. Los dioses de Grecia no nos lo perdonarían. Y *Sir John* tampoco.

—Pero...

La muchacha se llevó el dedo a los labios.

—Además soy tu jefa, ¿te acuerdas? Capitán Cameron —dijo alejándose hacia los túneles—, por favor, síganos y traiga linternas.

* * *

El muro colapsado se encontraba a unas trescientas yardas del andén, en un tramo donde Laura no recordaba haber estado antes. Como el capitán Cameron había dicho, el lugar era húmedo y en algunos puntos de las curvas paredes se observaban manchas de moho y líquenes. El aire olía a queso rancio, lo que volvía el ambiente opresivo. Laura avanzó junto a los dos hombres, entre ambos raíles. Antes de la guerra aquel recorrido habría entrañado un riesgo enorme. Por suerte, la corriente de alta tensión que alimentaba los trenes había sido desactivada cuando la línea se convirtió en almacén. Sin embargo, el túnel no estaba totalmente oscuro. El corte eléctrico causado por el bombardeo había sido reparado y una hilera de mortecinas luces de emergencia brillaba en el techo.

—Ahí delante —anunció David—. Ya ves que la cosa no es para tanto.

Laura comprobó que, en efecto, sobre el suelo tan solo había unos pocos cascotes. En la pared derecha se abría un pequeño boquete, casi una grieta.

—Tenga cuidado, señorita Phillips —dijo el capitán cuando vio a Laura acercarse con la linterna—. Como ve, el lugar no ha sido asegurado.

—No se preocupe, parece sólido.

Laura encendió la linterna y atisbo con ella en el interior de la grieta. Lo primero que notó fue un soplo de aire fresco en la cara. El espacio del otro lado, fuera lo que fuese, debía de ser más grande de lo que pensaban cuando permitía la circulación de aire. El haz de la linterna se perdía en la oscuridad sin tropezar con nada. De repente, la luz iluminó algo que a Laura le pareció una puerta rematada por un arco. Un arco de aspecto muy antiguo.

—Vaya, pero ¿qué tenemos aquí?

—Laura, por favor —dijo David tomándola por los hombros y tratando de apartarla—. Esto es peligroso. Regresemos mañana con el equipo adecuado.

Pero el instinto de arqueólogo había empezado a agitarse dentro de ella, y un arqueólogo no se deja apartar de su objetivo tan fácilmente. La fatiga se había esfumado dejando paso a una agradable excitación. Quería tener una idea aproximada de las dimensiones de aquel amplio espacio subterráneo que intuía al otro lado. Entonces recordó un truco que le había enseñado su padre.

—¡Eo! —gritó introduciendo la cabeza por la grieta.

—*Verdammt!* —protestó David—. ¿Qué demonios estás haciendo?

La reverberación de su grito le indicó a la muchacha que, como suponía, lo que había al otro lado no era un simple túnel auxiliar, sino un recinto de dimensiones considerables.

—¡Eeeeeeeo! —insistió.

Y en ese instante el mundo entero pareció derrumbarse sobre su cabeza.

Capítulo III

El lobo y el dragón

Durante unos segundos, los que siguieron al estrépito del derrumbe, Laura perdió la noción de dónde se encontraba. Con los ojos y los pulmones llenos de polvo, apenas podía hacer otra cosa que trotarse los párpados y toser. Entonces se dio cuenta de que estaba tendida boca arriba sobre el suelo del túnel y de que David tosía a su lado. ¡Ambos estaban vivos! Poco después su vista se aclaraba por fin. Alguien le tendía una mano y le preguntaba si se encontraba bien.

—Creo que sí, capitán, muchas gracias —respondió Laura incorporándose con esfuerzo.

—Déselas al señor Stein. Si no fuera por su prometido ahora mismo estaría usted bajo ese montón de piedras. Él la apartó en el último momento.

—David... —dijo Laura emocionada.

Y se volvió hacia el joven austríaco, que en ese instante se levantaba y procedía a sacudirse la ropa. Ella se acercó y lo besó en los labios.

—Prefiero tener la oportunidad de casarme antes de enviudar —dijo el muchacho sonriente—. Y ahora, si no te importa, vámonos de aquí antes de que todo este condenado túnel se nos caiga encima. Y perdona mi lenguaje. Pero ya te advertí que lo que hacías era peligroso.

Unos soldados acudían corriendo desde el andén, sin duda alertados por el estruendo. El capitán Cameron agitó las manos pidiendo calma.

—Estamos todos bien, no se preocupen. Vuelvan a sus puestos.

Ahora que el polvo había empezado a posarse, Laura pudo comprobar que el derrumbe había convertido la escueta abertura en un gran boquete que tenía la forma y el tamaño del umbral de una puerta. Al otro lado la oscuridad seguía formando un manto casi sólido. La muchacha fue incapaz de distinguir el arco antiguo que había creído ver allí dentro. Tal vez lo hubiera soñado.

—Laura —insistió David—, salgamos de aquí.

Ella asintió con un suspiro y se dispuso a alejarse. Entonces reparó en algo extraño. Sobre el montón de piedras y escombros había un objeto que no debería estar allí. Era una especie de plancha rectangular de color verdoso, no demasiado grande, del tamaño de una bandeja de té. El instinto de arqueóloga de Laura empezó a zumbar de nuevo.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —dijo acercándose al tramo colapsado.

—¡Laura, por el amor de Dios! ¡Otra vez no!

David la tomó del hombro y le impidió avanzar. Con todo, ahora que estaba más cerca, Laura observó que se trataba de un objeto metálico, probablemente de cobre o de bronce, oxidado por el tiempo hasta adquirir aquella pátina verdosa. De todos modos aquella especie de placa debía de haber estado relativamente protegida del aire y la humedad, tal vez guardada en una especie de nicho cubierto. La prueba era que los relieves y símbolos grabados sobre ella eran perfectamente visibles. Había unas líneas que sugerían una forma de escritura. Al pie distinguió unas abigarradas figuras que podrían ser de animales.

—Es suficiente, Laura. Ya habrá tiempo para estudiar esto.

David tiró firmemente de ella hacia la salida. Laura trató de resistirse, pero enseguida comprendió que estaba tan agotada que no le quedaban fuerzas para ello.

—No se preocupe, señorita Phillips —oyó decir al capitán Cameron—. Yo recogeré esta plancha o lo que sea.

Aunque era un joven vigoroso, el militar gimió por el esfuerzo de alzar la placa del suelo y cargarla sobre su hombro. Debía de ser más gruesa de lo que les había parecido al principio.

Una vez en la oficina del jefe de estación, David le rogó que regresara a casa de inmediato y se metiera en la cama.

—Son casi las ocho. Estás agotada y cubierta de polvo. Es hora de que te vayas a casa y descanses. Vamos, te acompañaré.

—No te preocupes. Me encuentro bien. Además tengo mi bicicleta. Pero ¿y la placa?

David le habló con severidad:

—La placa se queda aquí al menos hasta mañana. Ya habrá tiempo para llevarla al museo. Nadie la tocará.

—Entonces aún tengo algo que hacer antes de irme. Capitán, ¿no tendría un trozo de papel más o menos de este tamaño?

Laura separó las manos unas doce pulgadas, aproximadamente el ancho de la placa, que ahora descansaba sobre el escritorio que había pertenecido al jefe de estación. Cameron carraspeó y miró confuso a su alrededor. Entonces tomó un plano de una estantería.

—Use esto. Es un plano anticuado y no lo necesitaremos.

Laura dio las gracias y colocó el plano sobre la placa, con el envés hacia arriba. Después rebuscó en su bolso hasta dar con un trozo de carboncillo. David resopló pero no tuvo más remedio que reír.

—Solo una arqueóloga o una fanática del dibujo llevaría carboncillo en el bolso en lugar de una barra de carmín.

Laura no respondió. Estaba haciendo un calco de la inscripción frotando la barra de grafito sobre la superficie del papel. En el reverso del mapa, como si se tratara de una imagen en negativo, estaban quedando nítidamente impresas las líneas de escritura y las imágenes. Ahora Laura pudo confirmar su primera impresión de que se trataba de escritura, un tipo de escritura rúnica. En cuanto a los dibujos grabados sobre el metal, a la muchacha le recordaron a los que decoraban los objetos hallados en Sutton Hoo durante aquel emocionante verano. Eran tan complejos y estilizados que resultaba difícil pronunciarse, pero creyó identificar a dos bestias enzarzadas en cruento combate: un lobo y un dragón.

—Señorita Phillips —dijo por fin el capitán—, su prometido tiene razón. Es hora de que

regrese a su casa. Y creo que no conviene que atraviese Londres en bicicleta tras el oscurecimiento. Sería tentar demasiado a la suerte. Mis hombres la acompañarán en una camioneta del ejército.

Al principio Laura rehusó, pero su negativa fue poco enérgica. Estaba tan agotada que la idea de regresar a casa pedaleando a través de un Londres sumido en las tinieblas se le antojaba aterradora. Apenas media hora después, David la despedía ante la puerta de su casa en Islington y se alejaba en el vehículo militar. Debió de quedarse dormida antes de que su cabeza tocara la almohada.

Sin embargo, no tuvo sueños tranquilos.

* * *

Cientos de dragones volaban sobre Londres. Rodeada de humo y de edificios en llamas, Laura elevó la vista y observó que las bestias tenían cruces gamadas impresas sobre sus negras alas. Pasaban una y otra vez en siniestras bandadas, cubriendo la ciudad con su aliento de fuego. Laura vio arder la torre del Big Ben y gimió al presenciar cómo la cúpula de St Paul estallaba en una enorme llamarada. Ni un alma recorría las calles desiertas. Solo estaba ella. Tal vez todos los demás hubiesen muerto. Únicamente vio otro ser vivo: un perro muy grande, tal vez un pastor alemán, que corría hacia ella a lo largo de la calle devastada. Cuando el perro estuvo cerca, Laura comprendió que en realidad se trataba de un lobo. Un gigantesco lobo de ojos azules y grandes colmillos. Pero Laura no sintió miedo, pues de un modo misterioso supo que el animal no le haría daño. Y entonces un huracán se desató a su alrededor, y una sombra gigantesca cruzó sobre el lobo y la muchacha con un ensordecedor batir de alas. El dragón se posó a escasa distancia. Era más alto que los edificios y sus negras escamas brillaban como el caparazón de un escarabajo. El monstruo lanzó un rugido atronador y la muchacha lo vio tensar los músculos de las patas traseras preparándose para saltar sobre ella, la pobre e indefensa Laura, la última de los londinenses. Pero entonces, como un relámpago de fauces y zarpas y pelo, el lobo se precipitó contra el dragón, saltó sobre su lomo y le hincó los colmillos en el cuello escamoso. La bestia alzó la cabeza y se agitó enfurecida, tratando de sacudirse al animal que lo hería con tanta saña. Su sangre, negra y espesa como el alquitrán, anegó la calle y cayó sobre Laura, que observaba inmóvil la pelea entre ambos animales. De repente, el dragón lanzó un bramido de agonía y comenzó a desmoronarse. Laura comprendió que el gigantesco cuerpo del monstruo iba a caer sobre ella y a aplastarla, pero seguía sin poder moverse. Por fortuna, al instante siguiente comprendió también que todo había sido un sueño y que ahora estaba despierta. Abrió los ojos en el dormitorio de su apartamento, en Islington, pero aún le pareció oír un salvaje aullido de triunfo.

Laura se incorporó de la cama con la sensación de no haber dormido en toda la noche. Sin embargo, una luz difusa entraba por la ventana de su cuarto. Estaba amaneciendo. Y entonces la muchacha cayó en la cuenta de que no había corrido la espesa cortina la noche anterior, antes de irse a dormir. El agotamiento le había embotado la cabeza. Suerte que no había encendido ninguna luz en el transcurso de la noche. Igual que en todas las calles de Londres, en la suya había también un «jefe de calle» que se encargaba de velar para que la oscuridad en el exterior de los edificios

fuese perfecta. Y los infractores se veían obligados a pagar cuantiosas multas. Era la guerra. Desde el principio del día hasta la noche. La interminable guerra.

Laura tomó su bata del respaldo de una silla y se acercó a la ventana. El despertador de la mesita le reveló que eran las siete y media de la mañana. Por la calle transitaban ya algunos viandantes y ciclistas. Aquella podría haber sido una apacible mañana de domingo, pero Laura sabía de sobra que la sensación de tranquilidad no era más que un espejismo. Tan solo una breve tregua hasta el siguiente bombardeo, que podría sobrevenir en cualquier momento, quizás al cabo de muy pocas horas, con la puesta de sol. Y para recordárselo, a solo unas manzanas de distancia todavía podía verse una negra columna de humo elevándose hacia el cielo. Habían transcurrido veinticuatro horas, pero Londres todavía ardía.

Toda Europa estaba en llamas. En apenas un año y medio el Tercer Reich había creado un imperio a costa de los demás estados europeos, devorándolo todo a su paso. Solo Francia e Inglaterra le habían hecho frente a Hitler. Pero ahora Francia había sido ocupada y la llamada «Francia libre», apenas un tercio del país, estaba regida por un gobierno títere de los alemanes. Únicamente Gran Bretaña resistía, aunque había rozado la derrota. Por suerte, los ingleses tenían su mar y su fuerza aérea. «Nunca tantos le debieron tanto a tan pocos», había dicho el primer ministro Churchill en gratitud hacia los valerosos pilotos de la RAE Pero ¿durante cuánto tiempo podrían aguantar? Tan solo la ayuda del presidente Roosevelt permitía mantener la esperanza. Los convoyes norteamericanos cruzaban el Atlántico transportando material bélico y alimentos para los agotados británicos. Aunque con eso no bastaba. Solo la entrada de los Estados Unidos en el conflicto podía alterar el curso de la guerra de un modo decisivo. Pero América estaba muy lejos, y muchos norteamericanos opinaban que aquella guerra no era asunto suyo. Mientras tanto, Inglaterra y Europa se desangraban rápidamente. Si las cosas seguían así, tal vez muy pronto la odiada enseña de la cruz gamada suplantaría a la vieja y venerada Union Jack.

Laura recordó los dragones de su sueño y pensó que su mente no podría haber creado una imagen más apropiada. Así eran los bombarderos alemanes, igual que aquellos dragones de las leyendas que aniquilaban comarcas enteras, matando, quemando, destruyendo. Había sido un sueño muy vivido, tan intenso que todavía le parecía oír el agónico rugido del dragón. Y luego el aullido del lobo. Un lobo y un dragón. ¡Claro! ¡Eran los animales de la placa! Laura había olvidado por completo el hallazgo de la noche anterior, pero ahora todos los detalles acudían a su mente en tropel. Buscó su bolso y con manos nerviosas extrajo el calco que había hecho antes de abandonar la estación de Aldwych.

Y allí estaban de nuevo: las líneas de escritura rúnica y el minucioso grabado del dragón y el lobo enzarzados en cruenta batalla, como recién salidos de su sueño. ¿Qué significaba la misteriosa inscripción? Tenía que encontrar una respuesta, pero necesitaba algunos libros de los que no disponía. Aunque sabía dónde hallarlos.

Laura comenzó a vestirse a toda velocidad. Tal vez antes de irse tuviera tiempo de pasar por la cocina para prepararse una taza de té y unas tostadas.

* * *

—Estos son los libros que necesito, señor Williamson. Le agradezco mucho que me permita usar la biblioteca en domingo.

El anciano bibliotecario tomó la nota que Laura le entregaba y le sonrió.

—No hay de qué, querida. Estás en tu casa. Te llevo viendo por aquí con tu padre desde que eras una niña. Además, igualmente tenía que permanecer de guardia. No sabes lo aburrido que resulta este lugar sin lectores.

Y se esfumó por la puerta que había a su espalda, a través de la cual se accedía a las inmensas galerías repletas de libros que componían la Biblioteca Británica. Como el resto de las secciones del museo, también la biblioteca estaba clausurada a causa de la guerra. Pero el señor Williamson no habría dejado solos a sus queridos libros por nada del mundo. Laura se preguntaba qué habría ocurrido si la bomba del día anterior hubiera caído sobre la biblioteca en lugar de sobre la galería Duveen, con el agravante de que los libros no habían sido evacuados, tan solo los ejemplares más valiosos. Estaba casi segura de que el señor Williamson habría muerto de pena. O tal vez se habría arrojado a la gran pira generada por la combustión del papel para morir junto con sus libros. Por fortuna, la biblioteca estaba intacta y a salvo. Al menos de momento.

Mientras esperaba, Laura miró a su alrededor. Se encontraba en la sala de lectura, un gran espacio circular cubierto por una gigantesca bóveda. El orgullo del Museo Británico. Aquel había sido el lugar de trabajo de algunos de los cerebros más brillantes de la historia: en uno de esos escritorios de madera oscura Karl Marx escribió *El capital*, un libro destinado a cambiar el mundo. En aquel otro de más allá había trabajado Charles Darwin mientras elaboraba su teoría sobre el origen de las especies. Y hoy la inmensa sala de lectura era para ella sola. Laura pensó que aquello constituía un gran honor, pero también una enorme responsabilidad.

—Aquí tienes, querida.

Laura se volvió sobresaltada. Tras pasar toda su vida en una biblioteca, el señor Williamson había adquirido los sigilosos hábitos de un fantasma, por lo que la muchacha no lo había oído volver. El anciano le entregó varios volúmenes y ella le dio cortésmente las gracias para luego encaminarse hacia uno de los escritorios. Antes de la guerra habría sido casi imposible encontrar un sitio libre, pues todos estaban reservados para investigadores y eruditos. Hoy era la tarea más fácil del mundo. Paradójicamente, la abundancia de puestos de lectura vacíos hizo que le resultara difícil tomar una decisión. Pero en ese momento se aclaró el día y un rayo dorado penetró a través de uno de los ventanales, iluminando un escritorio situado en el centro de la sala. «Si hay un lugar propicio para encontrar la iluminación, sin duda tiene que ser este», bromeó Laura para sí. «Manos a la obra».

La muchacha colocó los libros en torno al borde del escritorio, lo que le permitía consultarlos con facilidad y a la vez disponer de un amplio espacio de trabajo en el centro. Con mucho cuidado, desdobló el calco de la placa y lo extendió ante ella. Se felicitó por haber tenido la precaución de fijar el polvo de grafito con laca para el pelo, pues de otro modo los contornos de los caracteres se habrían emborronado volviéndose ilegibles. Había tres líneas de escritura de unos cuarenta caracteres cada una, y el tercio inferior lo ocupaban las imágenes del lobo y el dragón. Laura estaba casi segura de que el lenguaje de la inscripción era anglosajón, un idioma que procedía de las lenguas de los invasores germánicos que se establecieron en Gran Bretaña cuando la isla fue abandonada por las legiones de Roma. Laura había estudiado la lengua de los anglosajones en la universidad. Se le llamaba «inglés antiguo», pero lo cierto es que resultaba

incomprensible para un inglés del siglo XX. Era una lengua áspera de vocales abiertas y rotundas consonantes, la lengua de un pueblo guerrero. Los llamados anglosajones habían prosperado y se habían civilizado en suelo inglés. Junto con la religión cristiana, pronto habían adoptado el alfabeto latino. Pero su modo de escritura original era el que Laura tenía ante sí: el rúnico.

A Laura le fascinaban las runas. Le hacían pensar en flechas, escudos, hachas, espadas, armas de guerra. Poseían el encanto de lo ancestral y lo secreto. Con mucho cuidado fue transcribiendo la inscripción en una hoja en blanco. Conforme lo hacía, se dio cuenta de que los caracteres de la línea superior tenían un trazo más grueso que los de las dos inferiores. También eran algo más alargados. Laura supuso que podían formar una frase autónoma, tal vez una oración, una invocación a un dios, o incluso una especie de título o epígrafe. Cuando hubo acabado de transcribir el último signo se quedó mirándolos fijamente:

MTDBIBHMIFFJRIFXMMHPDILNMBFLLMMWPITIP

No era habitual encontrar inscripciones de esta clase. Solamente era posible verlas en la decoración de ciertos objetos, sobre todo armas y amuletos. Aunque los anglosajones adoptaran el alfabeto latino, parecían sentir un vínculo muy íntimo con su forma de escritura original, como si esta tuviera un poder del que carecía la escritura que habían aprendido de los monjes cristianos. Una espada se volvía poderosa si se grababa en ella un conjuro en caracteres rúnicos. La magia de un amuleto se multiplicaba gracias a los misterios de las runas.

A simple vista, Laura pudo distinguir que la inscripción correspondía a la variante del alfabeto rúnico conocida como «Futhorc», que era la que se había usado en Gran Bretaña. Por lo tanto, se trataba de un objeto autóctono, lo que constituía una excelente noticia. Que ella supiera, era la primera vez que se encontraba algo parecido en la ciudad de Londres. El hallazgo podía ser de suma importancia y Laura deseó poder contar con la ayuda experta de su padre. Por desgracia, el profesor Phillips, teniente de navío en la reserva, se encontraba patrullando las aguas del mar del Norte en busca de submarinos alemanes. Laura suspiró. De momento tendría que arreglárselas sola.

El hecho de que no hubiera separación entre las palabras dificultaba el trabajo. Pero así era en casi todos los textos e inscripciones antiguas. Laura entornó los ojos y trató de encontrar algún sentido en aquello. Entonces se dio cuenta de que podía entender los tres primeros caracteres: en inglés moderno aquello era *DEATH*. De modo que el texto empezaba con la palabra «muerte». Muy apropiado para los tiempos que corrían. Con la ayuda de uno de los libros, Laura convirtió toda la primera línea a símbolos latinos, lo que haría más fácil su traducción:

DEATHBITHSELLAEORLAGEHWYLCUMTHONNEEDWITLIF

Luego dedicó un buen rato a separar las palabras, una ardua labor que la obligó a consultar varias veces los libros que tenía alrededor. La muchacha deseó haber prestado más atención a sus lecciones de inglés antiguo, pero en sus días de universidad no se le ocurrió que aquello fuera a

resultarle útil. En cualquier caso, unos minutos más tarde había encontrado la frase que se escondía en la primera línea. Decía: «*Death bith sella eorla gehwylcum thonne edwitlif*», lo que con cierto esfuerzo tradujo como «La muerte es preferible para un guerrero a una vida de vergüenza».

Laura contempló la frase con los ojos entornados. ¿Dónde había leído ella aquello?

De pronto recordó y la revelación fue tan contundente que la dejó sin aliento. Apenas diez segundos después estaba ante el mostrador del señor Williamson pidiéndole otro libro. El bibliotecario se quedó pasmado al verla tan agitada, pero se lo entregó enseguida sin hacer preguntas. Era un libro muy común, un libro que todo estudiante inglés había tenido que leer alguna vez en su vida.

Se trataba de un poema. Un largo poema. Laura comenzó a pasar páginas a toda velocidad. La edición que estaba usando era bilingüe. La página de la izquierda recogía el texto en su versión original. En la de la derecha se leía la traducción al inglés moderno. Encontró lo que estaba buscando hacia el final del poema. Eran los versos 2.890-91.

El héroe ha protagonizado una terrible lucha con un dragón que está causando estragos en su reino y diezmado a sus súbditos. Su deber es abatir a la fiera, aunque sea a costa de su vida. Y lo consigue. Pero en la pelea el dragón clava sus colmillos en el cuello del rey y le inyecta su veneno.

El rey muere en los brazos de Wiglaf, el único de sus guerreros que ha tenido el valor de luchar a su lado. Y es Wiglaf quien pronuncia estas palabras durante el entierro del rey, como parte de su elogio fúnebre: «*Death bith sella eorla gehwylcum thonne edwitlif*».

Allí estaban, impresas en nítidos caracteres negros sobre el blanco de la página. Las mismas palabras que Laura había calcado de una plancha de cobre que tenía al menos 1.300 años de antigüedad. Sintiendo un ligero mareo, Laura cerró el libro y contempló el título impreso en letras doradas sobre la cubierta: *BEOWULF*.

Capítulo IV

La tumba del guerrero

—¡S abía que te encontraría aquí!
Laura se volvió sobresaltada. No esperaba que nadie se dirigiera a ella en la biblioteca desierta. Pero se tranquilizó al encontrarse con los ojos castaños de David muy cerca de los suyos.

—¡David! ¡No te vas a creer lo que he descubierto!

El muchacho se sentó a su lado y la besó en la mejilla.

—Tranquila, Laura. ¿Qué haces encerrada en una biblioteca en lugar de estar disfrutando de este soleado domingo de primavera? No tienes remedio, muchacha.

—Pero David...

—¿Qué tal si hacemos unos sándwiches y buscamos un lugar romántico junto al río?

La joven hizo una mueca y le dio una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! Pero ¿qué...?

—¿Vas a escucharme ahora?

—Soy todo oídos —dijo David con gesto dolorido.

Un par de minutos después, el joven la miraba con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Beowulf? ¿En serio?

—Como lo oyes. ¿Conoces la historia?

—Pues claro. Es un tema épico muy conocido. Lo estudié en la universidad. Déjame que haga memoria. Beowulf es un caudillo del pueblo nórdico de los «geatas». El héroe y sus hombres desembarcan en el reino de Hrothgar, en lo que hoy sería Dinamarca. Vienen a pelear contra Grendel, una especie de ogro o demonio que todas las noches causa estragos en la corte. Pero resumamos. Beowulf mata al ogro y luego vence también a la madre de Grendel en el fondo de un pantano. En la segunda parte creo recordar que Beowulf ya es rey de su pueblo y entabla batalla contra un dragón que custodia un tesoro. Lo vence pero muere envenenado por su mordedura. Al final del todo hay un funeral. ¿No es así? Un precioso cuento de hadas.

Laura sonrió y luego compuso un gesto de paciencia.

—Desearía que te tomaras algo más en serio nuestra primera épica nacional. Pero sí, en esencia la historia de Beowulf es tal y como tú la cuentas. Y ocurre que en la placa que hallamos

anoche está grabada la frase exacta que su lugarteniente Wiglaf pronuncia durante las exequias del héroe: «Para un guerrero antes la muerte que una vida de vergüenza». Palabra por palabra. ¿Qué te parece?

David se frotó la barbilla.

—No creo que tenga nada de particular. Era un poema muy conocido en su época. Se trata de una simple cita.

—¿En caracteres rúnicos? ¿Sobre una plancha de cobre? Vamos David, esto es mucho más que una cita.

—¿Y qué sugieres?

Laura vaciló.

—Cuando hiciste tu intempestiva entrada estaba a punto de empezar a traducir el resto de la inscripción. Creo que es la única forma de salir de dudas. ¿Querrás ayudarme?

—¿No sería mejor esperar a que tu padre venga de permiso?

—Muy bien, lo haré yo sola.

David resopló.

—De acuerdo, nada mejor que pasar esta preciosa mañana de domingo descifrando una aburrida inscripción anglosajona. Vamos allá.

* * *

«El que venció al guardián del tesoro pero murió por su veneno duerme en el reino subterráneo. Que Woden proteja el descanso del rey. Que Thunor descargue la furia del trueno sobre quien perturbe el sueño del héroe».

Laura había leído las palabras con lenta solemnidad, como si quisiera poner en práctica la magia de aquel conjuro. Una vez terminó, su voz siguió vibrando bajo la gran bóveda de la biblioteca. Luego hubo un largo silencio hasta que David se atrevió a romperlo con una tos nerviosa.

—Bueno, ya está. Tenemos el nombre de dos dioses anglosajones: Woden, que corresponde al Wotan germánico o al Odín escandinavo. Y también Thunor, que es nada menos que Thor, el dios del trueno. Dos de las deidades principales de los antiguos pueblos del norte de Europa. No suelen faltar en ningún conjuro, sortilegio u oración. El que no aparece por ningún sitio es el famoso Beowulf, con lo cual tu hipótesis comienza a hacer aguas.

—Pero el fragmento del elogio fúnebre...

—Una fórmula, Laura. Seguramente esa frase sobre el guerrero, la muerte y la vergüenza era solo una fórmula ceremonial. Recuerda: los poemas épicos antiguos estaban contruidos a base de fórmulas. Se repetían una y otra vez. La espada era a menudo «la luz de la batalla»; el mar, «la ruta de la ballena». Y así sucesivamente.

—Sí, lo recuerdo. Y el dragón, si no me equivoco, era «el guardián del tesoro». Ahí lo tienes. Beowulf derrotó al dragón pero murió por su veneno.

—¡Pero Laura! No me digas que crees en dragones.

La muchacha rio.

—Bueno, he tenido algunas experiencias con ellos recientemente. Pero no estoy hablando de dragones reales. Lo que me gustaría recordarte es que el dragón es un animal heráldico. Una familia noble o una casa real podían ser representadas por un dragón u otro animal. Una especie de emblema. ¿No era así? —En este punto David asintió con poca convicción—. Muy bien, ahora te ruego que mires las figuras de la parte inferior de la placa. ¿Qué ves?

—Bien, las representaciones son complejas, pero creo que el de la izquierda es un dragón. Sí, tiene alas y lanza algo por las fauces que podría ser su aliento de fuego.

—¿Y el de la derecha?

—No sé. ¿Un león?

—Un lobo, David.

—De acuerdo. Un lobo. ¿Y qué?

—Pues que la palabra «lobo» forma parte del nombre de Beowulf. «El lobo del dios Beow». ¿Qué mejor animal heráldico que un lobo para alguien cuyo nombre es «lobo»? Lo que vemos aquí es la representación simbólica de una batalla. El héroe ha peleado y vencido a un enemigo más poderoso, una casa noble cuyo símbolo es el dragón. Pero ha muerto de forma traicionera, tal vez por veneno. La placa es un recurso mágico para salvaguardar el descanso del rey muerto, como esos sortilegios que se usaban para sellar las tumbas de los faraones egipcios. La tumba de un rey de leyenda. Un antiguo rey de los anglosajones quien seguramente fue enterrado con el tesoro que les arrebató a sus enemigos en batalla. ¿Sabes lo que significa todo esto?

La respiración de Laura se había acelerado. Los ojos le brillaban. David, en cambio, agitaba la cabeza con incredulidad.

—Significa que te estás dejando arrastrar por tu imaginación. El profesor Phillips se subiría por las paredes si estuviera aquí. Eres una arqueóloga, Laura, y no una cazatesoros. Buscar la tumba del héroe Beowulf es como buscar el Santo Grial, la espada Excalibur o las ruinas de Camelot. Es solo un mito, por el amor de Dios.

—Un mito que de pronto se vuelve real gracias a un respaldo arqueológico. Y no es la primera vez que ocurre. Recuerda lo que pasó con Troya. Todo el mundo pensaba que Troya era un mito hasta que Heinrich Schliemann hundió su pala en una colina de Turquía y la rescató para la historia.

David frunció el ceño. Parecía contrariado.

—Digamos que tienes razón. Supongamos por un momento que la placa atestigua la existencia histórica de Beowulf. De acuerdo. Pero ¿quién nos asegura que su tumba está bajo la ciudad de Londres? No hubo un Londres anglosajón. Desde que los romanos la abandonaron, la ciudad estuvo casi totalmente deshabitada durante siglos.

Laura meditó unos segundos antes de replicar.

—Bueno, eso no lo sabemos con certeza. En ningún sitio consta que fuera así. No hay pruebas que lo demuestren.

—¡Y tampoco las hay de lo contrario! A un científico no le sirven los argumentos *ex silentio*: «No existe evidencia que avale tal cosa, por lo tanto es falsa». Por favor, no caigas en una trampa tan infantil. Los testimonios arqueológicos del Londinium romano son abundantes. También se han encontrado vestigios de asentamientos anglosajones río arriba. Pero la vieja ciudad romana permaneció en ruinas durante al menos dos siglos. Los invasores germánicos la evitaron como si fuera un lugar de mal agüero.

Laura asintió a su pesar.

—Sí, eso es cierto. Es como si las sencillas mentes de aquellas gentes del norte encontraran incomprendible el concepto romano de ciudad. De hecho, parece que ni siquiera usaron las cómodas vías romanas para desplazarse. Preferían ir campo a través.

—¿Lo ves, Laura?

La muchacha entornó los ojos.

—Sin embargo, si tú quisieras encontrar el emplazamiento perfecto para la tumba de un rey, un sitio completamente seguro, inviolable, ¿dónde lo buscarías?

—No te sigo.

—Sí. Escúchame. Buscarías un lugar protegido por el miedo y la magia. Un lugar sobre el que pesara una maldición. ¡Claro, es perfecto! Si quisieras enterrar a tu rey y su tesoro donde nadie pudiera violar su tumba, ¿qué mejor lugar que la vieja ciudad en ruinas donde ningún hombre se atreve a entrar? La ciudad maldita. La ciudad que habitan espíritus y demonios. —Laura había empezado a hablar tan deprisa que David apenas podía seguirla—. ¡Está aquí, bajo nuestros pies! ¡Descansa en el reino subterráneo junto con su tesoro funerario! ¡En una cámara secreta bajo la ciudad de Londres!

—Pero Laura...

—¡Tú y yo estamos a punto de realizar el mayor descubrimiento arqueológico desde que Howard Carter descubrió la tumba de Tutankamon! ¡Y para ello ni siquiera vamos a tener que movernos de casa!

—Ejem, ¿puedo hablar?

—Adelante.

—Verás, Laura, odio bajarte de las nubes. Pero antes de que vayas a Estocolmo a recoger el Nobel me veo obligado a recordarte un par de cosas. Según el poema, Beowulf pertenecía a la nación de los «geats» o «geatas», que eran una rama de los godos. Y ese pueblo no se asentó en Gran Bretaña, sino en lo que ahora es Suecia.

—Eso es solo una hipótesis —respondió Laura reacia a dar su brazo a torcer.

—¿Tienes acaso una mejor?

Laura parecía pensar a toda velocidad.

—Los jutos.

—¿Cómo?

—Anglos, sajones y jutos. ¿Te acuerdas? Esos eran los nombres de los invasores que se establecieron aquí a partir del siglo V. Siempre recordamos a los anglos y los sajones. Nos consideramos una nación anglosajona. Pero nos olvidamos de los jutos. ¿Y si los jutos y los geatas fueran el mismo pueblo?

—Pero el poema dice claramente...

—Acabo de repasar la epopeya de Beowulf. No hay apenas indicaciones geográficas. En aquellos tiempos se tenían nociones muy imprecisas de la geografía y no existían las divisiones políticas que sufrimos hoy en día. Había un mundo germánico unido por las costumbres, la religión y la lengua. Los antiguos navegantes del mar del Norte no tenían conciencia de lo que era una costa extranjera. Dondequiera que fueran, estaban como en su tierra.

—No sé adonde quieres llegar.

—Lo que trato de decirte es que el reino de Beowulf, el escenario de su batalla contra el

dragón y de sus exequias fúnebres, no se localiza en el poema con exactitud. Y que podríamos situarlo perfectamente en suelo inglés. Uno de los pequeños reinos anglosajones en los que se dividió la provincia romana de Britannia. Además, ¿acaso se conoce una versión del poema en una lengua distinta del inglés antiguo? La saga épica de Beowulf no es un mito común del mundo germánico, como pensábamos. ¡Es un pedazo de nuestra propia historia!

Laura miró a David con gesto desafiante, como retándolo a refutar su lógica. El joven parecía ligeramente abatido, casi derrotado. Finalmente dijo:

—Todo esto me parece un disparate de principio a fin, pero no tengo ganas de seguir discutiendo. ¿Qué te parece si te invito a comer y luego paseamos un rato bajo el sol?

—De acuerdo con la comida y con el paseo, cariño —dijo Laura con un suspiro—. Pero olvídate del sol.

* * *

—Lo siento mucho, señorita Phillips. Pero sin la presencia del oficial al mando no podemos dejarles entrar.

Laura oyó a David resoplar detrás de ella.

—Ya lo oyes. El capitán Cameron no está y estos hombres tienen instrucciones de no dejar pasar a nadie. Ya habrá tiempo mañana para más pesquisas.

La joven frunció el ceño. Cuando Laura se trazaba un propósito, resultaba prácticamente imposible disuadirla. De pequeña su padre la llamaba cariñosamente «mi pequeña mula». Hoy estaba dispuesta a hacerle honor a su apodo.

Se encontraban ante la puerta de la estación de Aldwych, el último sitio del mundo al que David hubiera querido ir aquella tarde. Durante el camino le había repetido mil veces a Laura que lo que se proponía hacer era una locura. Pero ella se había mostrado tajante: si no estaba dispuesta a acompañarla, seguiría adelante sola, con lo que al joven no le había quedado más remedio que claudicar. Sin embargo, ahora Laura había encontrado un inesperado obstáculo para sus planes. El soldado de guardia en la puerta se negaba a franquearles el paso y ninguno de sus argumentos parecía ablandarlo. «Órdenes son órdenes», repetía. A veces Laura odiaba a los militares.

—¿Puedo hablar con el sargento Doolittle? —preguntó ella en un golpe de inspiración.

El guardia de la puerta se rascó la cabeza y luego se volvió hacia el interior.

—Llamad al sargento. Decidle que la señorita Phillips quiere verlo.

Poco después aparecía en el umbral un militar de mediana edad, con las mejillas muy coloradas y poblado bigote. Tan pronto como vio a Laura, la cara del hombre se iluminó con una sonrisa generosa en dientes. El sargento Doolittle era un londinense de pies a cabeza, un auténtico *cockney*. En Londres se decía que solo podías llamarte *cockney* si habías nacido dentro del radio de acción de las campanas de St Mary-le-Bow, en Cheapside. Pues bien, Doolittle se jactaba de haber nacido a un tiro de piedra de esa iglesia, tan cerca que, según él, cuando las campanas tañían era como si lo hicieran dentro de la cocina de su casa. Y ahora que la iglesia había sido destruida por las bombas alemanas, el sargento afirmaba que no volverían a nacer auténticos

cockneys en Londres. Aunque todos lo consideraban un hombre moderado, Doolittle tenía dos debilidades. Una de ellas era apostar en las carreras de caballos. La otra era Laura, a quien no le costó ni diez segundos convencerlo para que los dejara entrar.

Pocos minutos después, Laura y David estaban de nuevo en el lugar del derrumbe, ambos provistos de linternas. La grieta tenía el mismo aspecto que el día anterior. La única diferencia era que los escombros habían sido retirados y que se habían colocado dos vigas a modo de puntales. Laura se plantó durante unos instantes ante el negro boquete, como si deseara estar a la altura de la solemnidad de aquel momento. Luego respiró hondo y dio un paso adelante. David la siguió, al parecer resignado a lo inevitable. De inmediato notaron un soplo de aire fresco en la cara.

—El aire circula. Debe de tratarse de un lugar grande. Tal vez toda una red de túneles. Mira eso.

Laura exploró con su linterna la cámara donde se encontraban. Se trataba de un espacio rectangular de unas quince yardas de longitud. Los muros y el techo eran irregulares, aunque sin duda de origen artificial, pues mostraban señales de haber sido excavados mediante cincel y martillo. En el extremo por el que habían entrado debía de haber estado la placa de bronce, tal vez fijada a la pared, o más probablemente oculta dentro de un hueco u hornacina que el derrumbamiento había hecho desaparecer. Frente a ellos la linterna iluminó el mismo arco que Laura había vislumbrado el día anterior. Ambos se acercaron. Tenía unos seis pies de altura y formaba la entrada a una galería.

—¿Qué te parece? —preguntó la chica.

David reflexionó en silencio durante unos instantes.

—No lo sé —dijo al fin—. Desde luego no es moderno. El modo en que los bloques de piedra están labrados, la forma en que están encajados entre sí sin argamasa... Podría ser medieval, tal vez del siglo XIII o XIV.

—Yo creo que te quedas muy corto. Esto tiene todo el aspecto de ser una obra de época romana. Tal vez formara parte de una cloaca. O incluso de una catacumba.

—Lo que estás diciendo es imposible, Laura —dijo David con un bufido—. Sencillamente ridículo.

La muchacha no ocultó su enfado.

—¿Y por qué te parece ridículo, si se puede saber?

—En primer lugar, nadie construiría una cloaca fuera de los límites de la ciudad. Y te recuerdo que el Londres romano abarcaba aproximadamente el área metropolitana de la moderna City. Nosotros nos encontramos más de una milla al oeste de los límites de la ciudad romana. En el siglo II o III, sobre nuestras cabezas no habría más que hierba, árboles y ovejas pastando. Eso por no mencionar la profundidad. ¿Quién excavaría una cloaca a una profundidad de setenta u ochenta pies?

—Muy bien, señor historiador. ¿Y qué me dices de una catacumba? Muchas ciudades antiguas poseían catacumbas. París, Roma. Algunas son tan grandes que constituyen prácticamente ciudades subterráneas. Para su construcción se aprovecharon túneles naturales, o bien minas abandonadas. ¿No te parece plausible que Londres posea también sus catacumbas?

—Te digo lo mismo que antes, Laura. Lo natural es que una catacumba esté bajo una ciudad y sobre nosotros no había ninguna ciudad en época romana. El Londinium romano no era una gran urbe del imperio, sino una modesta ciudadela en una provincia alejada. No tiene sentido datar esta

construcción en aquellos tiempos.

—De acuerdo. ¿Y entonces qué me dices de esto?

Laura elevó su linterna hacia una de las dovelas que formaban el arco. Había unas pequeñas muescas fácilmente identificables como una inscripción. Se distinguían las letras «CNVALER SF C T».

David se rascó la cabeza.

—¿Y qué se supone que demuestran esos garabatos?

—¿Por qué no tratas de rellenar los huecos, David? Imagínate que estás resolviendo el crucigrama del Times.

El joven contempló la inscripción unos instantes.

—Me rindo, ¿adónde quieres llegar?

—Juraría que algún cantero romano orgulloso de su trabajo quiso dejarnos su firma. CN VALERIUS FECIT. O lo que es lo mismo: «Gneo Valerio lo hizo».

David soltó una carcajada.

—¡Dios mío! ¡Qué imaginación! Todos esos cuentos sobre guerreros y dragones te están nublando el juicio.

—Piensa lo que quieras. Yo creo que lo mejor será tratar de salir de dudas y explorar un poco. Sigo opinando que la hipótesis de la catacumba podría ser correcta.

—Pero, Laura. Recuerda que una catacumba es un lugar de enterramiento. En una catacumba debería haber tumbas.

Laura sonrió en la penumbra del subterráneo.

—Me conformo con encontrar una sola tumba. Y ya sabes a cuál me refiero.

* * *

Avanzaron por el túnel durante unos minutos. La marcha fue sencilla al principio, pero enseguida notaron que les costaba más trabajo caminar y comprendieron que estaban ascendiendo. Luego la pendiente experimentó un brusco cambio de dirección y empezaron a bajar. El túnel tampoco mantenía la línea recta, tan solo en su primer tramo. Enseguida comenzó a trazar giros y revueltas. Todo aquello resultaba muy confuso, pues sus linternas tan solo iluminaban un pequeño trecho de galería. Más allá la oscuridad formaba un denso muro que parecía a punto de engullirlos. David protestó varias veces:

—Por favor, Laura. Vamos a volver. Esto es una locura. Siento tanta claustrofobia que me dan ganas de ponerme a gritar.

Pero ella no le prestaba atención y seguía obstinadamente adelante.

—Fíjate en las paredes del túnel, David. En algunos lugares muestran señales de haber sido excavadas. En otros, en cambio, parecen de origen natural. Es como si el túnel hubiera sido ensanchado en algunos tramos. O como si hubieran unido túneles naturales perforando galenas entre ellos. Tal vez ese sea el motivo de tantos cambios de dirección y pendiente. ¿No te parece fascinante?

David gruñó y volvió a suplicar que dieran la vuelta. Pero sus protestas arreciaron cuando

comenzaron a pasar ante las bocas de otros túneles secundarios que se abrían a ambos lados. Algunos estaban cegados por rocas y escombros. Otros se perdían en la profunda oscuridad. Al cabo de unos minutos, llegaron a un punto en el que su propio túnel se dividía en dos. No había forma de averiguar cuál era la ruta correcta, suponiendo que supieran exactamente adonde iban. David se negó a dar un paso más.

—Ya basta, Laura. Esto amenaza con convertirse en un laberinto. No puedo imaginar peor perspectiva que la de extraviarnos aquí abajo. Volvamos mañana con equipo y ayuda. ¿De acuerdo?

Laura ponderó las dos negras bocas que nacían de su túnel y comprendió que David tenía razón. No tenía sentido seguir adelante sin contar con los medios adecuados. Justo cuando se disponía a anunciar que se daba por vencida empezaron a oírse ruidos.

—¿Qué es eso?

David prestó atención. Desde el túnel de la derecha llegaba de forma muy nítida un sonido rítmico de pasos que se acercaban. De pronto, se oyó una voz. Luego otra en respuesta. Ambas habían sonado a muy poca distancia. Entonces vieron una claridad detrás de un giro del túnel. Al igual que las voces y los pasos, la luz se intensificaba a cada instante.

—¡Apaga la linterna! —susurró David haciendo lo propio con la suya.

Laura se dispuso a protestar. Quería saber quién era aquella gente que transitaba por la misteriosa red de túneles. Tal vez pudieran brindarles alguna información. Pero David le arrebató la linterna y la apagó sin más explicaciones. Luego empujó a la muchacha hacia el túnel de la izquierda.

—Pero... ¿qué...?

David le cubrió la boca con la palma de la mano. Ahora Laura se sentía asustada. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Ssss. No digas una palabra —susurró el joven—. Esos que se acercan están hablando en alemán.

Capítulo V

Un encuentro en la oscuridad

Eran tres hombres. El primero iba provisto de una linterna de minero e iluminaba el camino. Los otros dos transportaban unos pesados fardos sobre los hombros. Parecían muy fuertes, pero así y todo ambos rezongaban y gruñían por el esfuerzo. Laura y David los espionaron desde el otro túnel, donde permanecían pegados a la pared tratando de no ser vistos. Aunque su presencia quedaría revelada de inmediato si el que llevaba la luz iluminaba la boca de la galería. También corrían el riesgo de que el túnel en el que se habían ocultado formara parte de la ruta del misterioso trío. Pero Laura comprendió que no habían tenido alternativa y que David había hecho lo correcto al elegir aquel escondite. Por suerte, parecía que el camino de aquellos tipos era el mismo por el que ella y David habían venido y que no corrían, por tanto, riesgo de ser sorprendidos. ¿Qué clase de personas eran aquellas que recorrían una red subterránea de túneles transportando pesados bultos? Laura no podía siquiera figurarse la respuesta, pero se sintió aliviada al comprobar que la danzante luz de la linterna se alejaba de ellos.

De pronto la luz se detuvo y volvieron a oírse voces.

Laura apretó la mano de David en la penumbra de su escondite. Tenía miedo. Aquellos hombres se habían detenido a apenas treinta pies de ellos y la luz que usaban era potente. Desde donde se encontraban podían verlos con solo mirar en su dirección. Deseó adentrarse más, buscar el abrigo de la galería oscura en la que se habían ocultado, pero comprendió que cualquier ruido, cualquier movimiento, podía delatarlos y volver su situación aún más peligrosa.

Los dos hombres que transportaban bultos los habían dejado en el suelo y permanecían con la espalda apoyada en la pared del túnel, en actitud de descansar. El de la linterna los increpaba en alemán, idioma del que Laura apenas entendía unas palabras. Parecía estar reprochándoles que se hubieran detenido. Sin embargo, los otros dos no daban señales de hacer nada al respecto. Vieron arder la llama de una cerilla, y el hombre que llevaba la linterna volvió a ladrar unas palabras que sonaron a reprimenda, pero a continuación se echó a reír y dejó la luz en el suelo. Entonces relucieron las ascuas de tres cigarrillos. Las caras de los hombres surgieron de la penumbra circundante. Rostros duros de macizas mandíbulas. Se habían detenido para fumar a muy poca distancia. Estaban tan cerca que Laura podía oler el humo del tabaco a la perfección. La nariz y los ojos empezaron a picarle. ¿Qué ocurriría si se le escapaba un estornudo? Conforme se hacía la

pregunta, se dio cuenta de que sentía unas ganas incontenibles de estornudar. Temía que el movimiento la delatara, pero el peligro de hacerse notar con el ruido de un estornudo era mucho peor, de modo que soltó su mano de la de David y se cubrió la nariz y la boca.

El muchacho la miró y comprendió al instante lo que ocurría. Laura lo vio agitar la cabeza horrorizado. «No, no lo hagas», parecía decirle. Ella respiró hondo y trató de tranquilizarse, hasta que noto cómo el peligro del estornudo iba pasando. Entretanto, los misteriosos alemanes habían terminado sus cigarrillos y parecían dispuestos a reanudar la marcha. Apenas habían transcurrido unos segundos cuando Laura y David los vieron desaparecer por uno de los túneles laterales. El suspiro de alivio de la muchacha fue tan fuerte y audible que David volvió a suplicarle silencio con gesto de alarma.

—Regresemos —susurró él cuando el peligro pareció haber pasado por completo.
Por una vez, Laura no tuvo nada que objetar.

* * *

—¿Quiénes eran esos? ¿Qué hacían? —le preguntó Laura a David, ya de regreso en la seguridad de la estación.

El muchacho agitó la cabeza.

—No pude oír todo lo que decían, pero sí entendí que estaban escondiendo contrabando.

Laura arrugó la nariz.

—¿Contrabando? ¿De qué tipo? ¿No serían espías?

David rio.

—No seas novelera, Laura. La guerra y el racionamiento han convertido el país en el paraíso de los traficantes. Todos tenemos que recurrir al mercado negro de vez en cuando. Seguramente esos tipos no eran más que unos inmigrantes o refugiados alemanes que han encontrado un modo de hacer dinero en estos tiempos revueltos. Lamentable, pero en absoluto extraordinario.

Ella asintió. Y en ese momento vieron acercarse por el andén al capitán Cameron, seguido a poca distancia del sargento Doolittle, que parecía avergonzado, como si acabara de recibir una reprimenda.

—Señorita Phillips, señor Stein, ¿qué significa esto? Uno de mis hombres, alguien con más sentido común que el sargento de guardia, me ha avisado de que habían entrado ustedes en la estación a pesar de mis órdenes. Veo que vienen del túnel donde se ha producido el derrumbamiento. ¿Puedo preguntar que han estado haciendo allí?

David se adelantó y comenzó a murmurar una disculpa:

—Lo lamento mucho, capitán. Naturalmente, asumo cualquier responsabilidad.

—Ha sido culpa mía —lo interrumpió Laura—. Yo insistí en explorar esa red de túneles.

—¿Red de túneles? —preguntó el capitán con el ceño fruncido.

—Enorme. Como para perderse en ella durante días.

—Espero que no hayan corrido ningún riesgo innecesario.

—Verá... —titubeó Laura—. Tal vez debería saber algo extraño que hemos visto allí abajo.

—Pero será mañana —dijo David impidiéndole continuar.

—¿Eh? Pero...

—Demasiadas emociones para un día. Mañana pondremos al corriente al capitán sobre todo lo referente a los túneles. Ahora es mejor que nos marchemos de una vez. Ya hemos causado bastantes problemas.

Laura se quedó con la boca abierta.

* * *

—¿Por qué no me has dejado hablarle al capitán Cameron sobre esos granujas que hemos visto ahí abajo? —preguntó Laura enojada mientras le quitaba el candado a su bicicleta.

—No creo que sea un asunto que comprometa la seguridad nacional.

—Sin embargo, las esculturas...

—Las obras de arte están muy bien custodiadas. Y desde luego el objetivo de esos hombres no era robarlas. Ellos ya tienen su negocio de contrabando. Ha sido un encuentro puramente fortuito. Lo más probable es que no volvamos a verlos nunca. Además, ¿crees que Cameron te permitiría seguir explorando si lo hubieras puesto al corriente? Habría ordenado que la brecha quedara sellada de inmediato. Y adiós a Beowulf para siempre.

Laura reflexionó.

—Creo que tienes razón. Pero tal vez deberíamos hablar con la policía.

—Mañana, cariño, mañana.

David la besó suavemente y Laura descubrió que estaba demasiado cansada para seguir discutiendo.

* * *

¿Había oído un ruido? Laura no estaba segura.

Lo único que sabía era que se encontraba en su casa, en la cama, y que hasta unos segundos antes había estado sumida en un sueño profundo y sin imágenes. Era una noche tranquila. Las alarmas aéreas habían permanecido mudas y la ciudad parecía estar aprovechando el intervalo de calma para descansar y reunir fuerzas. En el edificio de apartamentos donde Laura vivía, esta noche no se oían más ruidos que los crujidos de la estructura de madera y los gorgoteos de las viejas tuberías. Pero algo la había despertado. Y Laura no estaba segura de si se había tratado de un ruido o más bien de una súbita sensación de peligro. Nada parecía fuera de lo normal. Una luz plateada se colaba en el dormitorio por los resquicios que dejaban las gruesas cortinas, como si la luna quisiera dejar constancia de que sus normas estaban por encima de las de los hombres. La noche tenía algo de irreal e invitaba al descanso, pero Laura no podía evitar sentir que algo raro ocurría. Y comprobó que estaba en lo cierto cuando un volumen grande y oscuro se interpuso entre ella y el recuadro de claridad de la ventana. La muchacha quiso creer que solo se trataba de un nubarrón cubriendo la luna, pero sus esperanzas se desmoronaron tan pronto como una voz grave y

ronca resonó en la oscuridad de su dormitorio.

—No se le ocurra gritar. Colabore y no le haremos daño.

A pesar de la orden recibida, Laura se dispuso a pedir ayuda a gritos. En su edificio vivían varias familias y no sería difícil que alguien la oyera y llamara a la policía. Sin embargo, el grito se congeló en su garganta cuando notó el frío de una hoja metálica en la mejilla derecha.

—No me obligue a usar esto. Créame, a mí no me importaría. Pero nuestras instrucciones son que no sufra usted daño... salvo que decida resistirse o hacer alguna estupidez. Vamos, enciende la luz. La señorita debe prepararse para salir.

El brillo de la lámpara hirió los ojos de Laura, y entonces la joven comprobó que en su habitación había dos hombres. Un tipo alto y fornido, con el pelo tan rubio que casi parecía albino, y otro al que apenas pudo ver, pues permanecía junto a la cabecera de su cama, fuera de su campo visual. El primero era la sombra que se había interpuesto ante la ventana. El otro era el que rozaba su mejilla con el filo de una navaja, motivo por el que Laura no se había atrevido a volverse para mirarlo. Este segundo era el que había hablado y el que sin duda llevaba la voz cantante. ¿Era su imaginación o había creído detectar en la voz de aquel hombre un leve acento extranjero? Laura notó que el filo de la navaja se separaba de su piel y se atrevió a girar levemente la cabeza para lanzar un vistazo de soslayo. El hombre de la navaja era moreno y mucho más menudo que el otro. Pero también parecía más peligroso. Bastaba con ver la forma en que sonreía mostrando los dientes para comprender que aquel sujeto era capaz de cumplir sus amenazas. Pero ¿por qué le resultaba su cara familiar? La respuesta vino al instante siguiente: había visto a aquel hombre apenas unas horas antes, en una galería subterránea a más de ochenta pies bajo la superficie de Londres. Era la misma cara que había surgido de la oscuridad al ser iluminada por la luz de una linterna. Sin duda, el hombre moreno y menudo era uno de los tres con los que Laura y David se habían topado durante su aventura subterránea de aquella tarde. Y no resultaba difícil imaginar que el otro, el grandullón, fuera uno de los dos que cargaban fardos. Pero ¿cómo habían dado con ella?

Todos esos temores y preguntas desfilaron por la mente de Laura en apenas unos instantes, así como la comprensión de que se había cruzado en el camino de una peligrosa banda de delincuentes y que ahora estaba en sus manos. Por fortuna, aquellos individuos no parecían tener intenciones de hacerle daño, al menos de forma inmediata. La muchacha se dijo que lo mejor sería colaborar y esperar acontecimientos. ¿Acaso tenía alternativa?

—Muy bien —dijo el hombre moreno guardando su navaja y encendiendo un cigarrillo—. Parece que la señorita no piensa darnos problemas. Una chica lista. Ahora vístase, tenemos que irnos. Nosotros no miraremos. ¿Verdad, *Kamerad*?

El hombre corpulento rio entre dientes y Laura comprendió que aquellos tipos no tenían la menor intención de salir de la habitación para dejarla vestirse a solas. Pero no era momento de andarse con remilgos. De modo que salió de la cama y buscó en su armario un pantalón de trabajo y una gruesa camisa de franela, la ropa de hombre que usaba cuando iba de excavación con su padre. Luego se los puso encima del camión, mientras notaba la mirada de los dos hombres clavada en su espalda. Por último, se calzó un par de gruesas botas y murmuró «Estoy lista».

—Ha elegido usted un atuendo poco femenino —dijo el hombre moreno provocando de nuevo las risas del otro—. Le confieso que mi compañero y yo nos sentimos algo decepcionados. Pero tendrá que servir. ¿No necesita usted algo más de tiempo para maquillarse o pasar por el cuarto de

baño?

Laura agitó la cabeza notando que las mejillas comenzaban a arderle. Durante unos instantes deseó con todas sus fuerzas que David apareciera para protegerla. Pero se arrepintió al momento, al darse cuenta de que su novio no tendría la menor oportunidad contra aquel par de matones armados.

—Muy bien, señorita —dijo el moreno. Y a continuación arrojó al suelo el cigarrillo que estaba fumando y lo pisó con la suela de su bota—. Ahora bajará usted la escalera entre nosotros dos, en silencio y sin intentar ninguna tontería. Al otro lado de la calle hay un coche negro aparcado. Usted subirá al asiento de atrás junto a mí. ¿Entendido?

Todo sucedió conforme lo habían planeado. Antes de abandonar su apartamento, Laura echó un vistazo al reloj de pared que había en su pequeño salón y comprobó que eran las cuatro y media de la mañana. Había pocas posibilidades de que se toparan con algún vecino en la escalera. De hecho, mientras descendían los tres pisos, el edificio permaneció tan silencioso como si estuviera deshabitado. Unos minutos después Laura accedía por la puerta trasera a un Oldsmobile de color negro que habían estacionado frente a su casa, no en la calle principal, sino en un callejón de servicio donde se hallaba oculto de las patrullas que vigilaban la ciudad. No habían pasado por alto un solo detalle. Tal y como esperaba, al volante del coche estaba el tercer hombre, un tipo tan fornido como el rubio, con aspecto de descargador de muelle.

—Permítame —dijo el hombre moreno tan pronto como estuvo sentado junto a ella.

Y procedió a cubrirle los ojos con un pañuelo que anudó en la parte posterior de su cabeza. Cegada por completo, Laura se sintió más vulnerable e indefensa que nunca. No obstante, con un destello de lucidez, comprendió que aquellos malhechores no se tomarían la molestia de ocultarle su destino si su único propósito fuese eliminarla, lo que de todas formas ya habrían podido hacer en su casa. Lo que siguió fue un recorrido en automóvil cuya duración Laura no fue capaz de determinar, aunque se le antojó eterno. Durante el trayecto los tres hombres conversaron animadamente en alemán, por lo que Laura apenas pudo entender algunas palabras sueltas, insuficientes para adivinar el contenido de su conversación. De vez en cuando el hombre moreno hacía comentarios que los otros parecían encontrar muy divertidos, a juzgar por sus risas, unas risas que en los oídos de Laura sonaban como una funesta amenaza.

Cuando el coche se detuvo por fin y obligaron a Laura a salir, la muchacha olió a hierba y oyó el rumor del viento en los árboles. A lo lejos creyó oír el ulular de una lechuza. La habían llevado a algún lugar fuera de Londres, en el campo. Sus secuestradores la obligaron a entrar a un edificio (¿una granja?) y a descender por unas escaleras. Por último, le quitaron la venda de los ojos. Laura parpadeó varias veces y miró a su alrededor. Se encontraba en una especie de sótano o bodega con paredes de piedra. Entre los innumerables trastos viejos que llenaban aquel espacio había un camastro, una silla y una mesa sobre la que relucía la luz mortecina de un quinqué de petróleo. La única salida, además de la puerta por la que habían entrado, era un ventanuco o claraboya que había sido cegado con tablonces desde el exterior.

—Hemos llegado a su *suite*, señorita —dijo el hombre moreno con sarcasmo—. Espero que su estancia sea agradable.

—Por favor, escúcheme —dijo Laura tratando de que su voz no delatase el pánico que sentía—. No sé cómo han dado conmigo, pero lo que estuvieran ustedes haciendo en aquellos túneles no es de mi incumbencia. Les doy mi palabra de que no diré a nadie que los vi allí. Y si lo que

quieren es dinero, tengo algo ahorrado.

El hombre moreno soltó una de sus siniestras risotadas.

—No va a ser tan fácil, princesa. Tengo que admitir que, si por mí fuese, usted ya no representaría un problema. Pero esa decisión no me corresponde. De modo que instálese lo más confortablemente que pueda. Tal vez tenga que pasar aquí algún tiempo.

Y tras decir esto abandonó el sótano, cuya puerta se cerró con estruendo. Acto seguido Laura oyó que le daban dos vueltas a la cerradura.

Se sintió más sola que en toda su vida. Sola y aterrada.

* * *

Laura nunca había echado tanto de menos un reloj. Cuando no se dispone de un modo de medir el tiempo, los minutos se convierten en horas y cada hora parece eterna. Allí abajo, con la claraboya condenada y sin cambios de luz apreciables, el tiempo parecía arrastrarse con una lentitud enloquecedora. ¿Cuánto tiempo había pasado en realidad? Lo único que sabía era que empezaba a notar hambre, aunque no tanta como para que hubieran transcurrido más de unas pocas horas. También empezaba a sentir la urgencia de atender otras necesidades. En un rincón había un recipiente metálico con una tapadera que sin duda estaba destinado a ese fin, aunque Laura decidió aguantar tanto como fuera posible, pues le parecía humillante tener que usar aquel cubo. Además, lo peor no era el hambre o las necesidades orgánicas. Para alguien como ella, acostumbrada a una vida de actividad constante, el auténtico problema era no tener nada que hacer. Empleó algún tiempo en explorar su prisión. Se le ocurrió que tal vez entre aquellos montones de trastos podría encontrar algo que le fuera útil para usar como arma en caso de necesidad, o incluso que le sirviera para escapar de allí. Pero solo había muebles viejos, jaulas rotas, un neumático reventado, un polvoriento espejo que la reflejó ojerosa y despeinada, y algunos otros cachivaches sin la menor utilidad, además de varios baúles que resultaron estar vacíos. Nada, en fin, que le sirviera para sus propósitos. Ni siquiera libros o revistas viejas que le permitieran sobrellevar mejor el encierro. Enseguida comprendió que su principal enemigo iba ser la inactividad, pues su mente tendía a divagar y su imaginación se llenaba de las imágenes más terribles.

En cierto momento le pareció oír el canto de un gallo, pero no pudo creer que solamente hubieran transcurrido las pocas horas que restaban para el amanecer. Más tarde, cuando pensaba que llevaba allí días enteros, la puerta del sótano se abrió y uno de sus secuestradores, el rubio fornido, apareció con algo en las manos. Le traía un sándwich, una manzana y un termo de leche caliente, todo ello en una bandeja que depositó con poca delicadeza sobre la mesa. Laura sintió que su estómago empezaba a agitarse y a reclamar comida, pero no quería que la vieran lanzarse sobre la bandeja como un animal hambriento.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó Laura.

El tipo rubio se volvió hacia ella y la ponderó con sus ojos azules y fríos. Su rostro permaneció tan inexpresivo como si estuviera tallado en un bloque de hielo.

—Son las nueve de la mañana —respondió por fin con un inconfundible deje extranjero—.

Tome su desayuno.

Y se giró hacia la puerta.

Laura no podía creerlo. Llevaba allí apenas cuatro horas y ya creía estar volviéndose loca. ¿Qué pasaría si su encierro se prolongaba durante días o semanas? La muchacha suspiró y contempló la bandeja de comida. Luego tendría tiempo de sobra para preocuparse por todo eso. Ahora su estómago reclamaba alimento con urgencia. Y después, bien a su pesar, tal vez tuviera que usar el cubo.

* * *

Tan pronto como estuvo sola de nuevo, y algo más tranquila ahora que sabía que al menos no pensaban matarla de hambre, Laura comprendió que iba a tener que guardar una cierta disciplina si quería conservar su equilibrio mental. Decidió, para empezar, aprovechar el poco espacio libre del que disponía para hacer algo de ejercicio que la ayudara a pasar el tiempo y, a la vez, a mantener los músculos tonificados. Pero lo fundamental era no permitir que su mente se extraviara o perdiera contacto con la realidad, un riesgo más que probable dado que en aquel encierro carecía completamente de estímulos. Durante un rato probó a resolver operaciones aritméticas de cabeza, pero nunca había sido muy buena en matemáticas y pronto empezó a encontrar el ejercicio frustrante. Luego intentó crear cadenas de palabras de modo que cada una comenzara con la misma letra que terminaba la anterior, pero aquel juego tonto también la aburrió enseguida. Más éxito tuvo con el procedimiento de elegir una época de su vida y tratar de recordar la mayor cantidad de acontecimientos de aquel periodo. El repaso de su infancia y de su adolescencia le deparó algunos momentos placenteros, pues conservaba recuerdos muy dichosos de ambas épocas. Luego se concentró en su primera juventud y los años en Oxford, en St Hilda, el único de los *colleges* de la universidad que admitía chicas. Recordó el día de su graduación, en la que obtuvo los mayores honores que esa prestigiosa institución le otorga a un estudiante. Habían sido cinco años de duro trabajo en los que, día tras día, tuvo que demostrar que su condición de mujer no la hacía menos capaz que sus compañeros. Pero no había más que ver la expresión de orgullo de sus padres durante el acto de graduación para darse cuenta de que todo aquel esfuerzo había merecido la pena. Vio de nuevo las lágrimas de alegría de su madre y ese recuerdo la entristeció, pues apenas unos días después de aquel momento de felicidad tuvo lugar el accidente que había terminado con su vida. Una motocicleta a toda velocidad la arrolló mientras iba de compras por Piccadilly. Murió tras permanecer ocho días en coma, y Laura llegó a pensar que su padre iba a morir también de pena. Por fortuna, él tenía sus proyectos y sus excavaciones, a los que se dedicó con más energía que nunca. Ahora, además, contaba con la ayuda de su hija, una de las primeras mujeres que habían recibido un diploma de arqueología por la Universidad de Oxford, donde él mismo se había graduado y doctorado dos décadas antes. Inevitablemente, su memoria la devolvió entonces hasta los días de Sutton Hoo, aquel verano en el que había vivido los momentos más emocionantes de su vida. Pero el recuerdo de aquellos días trajo consigo el de David, lo que le hizo sentir un fuerte arrebató de añoranza que inundó sus ojos de lágrimas.

¿Volvería a ver alguna vez a su novio? ¿A su padre? ¿A sus amigos? El desamparo la hizo

doblarse sobre sí misma, pero se sobrepuso casi de inmediato, pues se había propuesto no sucumbir ni un solo instante a la desesperación. Con todo, Laura comprendía que su situación era difícil. Y el hecho de ignorar qué se proponían aquellos hombres no contribuía a disipar sus temores. Parecía que el móvil de su secuestro no era el dinero, sino que este guardaba relación directa con el encuentro que habían tenido con ellos el día anterior. Y, sin embargo, seguía convencida de que aquellos hombres no habían detectado su presencia en los túneles. Entonces ¿cómo habían podido saber de ella y dónde encontrarla? Su propósito había sido acudir hoy a la policía. Pero de momento nadie sabía nada sobre su aventura en los subterráneos. Solamente ella y... ¡David! ¿Podía ser verdad lo que acababa de ocurrírsele? El corazón empezó a latirle muy deprisa. Por más que lo pensaba, parecía la única alternativa. Pero Laura se negó a aceptarla. Aquella posibilidad era absurda. Tenía que haber otra explicación. Tenía que haberla.

Laura siguió debatiéndose con sus temores durante el resto de aquel espantoso primer día de su secuestro, y también durante la noche, que pasó prácticamente en vela, encogida sobre el camastro mientras el sótano se llenaba de leves ruiditos que le parecieron de patas diminutas aunque prefirió no hacer cábalas sobre su naturaleza exacta. Durante la angustiada duermevela su mente trazó varios alocados planes de fuga, incluyendo la posibilidad de provocar un incendio, pero los fue desechando uno a uno, pues su desesperación no había llegado todavía al extremo del suicidio. El otro tipo grandote le trajo el desayuno al día siguiente. Al parecer se estaban relevando para alimentarla. Laura le suplicó que le dijera por qué la tenían allí y cuánto tiempo la iban a retener, pero aquel silencioso bruto ni siquiera se molestó en responderle con un monosílabo.

Transcurrido un día y medio de cautiverio, empezó a notar que sus pocas esperanzas la abandonaban por completo. Antes o después la echarían de menos y se daría aviso a la policía. Sin duda David lo haría. A no ser que... Laura tuvo que sacudir la cabeza para alejar de nuevo aquellos perturbadores pensamientos. Sin duda la policía sabría de su desaparición muy pronto. Pero con la nación sumida en el caos de la guerra, Laura dudaba que Scotland Yard fuera a dedicar mucho tiempo y recursos a encontrarla. ¿Qué importaba una muchacha más o menos cuando la gente moría por miles a diario? Se imaginó que su padre movilizaría todas sus influencias en el gobierno, y que antes o después harían algo. Pero mientras tanto podía pudrirse en aquel sótano. Si es que no acababan antes con ella.

Laura floró igual que una niña pequeña, una niña perdida y asustada, aunque al mismo tiempo se mordía los puños para que aquellos canallas no oyeran sus sollozos. No quería darles esa satisfacción. Cuando le trajeron la siguiente comida ya se sentía más tranquila. Esta vez fue el hombre moreno, el más menudo, quien apareció. Él era sin duda quien mandaba en los otros dos, pero Laura ya había tenido ocasión de comprobar que se trataba de un sujeto sin escrúpulos y no pensaba darle la satisfacción de oírle suplicar. De modo que se giró y le dio la espalda.

—Vaya, princesa. Veo que le sobran redaños. No quiero preocuparla, pero muy pronto recibiremos órdenes sobre qué hacer con usted. Y mucho me temo que sus perspectivas no son muy buenas.

De modo que saboree la comida, porque podría ser una de sus últimas ocasiones de hacerlo.

Laura no se había equivocado al catalogar a aquel individuo como un desalmado. Habría querido golpearlo con cualquier objeto que tuviera a su alcance, pero comprendió que semejante proceder no aumentaría sus posibilidades de sobrevivir a aquella aventura, por lo que decidió

seguir mirando la pared hasta que lo oyó salir y cerrar la puerta. Entonces se acercó a la bandeja de comida que le habían traído. ¿Y si se negaba a comer? Tal vez de ese modo lograra forzar la situación. Pero enseguida se dijo que eso tampoco serviría de nada. A aquellos tipos les daba igual que comiera o que se muriera de hambre. Y le convenía conservar sus fuerzas por si en algún momento las necesitaba. En la bandeja había un plato con un trozo de carne de lata, una rebanada de pan oscuro y una manzana. Aquello distaba de ser el almuerzo más delicioso de su vida. Pero no creyó encontrarse en condiciones de protestar.

Casi había terminado de comer cuando empezó a oír ruidos extraños. Crujidos, golpecitos, el sonido de un objeto metálico golpeando suavemente la madera.

Y procedían indudablemente de la ventana.

* * *

Laura se quedó en suspenso mientras oía cómo el ventanuco cegado del sótano era manipulado desde el exterior. Fueron apenas un par de minutos, pero bastaron para que desfilaran por su mente todas las explicaciones imaginables. Lo que en modo alguno esperaba fue lo que vio cuando los batientes de la claraboya se abrieron por fin. Allí estaba David, su novio, equipado con una palanca y unas tenazas que había usado para sacar los clavos que sujetaban los tablones. Laura estaba paralizada. Pensó que se había quedado dormida y que estaba soñando con un imposible rescate. Mientras tanto, David le hacía gestos frenéticos para que se acercara. Solo cuando el muchacho le habló empezó a comprender que aquello estaba ocurriendo de verdad.

—¡Laura! ¡No te quedes ahí parada! Ya he hecho bastante ruido. Sal, por favor.

Al instante siguiente Laura estaba apretando la mano que David le ofrecía. Y acto seguido ambos corrían a través de un prado en busca de la protección del bosque cercano. Laura tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Pero comprendía que lo más importante ahora era poner toda la distancia posible entre ella y sus secuestradores. Además, estaba disfrutando demasiado del soplo del aire y de la caricia del sol como para empezar a interrogar a su novio. Había pasado menos de dos días encerrada, pero en su cómputo subjetivo del tiempo aquellas horas de incertidumbre y miedo le habían pesado como si fueran semanas.

Corrieron entre los árboles hasta que las fuerzas los abandonaron. Entonces se detuvieron a descansar. Estaban en un pequeño claro y los gruesos troncos de los robles formaban una suerte de barrera natural en torno a ellos. Parecía un lugar seguro, aunque Laura notaba que la amenaza seguía cerca, más cerca incluso de lo que pudiera parecer a simple vista. Aún disfrutaba del sol de aquella tarde de mayo, pero pensó que lo mejor sería expresar sus sospechas en voz alta y terminar cuanto antes con aquella incertidumbre.

—David... —dijo tan pronto como su ritmo respiratorio le permitió articular palabra.

—¿Sí, Laura?

El muchacho permanecía apoyado contra el tronco del árbol y evitaba su mirada.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Y cómo has logrado rescatarme con tanta facilidad?

David volvió la vista hacia ella lentamente. Entonces Laura se dio cuenta de que dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Conocías a esos hombres, ¿verdad?

El joven austríaco cerró los ojos y asintió. Sus hombros comenzaron a agitarse. Laura también tenía muchos deseos de llorar, pero antes necesitaba aclarar algunas cosas. Tal vez después tuviera tiempo, incluso mucho tiempo, para abandonarse al dolor.

—David —dijo Laura intentando por todos los medios controlarse—, ¿puedes explicarme qué tienes que ver con esos hombres?

El muchacho cayó de rodillas sobre la hierba del claro y se cubrió la cara con las manos. Sus palabras surgieron vacilantes, entre gemidos.

—Laura... perdóname... lo siento... yo... yo fui quien les dijo que te secuestraran.

A pesar de que el sol seguía brillando en el cielo, Laura tuvo la sensación de que la noche más oscura y fría había caído de repente sobre ellos.

Capítulo VI

El dios de los soldados

— **P**odría empezar diciéndote que no tuve elección, pero eso no lo hace menos horrible. Solo quiero que me des algo de tiempo para explicarme y que luego juzgues. Y si decides no perdonarme, lo entenderé. Incluso entendería que me denunciaras a las autoridades. Eso ya no importa. Pero antes concédeme unos minutos, ¿de acuerdo? Verás. Lo primero que he de decirte es que conozco desde hace tiempo la existencia de esa red de túneles. Di con una de sus entradas por casualidad, mientras realizaba un estudio en una iglesia del centro de Londres. Iba a incluirlo en mi informe, pero se me ocurrió que antes podría explorar un poco por mi cuenta. Enseguida comprendí la magnitud de aquel hallazgo. Se trataba de un complejo sistema de túneles excavado en el subsuelo de Londres en diferentes épocas. Los más antiguos, como tú misma adivinaste, son de época romana. Parece que aprovecharon las galerías naturales que fueron encontrando al construir una red de cloacas. Con la particularidad de que algunas de esas galerías se hundían a mucha profundidad. El propósito debió de ser militar. Garantizar una vía de escape en caso de que la ciudad fuera asediada. También un modo de rodear al enemigo por la retaguardia. Ese es el motivo por el que algunos tramos rebasaban de largo el perímetro de la ciudad romana. La obra debió de durar muchos años. Puede que siglos. Poco a poco se fueron excavando túneles que unían las galerías naturales. Los romanos eran excelentes mineros, sabían hacerlo. Por último las legiones abandonaron Gran Bretaña y Londres se convirtió en una ciudad fantasma durante varios siglos. Pero el secreto de la ciudad subterránea de los romanos debían de conocerlo algunas personas, tal vez sacerdotes, porque los túneles se siguieron usando, sobre todo como lugar de enterramiento. Diste completamente en el clavo, Laura. Tu talento para la arqueología es impresionante. Encontré pruebas de que los cuerpos de varios caudillos anglosajones habían sido depositados allí, donde se pensaba que el miedo a las impresionantes ruinas de la superficie los protegería. De ese modo la red de túneles se convirtió en una especie de necrópolis subterránea para los nuevos pobladores de Inglaterra. Sin embargo, parece que la codicia pudo más que el terror supersticioso, porque hay señales de que todas esas tumbas fueron saqueadas antes o después. Salvo una. Y aquí tengo que descubrirme de nuevo, porque volviste a acertar. Yo también encontré evidencias de que el legendario Beowulf era real y estaba enterrado bajo la ciudad de Londres, en algún lugar del antiguo laberinto. Pero el escondite de su tumba o cripta fue elegido

con mucha más astucia que el de los demás, porque no ha sido profanado todavía. O por lo menos eso creo. He encontrado amuletos e inscripciones parecidas a la que tú hallaste por casualidad. Pero nada que me ayude a dar con la tumba. Y te aseguro que la he buscado con más tesón del que te puedas imaginar. No, Laura, espera. Déjame explicarte. No era codicia. Era por mi familia. Mis padres... mi hermana... Cuando dejé de recibir noticias tuyas y comprendí que no podía hacer nada para ayudarlos, me desesperé. Y entonces encontré los túneles y la evidencia de que allí abajo, en algún sitio, estaba la tumba del héroe. Comprendí que aquello podía ser muy valioso, tanto que tal vez pudiera servirme para negociar la libertad de mi familia con las autoridades alemanas. Eso fue antes de la guerra. Establecí contacto a través de la embajada y les propuse un trato. Sabía de la obsesión de los nazis por encontrar pruebas del pasado glorioso de los pueblos germánicos. Y yo podía ofrecerles el tesoro del caudillo de un pueblo que se apoderó de las Islas Británicas. ¿No lo comprendes? Para cualquier nazi el paralelismo resulta evidente: hace quince siglos unos guerreros germánicos invadieron estas islas tras aniquilar los últimos bastiones de un imperio en decadencia, el de Roma. Ahora, los descendientes de aquellos guerreros —es decir, la nueva Alemania— se disponen a repetir la gesta, salvo que esta vez el imperio derrotado será el británico, junto con el resto de las decadentes potencias europeas. Así fue como lo expuse, Laura, para mi vergüenza. Y yo estaba en condiciones de ofrecerles nada menos que las reliquias de un héroe de leyenda. A cambio quería la libertad de mi familia, un salvoconducto y los medios que les permitieran hallar asilo en un país neutral, Suiza o Portugal, desde donde podrían alcanzar los Estados Unidos. Parece que el asunto interesó al mismo Hitler. Y más cuando estalló la guerra, pues les pareció que apoderarse de las reliquias en las narices de los ingleses podía ser un gran golpe propagandístico. De modo que aceptaron el trato. Me dijeron que los míos habían sido deportados e internados en un campo de concentración de Dachau, cerca de Munich, y me dieron pruebas de que seguían vivos. Su libertad dependía de que yo cumpliera mi parte. Entonces me enviaron como ayudantes a esos tipos que ya conoces y me dijeron que me pusiera manos a la obra. Si tenía éxito, mi familia se salvaría. Pero si no obtenía resultados, mis padres y mi hermana estarían en su poder como rehenes. Pronto me di cuenta de que había emprendido un camino sin retorno. Estaba traicionando al país que me había acogido. ¿Pero acaso tenía alguna otra esperanza de volver a ver a los míos?

Aunque ya ves. He pasado casi un año explorando ese condenado laberinto. No sé cuántas veces me he perdido allí abajo. Y me da la impresión de que cada vez estoy más lejos de encontrar esa tumba. Y ahora ha ocurrido esto, lo que jamás pude imaginar. Un derrumbamiento deja al descubierto uno de los túneles, una sección que yo ni siquiera conocía. Encuentras la placa con la inscripción y tu instinto de arqueóloga empieza a vibrar. Ya nada en el mundo puede apartarte de tu objetivo. Y para empeorarlo todo nos topamos con mis ayudantes, esos malditos matones. ¿Qué otra cosa podía hacer, Laura? Estuviste a punto de contarle toda la historia al capitán Cameron. Y tu intención era denunciarlos a la policía. Tan pronto como te marchaste a casa, corrí a buscarlos y les dije que habían surgido problemas y que era necesario interrumpir la búsqueda durante un tiempo. No puedes imaginar lo furiosos que se pusieron. Me acusaron de haberlos delatado. Me encañonaron con una pistola y aseguraron que iban a volarme los sesos. Pero lo peor fue la amenaza de comunicarlo todo a Berlín, con lo que la suerte de mi familia estaría echada. Entonces les conté la verdad, que los habíamos espiado en los túneles y que tú estabas conmigo. Quisieron eliminarte de inmediato, pero les dije que tendrían que matarme a mí

primero y que entonces toda la operación fracasaría. Y de repente se me ocurrió lo de tu secuestro. El plan era que te tuvieran retenida algunos días y que luego te soltaran con la amenaza de que, si abrías la boca, volverían por ti. Les hice jurar que no te harían daño. Pero ellos no reciben órdenes de mí. Me ayudan, pero están subordinados a otro individuo. Un pez gordo. Un espía, supongo. Yo no lo he visto nunca. Y tan pronto como te tuvieron en su poder comprendí lo estúpido que había sido al mezclarte en todo esto. No podrían arriesgarse a dejarte ir. Antes o después su jefe les ordenaría que te eliminaran. Perdóname, Laura. No puedes imaginarte cuánto siento todo esto. Haberte mentido. Haber provocado tu secuestro. Ya solo me quedaba una cosa por hacer: sacarte de allí. Aunque ahora mi familia está condenada. Los he perdido a ellos y supongo que también te he perdido a ti. He perdido todo lo que amaba. ¿Qué puede importarme ya?

La voz de David se quebró en este punto. Laura no había pronunciado ni una sola palabra durante su largo relato. Al principio la había enmudecido la sorpresa y más tarde la ira, pues ¿qué puede haber peor que saberse traicionada por la persona a la que más se ama? Pero ahora, cuando ya conocía toda la historia, Laura se sentía tan confundida que no sabía cómo reaccionar. No podía perdonar a David como si lo que había hecho fuese una simple travesura. Pero ¿acaso había tenido alternativa? En idénticas circunstancias, ¿no habría hecho ella lo mismo? «Perdón, Laura, perdóname», gemía el joven. Y al verlo sollozar la piedad se abrió camino entre aquella marea de sentimientos encontrados que inundaba su ánimo. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Laura empezó a susurrarle palabras de consuelo. Y al instante siguiente David la rodeaba con sus brazos y la estaba besando.

* * *

—Se hace tarde, Laura, es hora de regresar a Londres. Además, hay cosas que debo hacer sin más demora.

Laura comprobó que las sombras de los árboles cercanos comenzaban a alargarse hacia ellos y calculó que debían de ser al menos las seis de la tarde.

—¿Dónde estamos, exactamente?

—Al sur de la ciudad, a unas cinco millas. La carretera de Brighton pasa cerca de aquí. Podemos intentar tomar un autobús.

—¿Por qué tienes tanta prisa en regresar a Londres?

David bajó la mirada.

—He decidido que voy a entregarme. Hablaré con las autoridades y les contaré todo. Espero que detengan a esos tipos y que den también con su jefe.

—Pero ¿qué será de ti? ¿Y de tu familia?

—Mi familia está condenada haga lo que haga. Los alemanes adivinarán quién te ha ayudado a escapar y lo comunicarán de inmediato. En cuanto a mí... Bueno, eso ya no tiene importancia.

Laura acarició la mejilla de David.

—Por supuesto que tiene importancia. A mí me importa muchísimo. Y también me importa tu familia. Además, he tenido una idea.

David la miró con gesto inquisitivo, tal vez también esperanzado.

—¿Una idea?

—Buscaremos el tesoro de Beowulf. Tú y yo. Y cuando lo hayamos encontrado lo usaremos para negociar con ellos. Tu familia a cambio de las reliquias. ¿Qué te parece?

—Ni hablar —respondió David tajante—. Ya has corrido bastantes riesgos por mi culpa.

—¿Debo recordarte que soy tu jefa?

David resopló.

—Esos tipos deben ser detenidos, Laura. Son quintacolumnistas. Hoy me ayudaban a buscar un tesoro, mañana podrían estar preparando un sabotaje. Esto no es un juego. El peligro es muy real y tú no puedes imaginar el riesgo que has corrido. En estos momentos deben de estar buscándonos como perros rabiosos. Hemos de encontrar un escondite para ti, un sitio seguro donde ellos no te encuentren. De momento no puedes regresar a tu casa ni aparecer por Aldwych ni por el museo. No hasta que esos individuos estén a buen recaudo.

—La casa de mi padre —dijo Laura entornando los ojos.

—¿Cómo?

—Por las indicaciones que me has dado, la casa de mi padre no debe de estar lejos de aquí. Podemos ir allí. Mi padre se encuentra en alta mar. Pero Martha, nuestra vieja ama de llaves, estará encantada de vernos.

—Muy bien. Allí iremos y allí te quedarás. Luego volveré a Londres para entregarme.

—Ni lo sueñes, David.

—Pero...

—En marcha —lo interrumpió Laura incorporándose—. El sol está descendiendo y debemos darnos prisa. Además, necesitamos un plan.

* * *

Recorrieron varias millas campo a través, evitando las carreteras por miedo a un posible encuentro con los secuestradores. Cruzaron sembrados, atravesaron prados y saltaron muros de piedra. Ninguno de los dos conocía muy bien la zona, pero les bastó con orientarse por las columnas de humo que aún surgían de la ciudad al cabo de dos días del bombardeo. Pasaron cerca de una batería antiaérea y observaron las negras bocas de los cañones apuntando hacia el cielo vespertino, un cielo que en cualquier momento podía verse surcado por las escuadrillas de la Luftwaffe. Más allá, una barrera de globos cautivos se mecía perezosamente en la brisa de mayo, como si su función fuera entretener la vista en lugar de entorpecer los vuelos a baja altura de la aviación enemiga. Cuando faltaban apenas unos minutos para que el Sol tocara el horizonte, alcanzaron un barrio suburbano de grandes villas rodeadas de jardines. La casa en la que había transcurrido la infancia de Laura era una de las más hermosas, una mansión de estilo Tudor con ventanas de vidrio emplomado, buhardillas y entramado de vigas de madera en la fachada. David y Laura se acercaron con precaución, temiendo encontrarse con un Oldsmobile negro acechando en las inmediaciones, pero todo parecía tranquilo. De modo que abrieron la verja y cruzaron el cuidado jardín. La muchacha aspiró el aroma a rosas y jazmines, y su mente se llenó de recuerdos

dichosos de su infancia. Instantes después hacía sonar la campanilla de la puerta.

—¡Querida! ¡Válgame Dios, esto sí que es una sorpresa!

Laura besó en ambas mejillas a la anciana que acababa de abrirles.

—Eso es Martha. Una visita sorpresa. Me imagino que mi padre no está en casa.

—Pues no, Laura. El profesor sigue en alta mar. Y no lo esperamos de momento. Vaya, cuánto tiempo, señor Stein —añadió dirigiéndose al muchacho, no sin antes mirarlo de arriba abajo—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, Martha. Y usted, por lo que puedo ver, parece más joven cada día.

La anciana ama de llaves gruñó en respuesta al cumplido. David había estado infinidad de veces en casa del profesor Phillips. Incluso había pernoctado allí con cierta frecuencia. Pero Martha y él nunca congeniaron. Y ello a pesar de que el joven había hecho todo lo posible por complacerla.

Laura trataba de quitarle importancia a la animadversión de la mujer y la atribuía a la tradicional desconfianza de los ingleses hacia todo lo extranjero, un sentimiento que la guerra no había hecho sino exacerbar. Sin embargo, le dolía que a Martha no le gustara su novio. No en balde aquella mujer había estado en su casa hasta donde su memoria alcanzaba y ella la consideraba un miembro más de su familia.

—Venimos a quedarnos esta noche, Martha —dijo Laura algo nerviosa al observar que el ama de llaves parecía no tener intención de permitirles la entrada.

La mujer frunció el ceño.

—¿El señor Stein y tú? ¿Toda la noche?

—Pues sí, Martha. El señor Stein y yo —dijo Laura con voz firme, y añadió—: en habitaciones distintas, por supuesto.

A Laura le habría gustado no ponerse colorada, pero por el calor que notaba en las mejillas se dio cuenta de que ya era tarde. Martha los miró alternativamente a ella y a David, y una de sus cejas se alzó en un gesto de sospecha.

—Supongo que habrá una razón para esto, Laura. Y supongo que no es de mi incumbencia cuando no la conozco todavía. Tal vez esté anticuada, pero en mis tiempos las señoritas no llevaban a los jóvenes caballeros a pasar la noche en casa de sus padres. No es algo decoroso.

Laura suspiró.

—Por supuesto. ¿Podemos entrar ya?

El ama de llaves protestó con un nuevo gruñido, pero se hizo a un lado para franquearles la entrada. Laura se detuvo ante ella y la abrazó.

—Gracias, querida Martha. ¿Qué hay para cenar?

—Si la pobre señora Phillips levantara la cabeza...

* * *

Apenas una hora después, Laura y David se hallaban en la biblioteca del profesor Phillips, en medio de los miles de volúmenes que abarrotaban los monumentales anaqueles de nogal. Poco antes habían dado cuenta de la deliciosa cena preparada por Mariha, quien se las arreglaba para

paliar la escasez de alimentos cultivando un pequeño huerto en el jardín trasero. Después Laura se había dado un baño y había registrado el armario de su antigua habitación en busca de una muda limpia. Su ropa de jovencita estaba algo pasada de moda, pero en buenas condiciones de uso y, lo más importante, todavía le sentaba bien. A fin de cuentas, ¿a quién le importaba la moda en tiempos de guerra? Sintióse mucho mejor, Laura le había pedido a David que la acompañara a la biblioteca, donde esperaba encontrar información valiosa para la búsqueda que planeaba emprender al día siguiente. De modo que se habían encerrado allí ante la mirada suspicaz de Martha, quien con su actitud les había dejado muy claro que no pensaba irse a dormir hasta que ambos lo hubieran hecho, cada uno en un extremo de la casa.

—He explorado ese laberinto de túneles durante meses —dijo David con desaliento— y ni una sola vez he tenido la sensación de estar acercándome a la meta. Ni siquiera tengo una idea aproximada de cómo puede ser la tumba de ese guerrero, ni de lo que encontraré en ella. Solo indicios parecidos a los de esa placa que tú descifraste.

Laura asintió con los ojos entornados. Su pelo estaba todavía húmedo y olía a jabón. Se sentía agotada, pero no podían pensar en el descanso hasta que hubieran establecido un plan de acción. Y para eso necesitaba saber algunas cosas.

—Quizás una vez estemos allí abajo los dos juntos se nos ocurra algo. Pero lo que me preocupa es cómo podemos acceder a la red de túneles. De Aldwych mejor olvidarse. Tendrán la estación vigilada y nos interceptarían tan pronto como nos vieran aparecer por allí.

—En realidad, Laura, ese es el menor de nuestros problemas. He localizado al menos cinco entradas practicables a los túneles, y me imagino que debe de haber muchas más. La existencia de esa red de galerías es solo un secreto relativo. Quiero decir que se han usado con posterioridad a la época romana. He encontrado pruebas de que se siguieron empleando como vía de escape en caso de peligro. Me consta, por ejemplo, que muchos londinenses salvaron la vida gracias a esos túneles durante el gran incendio que devoró buena parte de la ciudad en el año 1666. También han sido refugio de malhechores y almacén de contrabandistas. Las entradas están repartidas por todo el centro de Londres, en la margen izquierda del Támesis. Se hallan en iglesias, en sótanos, en bodegas... Algunas han sido cegadas como consecuencia de la demolición de viejos edificios. En otros casos a propósito, como si tuvieran miedo de lo que pudiera surgir de allí abajo. Pero ya te digo que he encontrado al menos cinco que podemos emplear, además de la grieta en el túnel de Aldwych.

Laura asintió.

—Entonces, ¿no tienes ni idea de por dónde empezar a buscar?

—Lo cierto es que no —respondió David encogiéndose de hombros—. Calculo que habrá casi cien millas de túneles, y a estas alturas creo que he recorrido la mayor parte de ellos, bien a solas, bien con la ayuda de esos alemanes. Durante esta exploración he descubierto algunas cosas apasionantes. Pero absolutamente nada que nos acerque a ese guerrero muerto. Tal vez esa tumba ya no exista. Tal vez no haya existido nunca. Y de ese modo muere mi única esperanza de volver a ver a mi familia. ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

David ocultó la cara tras las manos, pero volvió a descubrirla sobresaltado al oír el estruendo de un objeto grande al golpear la mesa. Era un voluminoso libro encuadernado en cuero marrón. Sobre el lomo, con letras doradas, podía leerse su título: *Antigüedades romanas de Gran Bretaña*. Laura acababa de depositarlo ante él sin muchos miramientos.

—No vuelvas a hablar así, ¿me oyes? Aquí no se rinde nadie. Vamos a ver si en este libro encuentro lo que necesito.

Y comenzó a pasar las páginas a tal velocidad que David notó un soplo de aire fresco en la cara. Al cabo de unos segundos, Laura exclamó «¡Ajá!» y le dio la vuelta al libro para que David pudiera contemplar su hallazgo. Se trataba de una ilustración, un plano muy esquemático de la ciudad de Londres en época romana.

—La red de túneles constituye prácticamente una ciudad subterránea —explicó Laura—. Y es lógico suponer que esa ciudad de sombras sea un reflejo de la ciudad de la superficie. Debemos tratar de saber lo más posible sobre el Londinium romano. Estoy segura de que eso nos brindará pistas cruciales.

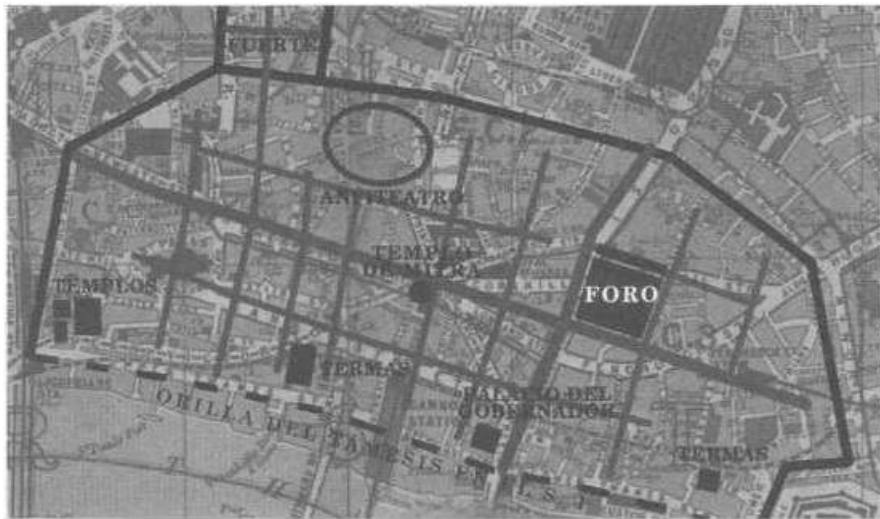
A renglón seguido, volvió a explorar las estanterías en busca de algo más. Cuando dio con el libro que necesitaba, lo hojeó hasta dar con una ilustración concreta. Luego, tras una breve vacilación, arrancó la página.

—Eres una bárbara. Tu padre te va a matar cuando descubra cómo maltratas su biblioteca —observó David.

Laura rio.

—No es más que una guía del Londres moderno. Necesitaba un mapa de los distritos del centro. Puedo comprar uno igual en cualquier quiosco por seis chelines. Ahora, manos a la obra.

Tras colocar el plano arrancado junto al de época romana, Laura comenzó a copiar cuidadosamente el contorno del viejo Londinium sobre la intrincada retícula de calles de la ciudad del presente.



—Muy bien —dijo al cabo de unos minutos—. He tratado de dibujarlo con la mayor exactitud posible. De todos modos, no es demasiado lo que se sabe. Poco más que el trazado de las calles principales y la situación de algunos de los edificios más importantes.

David contempló dubitativo el plano de Laura.

—Ya veo —dijo—. El perímetro de la muralla apenas contiene lo que hoy es el distrito financiero. Un pequeño trecho del río. Desde la Torre de Londres hasta el muelle de Blackfriars. Verdaderamente el Londres romano no era gran cosa. Dicen que, en la época de mayor auge del

imperio, la ciudad de Roma rondaba el millón de habitantes. En comparación con la capital, Londinium debió de ser un sitio bastante pequeño, provinciano y deprimente.

—Un mal destino para un legionario o un funcionario de la administración imperial —convino Laura—. Por fortuna, la ciudad ha mejorado un poco desde entonces. Si es que los alemanes no logran acabar con ella de una vez por todas.

Después la muchacha guardó silencio y se quedó ensimismada contemplando el plano. David tuvo que carraspear para llamar su atención.

—¿Y bien? ¿Alguna idea? La verdad, no sé qué esperas encontrar en ese plano que yo no haya encontrado tras meses de exploración.

Laura lo miró con los ojos entornados.

—Dime, David, ¿dónde situarías tú la tumba de un héroe de tu pueblo? Alguien tan célebre y carismático que, muy poco después de su muerte, se convierte en el protagonista de un poema épico. Una especie de Hércules que ha dedicado su vida a librar al mundo de monstruos y dragones.

—Sin duda buscaría un lugar secreto y escondido. Un sitio donde el cuerpo del difunto pudiera reposar sin ser perturbado, y donde su tesoro funerario estuviera fuera del alcance de los ladrones de tumbas. Por eso precisamente eligieron los túneles bajo la vieja ciudad romana, por el temor que inspiraban aquellas ruinas en la población. El miedo es una salvaguarda mejor que cualquier muralla, por alta y espesa que sea. Pero todo eso ya lo sabemos. Necesitamos alguna idea nueva. ¿La tienes?

—Tal vez. Todo lo que has dicho sobre el miedo como protección es cierto. Pero tiene que haber algo más. El laberinto subterráneo es muy grande. Rebasa de largo los límites de la ciudad antigua. Quiero decir que, hasta dentro de un laberinto, un lugar no es igual a otro.

—¿Piensas que deberíamos buscar en el centro de la red?

—En cierto modo, David. Pero no en el centro geográfico, sino en el espiritual.

—No te sigo.

—Sí. Partimos de la idea de que la ciudad subir nanea es un reflejo de la ciudad de la superficie. En cada ciudad hay lugares que se convierten en centros espirituales. Para un londinense de hoy en día serían la Abadía de Westminster o la Catedral de St Paul. ¿Dónde situarías tú el corazón de la vieja ciudad romana?

David se rascó la barbilla y reflexionó durante unos segundos.

—Bueno. Las capitales de las provincias aspiraban a convertirse en pequeñas Romas, copias a escala de la gran urbe del Tíber. Podemos situar el corazón de la Roma antigua en el monte capitolino, donde se erguía el templo de Júpiter Óptimo Máximo, padre de los dioses y protector de la ciudad. El problema es que no se conoce el emplazamiento del templo de Júpiter en Londinium. Tal vez estuviera en las inmediaciones del foro. Tal vez en este complejo de templos que había en Ludgate. —David señaló ambos lugares en el mapa con su dedo índice—. Pero no son más que conjeturas. Además, he explorado a conciencia esas dos secciones del laberinto y no he encontrado ni rastro de lo que buscamos. ¿Tienes alguna teoría mejor, Laura?

La muchacha sonrió con gesto travieso.

—No, cariño. Lo que tengo no es una teoría, sino la certeza casi absoluta de dónde debemos buscar la tumba del escurridizo Beowulf. Y en breves momentos me dispongo a revelártelo todo. Pero antes vamos a tomar una taza de té. —Entonces, mirando hacia la puerta cerrada, gritó—:

Martha, ¿te importa preparar un poco de té? Y no hace falta que disimules, sé que nos estás vigilando desde detrás de la puerta.

* * *

Laura depositó su taza sobre la bandeja y le preguntó a David si quería un poco más. El muchacho agitó la cabeza y le dirigió una mirada de súplica.

—No te impacientes. Ya sabes que para un británico una taza de té es el prelude de cualquier cuestión importante. Creo que este es un momento crucial en la vida de ambos. De modo que respetemos las ceremonias.

David resopló.

—Tengo la sensación de que me estás tomando el pelo en castigo por todas las mentiras que te he contado en los últimos meses.

—Sin olvidar el pequeño detalle de mi secuestro —añadió Laura frunciendo el ceño.

David respondió con expresión afligida:

—Sí... también por eso... claro. Pero sería espantoso que hicieras renacer mis esperanzas para nada. Aunque supongo que lo tendría merecido.

Laura le acarició el pelo de la nuca.

—Nadie merece eso, David. Sé que actúaste a la desesperada y con el único objetivo de rescatar a tu familia. Y eso es lo que tú y yo juntos vamos a lograr. Encontraremos el tesoro de Beowulf y se lo ofreceremos al loco de Hitler a cambio de tus padres y de tu hermana. Un precio muy barato, cariño.

—Laura... yo...

El muchacho no pudo seguir hablando. Tenía los ojos húmedos. Laura le sonrió y se llevó el dedo índice a los labios.

—No digas nada. Ahora me toca hablar a mí. De modo que allá vamos. —Laura retiró la bandeja de té y las tazas y volvió a poner entre ambos el plano del Londinium romano trazado sobre el intrincado laberinto de calles del Londres moderno—. Si esto fuera una película, ahora estaría sonando la música de suspense, ¿verdad? Como en las emocionantes películas de ese amigo de mi padre, el señor Hitchcock. Tachaaán.

—Laura, por favor...

—De acuerdo, de acuerdo. No te haré sufrir más. Mira ahora el mapa.

—Me sé ese mapa de memoria —protestó David.

—La idea de buscar el centro espiritual de la ciudad antigua sigue siendo válida. El error ha sido el modo de localizarlo. Hemos dado por sentado que Londinium fue una especie de copia en miniatura de Roma.

—Bueno, parece una idea lógica.

—Y, sin embargo, basta con mirar el plano para darse cuenta de que no era así. Si te fijas, las calles se cruzaban en ángulo recto, formando una especie de cuadrícula. ¿Qué te sugiere eso?

—Mmm. ¿Un eficiente trazado urbano?

—Un campamento militar, David. Como tantas otras ciudades fronterizas del imperio, el

origen de Londinium fue un campamento militar. Los romanos levantaban sus campamentos conforme a un patrón geométrico. Dos calles principales que se cortan en ángulo recto y otras vías secundarias que forman una red. Con el tiempo, las tiendas de los soldados se convierten en casas de piedra o ladrillo. Se establecen comerciantes y otros civiles, y donde ambas vías principales convergen, en el emplazamiento original de la plaza de armas y el puesto de mando, se construye el foro. ¿Todo esto no te dice nada?

David se rascó la cabeza.

—Suenas muy lógico, pero sigo sin ver en qué puede ayudarnos todo eso. Aún no conocemos la ubicación del templo de Júpiter y por lo tanto no hay forma de que podamos buscar la tumba en sus inmediaciones.

Laura respiró hondo.

—Una ciudad fundada por soldados y para soldados, David. En su origen, un campamento militar. Fíjate en el plano y verás que, incluso cuando Britania estaba relativamente pacificada y Londinium ya no corría riesgo de ser atacada por las tribus autóctonas, siguió habiendo un gran fuerte militar adosado a la muralla, al norte de la ciudad, por la zona de St Martin's le Grand. ¿Ya vas atando cabos?

El muchacho pareció algo irritado.

—No fui el más zoquete de mi promoción, como sabes muy bien.

Laura soltó un bufido de impaciencia.

—Lo sé. Únicamente te ruego que uses tu imaginación.

—De acuerdo. Me rindo. No tengo ganas de seguir jugando. ¿Qué es lo que se me escapa?

La chica lo miró fijamente, con expresión seria. Se hizo el silencio en la vieja biblioteca del profesor Phillips. Un silencio largo y solemne, como el que precede a un acontecimiento capital.

—Un dios de soldados, David —dijo Laura lentamente—. Júpiter era la divinidad máxima, una especie de símbolo del Estado. No era un dios con el que un legionario pudiera sentirse identificado.

—Entonces, ¿Marte? ¿El dios de la guerra? Eso nos lleva también a un callejón sin salida. Tampoco sabemos dónde estaba el templo de Marte.

—No, David. Marte también era una deidad oficial, y su culto un frío sistema de ritos públicos. No era tampoco el dios que un soldado necesitaba para encontrar consuelo durante las interminables campañas. Los legionarios de Roma pasaban años alejados de sus hogares. La muerte era para ellos una amenaza constante. Necesitaban algo cercano, algo que les ofreciera la esperanza de una vida futura, de un renacimiento. Querían que su dios les infundiera coraje en la batalla y les hiciera sentirse hermanados con sus camaradas. —Laura tomó aliento y continuó con la mirada extraviada en el aire, como si se encontrara en trance—. Las legiones recorrieron todo el mundo conocido. También el Oriente. Y allí se dejaron seducir por el misticismo de las religiones asiáticas. De modo que adoptaron como propio un dios que había sido adorado por los persas desde hacía siglos. Un dios solar al que se suele representar como un muchacho que sacrifica a un toro. Una divinidad exclusivamente masculina cuyo culto se organizaba en sociedades secretas. A sus ritos únicamente tenían acceso los iniciados. Con frecuencia, se realizaban en lugares escondidos, como por ejemplo una cripta subterránea. Un dios de guerreros al que se le rendía un culto secreto, David.

—¿Mitra? —jadeó el joven con los ojos abiertos como platos.

—Por supuesto, Mitra. El dios de los soldados de Roma. Y, casualmente, sabemos dónde se encontraba su templo en el antiguo Londinium. Una bomba alemana lo sacó a la superficie hace poco. Justo aquí. —El dedo índice de Laura se posó sobre un punto concreto del plano que había entre ambos—. El centro espiritual del viejo Londinium. El sitio donde debemos buscar la tumba del héroe Beowulf. Este tiene que ser el lugar, David.

Capítulo VII

Reino de sombras

Er an las siete de la mañana del miércoles y Laura y David desayunaban en la gran cocina de la mansión Phillips. La luz de aquel día de mayo penetraba con fuerza por la gran ventana arrancando reflejos dorados de los recipientes y utensilios que colgaban de las paredes. El aparato de radio estaba encendido y sintonizado con la BBC. Un locutor leía el último parte de guerra y alertaba a la población de la presencia de espías enemigos (una advertencia de lo más oportuna, como Laura sabía muy bien). Luego sonó el «Dios salve al Rey». De no ser por la cháchara bélica que brotaba del aparato de radio, a Laura le habría resultado fácil imaginar que aquella era una escena recuperada de su infancia. Los deliciosos olores, las vajillas de porcelana de su madre reluciendo en los aparadores, la primavera inglesa restallando en el jardín, justo al otro lado de la ventana, la familiar imagen de Martha (algo más canosa, algo más encorvada) atareada en los fogones... todas eran imágenes tan familiares que, si entornaba los ojos y dejaba vagar su imaginación, la muchacha podía llegar a creer que volvía a tener diez años. Pero la ilusión era únicamente momentánea. La infancia había quedado muy atrás y era necesario tomar decisiones de adulto si es que querían tener alguna posibilidad de librar a la familia de David de las garras de los nazis. Y a ese propósito, a tomar decisiones y trazar planes, habían dedicado buena parte de la noche. Entre ambos apenas sumaban cinco horas de sueño, pero ninguno de los dos se sentía fatigado. La madrugada los había sorprendido discutiendo el plan de acción para el día siguiente, ahora que estaban seguros de dónde debían buscar la tumba. O por lo menos Laura lo estaba, aunque David no podía evitar mostrarse escéptico.

—No sé qué decirte, Laura. Te repito que he explorado esa zona de los túneles. Walbrook, está *en* el corazón de la City, a dos pasos del Banco de Inglaterra. Lo cierto es que no se me ocurrió que las ruinas del templo de Mitra pudieran tener relación con la tumba de nuestro guerrero. Pero no hallé nada significativo en ese sector del laberinto. Y tus conclusiones me siguen pareciendo un tanto forzadas. Aunque reconozco que es lo único que tenemos.

Laura lo miró desde detrás de un suculento plato de huevos con beicon que Martha acababa de servirle. Después de tantos meses de guerra y racionamiento, la muchacha había llegado a pensar que los huevos con beicon habían desaparecido de la faz de la tierra. Sin embargo, allí estaban, junto a una cesta repleta de rebanadas de pan blanco y fragante, mantequilla fresca y una gran taza

de café. Laura no comprendía cómo se las había arreglado para vivir lejos de Martha durante estos últimos años. La gruñona y adorable Martha.

—Tal vez no buscaste con suficiente detenimiento, David. Al fin y al cabo no sabías que ese era el sitio exacto.

—Bueno, tampoco tú lo sabes, solo lo supones.

—No lo supongo. Estoy segura —dijo Laura con cierta dificultad mientras masticaba un trozo de pan que previamente había hundido en la dorada yema de uno de los huevos.

Martha le dirigió una mirada de censura por comer y hablar a la vez, igual que habría hecho quince años atrás en circunstancias similares.

—¿Cómo puedes estarlo? Son solo conjeturas.

Laura sonrió y se llevó el dedo índice a la nariz.

—Olfato de arqueóloga, tú mismo lo dijiste. Ahora termina tu desayuno. Se hace tarde y tenemos que recoger varias cosas que nos harán falta.

* * *

Encontraron todo lo necesario en el cobertizo donde su padre guardaba el equipo: lámparas de queroseno del tipo que usan los mineros, cuerdas, piquetas, palancas, brújulas y un par de mochilas para transportarlo todo.

—A papá no le importará —anunció Laura alegremente—. Estoy segura de que le encantaría unirse a nosotros en esta aventura si se encontrase aquí.

—Lo dudo mucho —respondió David con tono lúgubre—. Lo más seguro es que nos llamara a ambos locos y luego lo pusiera todo en conocimiento de las autoridades. El profesor Phillips es un brillante arqueólogo, pero sobre Lodo un hombre con sentido común. Y ahora discúlpame un momento. He de volver a la casa y hacer una llamada.

—¿Una llamada? —preguntó Laura extrañada.

—Por supuesto. Es miércoles, ¿recuerdas? Y se supone que tú y yo tenemos un empleo. El lunes no fuiste a trabajar y pretexté que estabas enferma. Pero ayer yo tampoco aparecí y no sé si la excusa de un contagio resultará convincente. Será mejor que llame y les dé alguna explicación plausible, si es que queremos conservar nuestros puestos en el Museo Británico. ¿No te parece?

—Claro, cariño —respondió Laura risueña—. Aunque tengo que confesar que me siento ya bastante restablecida. Pero ve y haz esa llamada. Me alegro de que al menos uno de nosotros sea una persona razonable. Yo estaré aquí terminando de preparar el equipo.

* * *

A eso de las nueve ambos descendían del autobús en la parada de Fleet Street. Frente a ellos, al otro lado de la concurrida calle, estaba la Iglesia del Temple. Mejor dicho, lo poco que quedaba de ella en pie.

—¡Dios mío! —dijo Laura—. Está destrozada. Debe de haber recibido un impacto de bomba incendiaria.

Efectivamente, la vieja iglesia de los templarios en Londres se había transformado en un montón de escombros humeantes. Precisamente el sitio donde David había encontrado el primero de los accesos a la red de túneles. Eso ocurrió poco antes del comienzo de la guerra. Según le había revelado a Laura la noche anterior, el joven austríaco cumplía por entonces un encargo del Museo Británico. Su cometido consistía en realizar un estudio de la restauración de la iglesia acometida por *Sir* Christopher Wren después del Gran Incendio de Londres. Por lo que podían ver desde la parada del autobús, ahora iba a ser necesaria una reconstrucción mucho más drástica. El fuego había devorado el tejado del templo y provocado el colapso de la nave central y de la capilla, donde las famosas efigies de los caballeros templarios habían dormido su sueño de piedra durante cerca de ocho siglos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Laura sintiendo que, con la iglesia, acababan de derrumbarse sus últimas esperanzas.

—Hay otros accesos —dijo David—. Aunque es cierto que este es el más cercano al complejo de túneles que hay bajo el templo de Mitra, en Walbrook. Menos de una milla en línea recta. Por desgracia, es también la única entrada cuya existencia no conocen esos matones. La mantuve en secreto a modo de as en la manga. Pensé que tal vez un día podría serme útil. Es muy posible que las otras entradas estén vigiladas.

—¿Entonces? —preguntó Laura sintiéndose como si un gran agujero acabara de abrirse bajo sus pies.

David se volvió hacia ella con una sonrisa que a la muchacha le pareció poco oportuna.

—Creo que vamos a tener suerte, por una vez.

—No te entiendo —replicó ella de mal talante.

—Otro as escondido en mi manga, cariño. La entrada a los túneles no se halla en la iglesia en sí, sino en la cripta de una pequeña capilla que, de hecho, es la parte más antigua de todo el complejo. Esa capilla está separada del edificio central por un patio, por lo que dudo que el fuego se haya extendido hasta allí. Es más, estoy en condiciones de afirmar que tal cosa no ha ocurrido, porque la capilla es visible desde donde nos encontramos, en pie e intacta. ¿La ves?

Laura miró en la dirección que David le indicaba y vio, en efecto, una pequeña edificación de piedra oscurecida por la intemperie y los siglos. Tras ella, la iglesia en ruinas aparecía coronada por un gran penacho de humo. Pero, como si de un milagro se tratase, la diminuta capilla se había salvado de la furia de la aviación alemana.

Laura dejó escapar un largo suspiro de alivio.

David tenía razón: esta vez habían tenido suerte.

* * *

Los trabajos de desescombros de la Iglesia del Temple habían comenzado. Entre la actividad de los hombres que retiraban vigas quemadas y cascotes, fue fácil pasar desapercibidos. Y comprobaron que su buena racha continuaba al encontrar abierta la pesada puerta de madera de la

capilla, lo que les evitó tener que usar las palancas. Laura deseó fervientemente que con aquel último golpe afortunado no se les hubiera agotado toda su ración de suerte para aquel día. Presentía que la iban a necesitar.

El interior estaba en penumbra, sin más iluminación que un delgado rayo de sol que penetraba a través de una diminuta ventana, casi una rendija. Había un altar de piedra y una sencilla cruz de madera que pendía del punto donde se cruzaban los nervios de la pequeña bóveda. Cubriendo casi totalmente uno de los muros, colgaba un viejo tapiz que parecía representar episodios de la historia sagrada. Pero los motivos estaban borrosos y pálidos, y el tejido tan raído como si fuera a desintegrarse por efecto del primer soplo de aire.

—Sígueme —dijo David.

Y retiró el tapiz tomándolo por uno de sus extremos. La pieza aguantó milagrosamente, y tras ella apareció un escueto arco de piedra. Al asomarse, Laura vio que era la entrada a una escalera que se hundía en la oscuridad. «Es por aquí», dijo el muchacho. Laura asintió y se dispuso a seguirlo, aunque antes, por indicación de David, sacó su linterna de la mochila y la encendió con una cerilla.

Descendieron por un tramo de escalera, tan estrecha que apenas les consentía el descenso a no ser que se desplazaran de costado, como si hubiera sido construida para personas de mucha menos talla y envergadura que ellos. Y a Laura le pareció que a partir de cierto punto la abertura parecía estrecharse más y más, aunque tal vez fuera solamente una ilusión provocada por la claustrofobia que sentía dentro de aquel agujero. Trató de tranquilizarse concentrándose en mirar la espalda de David, pero aquella sensación de estar sepultada en vida era demasiado aterradora y de pronto comenzó a sentir un deseo irrefrenable de gritar. Por fortuna, en ese momento concluyó el descenso y ambos se encontraron en un recinto algo más amplio. Laura respiró hondo tratando de acompañar su ritmo cardíaco, que empezaba a parecerse al redoble de un tambor. El aire le pareció viciado y pestilente. La muchacha comenzó a toser.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres que abandonemos y regresemos a la superficie?

Laura sacudió la cabeza y le indicó a David por gestos que le concediera unos segundos para reponerse.

—¿Dónde estamos? —pudo preguntar por fin.

Y conforme hacía la pregunta, alzó la linterna y miró a su alrededor.

¡Cráneos y huesos!

Cientos de ellos, cubriéndolo todo. Cráneos antiguos, cerúleos, amarillentos, algunos de un color arcilloso. Cráneos desdentados que la miraban airados desde las cuencas negras de sus ojos. Y en cada pequeño intersticio, sin dejar el menor hueco o espacio vacío, tibias, fémures, húmeros, costillas... Miles y miles de huesos humanos apilados unos sobre otros. Un ejército de muertos la contemplaba desde cada rincón de aquel recinto. El espectáculo era tan pavoroso que Laura apenas pudo ahogar un alarido.

—Lo siento —dijo David—. Debería habértelo dicho. Nos encontramos en un osario. Un lugar donde se depositaban los restos exhumados de viejos cementerios. A veces los huesos se trasladaban a otros camposantos. Otras se almacenaban en lugares como este. Desde estos muros te contemplan muchas generaciones de londinenses. No hay nada aquí de lo que asustarse, pero tendría que haberte advertido.

A Laura no acabó de gustarle la condescendencia de David. Pero tenía razón en algo. Tal y

como estaban las cosas, aquel lugar lleno de muertos era hoy por hoy más seguro que cualquier punto de la superficie de la ciudad, donde una bomba alemana podía aniquilarte sin que ni siquiera la vieras llegar. Laura pensó que, como arqueóloga con cierta experiencia que era, no debería haberse dejado asustar de un modo tan infantil. Pero a veces no resulta tan sencillo racionalizar las cosas, y el recinto donde se hallaban era tan impresionante que podía dejar paralizado de terror al más templado.

—¿Por dónde se accede a los túneles? —preguntó Laura tras aclararse la garganta, aunque sin lograr contener cierto temblor en la voz.

—Ven —dijo David alzando su linterna.

La cámara subterránea que albergaba el osario era estrecha, apenas unos ocho pies. Quizás en su origen el recinto hubiera tenido más amplitud, pero las sucesivas capas de huesos amontonados le habían restado espacio hasta convertirlo en una especie de corredor. Conforme avanzaban, Laura comenzó a vislumbrar una especie de puerta en el extremo.

—Es por aquí —anunció David—. Hemos de descender al menos otros cincuenta pies. Y por lo que recuerdo la abertura es todavía más estrecha que la que acabamos de usar. ¿Estás segura de que quieres seguir?

No, Laura no lo estaba. Pero aún estaba menos dispuesta a mostrar debilidad de nuevo.

—Por supuesto —dijo—. Adelante.

* * *

Al cabo de una media hora, Laura y David avanzaban por un sinuoso conducto que a veces parecía un túnel y otras poco más que una madriguera de conejo. El corredor subía y bajaba, trazaba caprichosas revueltas en cualquier dirección, se estrechaba hasta obligarlos a caminar agachados o de costado, luego recuperaba la anchura y altura de un pasillo de hotel, o se bifurcaba en nuevos corredores. Muy pronto Laura empezó a sentirse desorientada, aunque un par de vistazos a la brújula le permitieron comprobar que seguían la dirección correcta, es decir, hacia el este. David, en cambio, parecía avanzar con seguridad, eligiendo siempre el túnel adecuado en cada intersección sin vacilar apenas. Laura comprendió que sin su guía se encontraría irremediabilmente perdida, pues el sistema de túneles se le antojaba tan complejo, arbitrario y ramificado como un esquema del torrente circulatorio en una lámina de anatomía. De hecho, en cierto momento, mientras avanzaba detrás de David a través de aquella sofocante oscuridad, Laura empezó a tener la sensación de que estaba recorriendo el interior de un gigantesco ser vivo a través de sus conductos orgánicos, sus venas, su sistema linfático, sus intestinos. Un ser vivo del que Laura solo conocía la superficie, como un insecto que ha vivido toda su vida sobre la piel de un león, y al que un día se le diera la oportunidad de recorrer el interior del majestuoso animal. De modo que allí estaba ella, notando sobre su cabeza (de un modo casi físico) todo el peso de aquellos cientos de miles de toneladas de tierra y roca que sostenían la gran ciudad de la superficie. Y también el peso de todos aquellos siglos de historia cuyos vestigios se habían acumulado en capas superpuestas, como estratos sedimentarios. Y a modo de confirmación, en cierto momento David llamó su atención sobre algo.

—Tengo una sorpresa para ti, Laura. Un hallazgo que hice en una de mis primeras expediciones.

El tramo de corredor que transitaban era ancho y recto, y se hallaba flanqueado por arcos de medio punto muy parecidos al que Laura había encontrado tras el derrumbamiento en el túnel de metro, tal vez algo toscos en su factura, pero tan sólidos que habían aguantado a la perfección el paso de los siglos. La regularidad de los muros y las marcas de cincel proclamaban que había sido excavado por la mano del hombre, aunque tal vez aprovechando un conducto natural creado por las corrientes de agua o por algún movimiento tectónico. Había, además, unas aberturas a ambos lados, a modo de nichos.

—Observa esto —dijo David iluminando con su linterna el interior de una de las oquedades.

Y lo que Laura vio allí fue una serie de objetos indudablemente metálicos, aunque recubiertos por una pátina verdosa fruto del paso de los siglos. Con sorpresa rayana en la incredulidad, la muchacha se dio cuenta de que se trataba de las armas reglamentarias de un legionario romano de época imperial: casco con guardas para las mejillas, coraza de planchas metálicas, la punta de una lanza o *pilum*, la espada corta denominada *gladius* y unos remaches de hierro que bien podrían haber pertenecido a un escudo. Naturalmente, todas las partes de cuero o madera habían desaparecido sin apenas dejar rastro, pero el hallazgo era tan increíble que a Laura se le cortó la respiración. Supuso que cada uno de los nichos contenía un equipo parecido, de modo que aquello solo podía tratarse de un arsenal militar del siglo II o III. Y estaba totalmente intacto, como si los legionarios que habían dejado allí sus armas casi dos milenios antes fuesen a presentarse en cualquier momento para blandirías de nuevo y acudir a la batalla.

—He encontrado también habitáculos que muy bien podrían haber servido como dormitorios de los soldados. Creo que se trata de una especie de cuartel subterráneo donde probablemente se mantenía un retén de guardia de forma constante. Estos túneles eran un recurso militar demasiado valioso para tenerlos sin vigilancia.

—Fascinante —dijo Laura sinceramente admirada—. Es como esos descubrimientos que se han hecho en Pompeya, pero bajo nuestro viejo Londres. Este hallazgo por sí solo podría hacerte famoso, David.

El joven austríaco asintió.

—Pero tuve que mantenerlo en secreto por razones que conoces muy bien. Fue un descubrimiento al azar mientras buscaba esa tumba que tú y yo sabemos. Por desgracia, estas viejas armas romanas no valen las vidas de mis padres y mi hermana.

Laura se disponía a pronunciar unas palabras de ánimo cuando, de repente, oyeron un clic metálico que les hizo girarse a ambos.

Vieron tres sombras. Dos muy grandes y una más pequeña. Y también el brillo de una pistola cuyo cañón apuntaba hacia ellos.

* * *

—Vaya, vaya. Nada menos que la señorita Phillips y el señor Stein, que finalmente ha decidido no honrar su compromiso con el Tercer Reich. Este es sin duda un encuentro afortunado.

El jefe estará encantado, *Kameraden*. Laura se quedó congelada mientras miraba al alemán más pequeño, el que había llevado la voz cantante durante el episodio de su secuestro. Aquel tipo les mostraba los dientes en una sonrisa que no tenía nada de jovial, al tiempo que los encañonaba con una Luger semiautomática de nueve disparos. De repente David dio un paso adelante, lo que provocó que el alemán elevara el arma y apuntara directamente a su cabeza.

—Ella no es un peligro —dijo el muchacho con la respiración entrecortada—. Dejad que se vaya. Os daré lo que queréis. Ahora sé dónde encontrarlo. Pero no le hagáis daño a Laura, por favor.

La carcajada del alemán resonó siniestramente por los túneles. Sus dos ayudantes lo secundaron, y sus risas, multiplicadas en un millar de ecos, parecían brotar de una manada de hienas.

—*Kommt nicht in Frage!* —ladró el alemán—. ¡Ni hablar! Ya hemos confiado en ti. Y una vez más queda demostrado lo poco que vale la palabra de un judío. El jefe nos ha dado instrucciones claras. Nos dijo que os encontraríamos rondando por aquí abajo, y así ha sido. Con tu ayuda o sin ella, daremos con esa tumba. Si es que existe. Y hablando de tumbas, echad un vistazo alrededor si queréis ver la vuestra.

Y alzó de nuevo la pistola.

«Esto es el fin», pensó Laura. Y se sorprendió al darse cuenta de que apenas sentía miedo, tan solo el deseo de que todo terminara lo antes posible. También experimentó un cálido arrebato de afecto hacia David. Qué pena que una relación tan hermosa tuviera que concluir de aquel modo absurdo y repentino.

Y entonces sucedió. Vio a David alzar su linterna de queroseno por encima de la cabeza. Y después, como en una filmación a cámara lenta, vio cómo la arrojaba contra el suelo, justo delante de donde se encontraban los tres tipos. La lámpara se rompió derramando todo el combustible que contenía. Y en ese mismo instante una pared de llamas surgió entre ellos y sus enemigos. Los alemanes se apartaron del fuego precipitadamente, pero la sorpresa solo les daría unos instantes de ventaja. «¡Corre!», aulló David. Y acto seguido, como subrayando su grito, sonó un disparo que hizo sallar esquirlas de roca de la pared que había detrás de ellos. El siguiente recuerdo de Laura sería una huida a vida o muerte por los corredores, mientras su linterna proyectaba un frenético baile de sombras ante ellos. Oyeron a los alemanes gritando a su espalda. También oyeron sus pasos resonando en los túneles mientras los perseguían. Y en un par de ocasiones tronaron disparos, aunque ninguno de ellos los alcanzó.

Corrieron durante lo que les pareció una eternidad, eligiendo túneles al azar con la intención de despistar a sus perseguidores. Corrieron tanto que llegó un momento en que Laura pensó que no podría dar un paso más sin caer fulminada. Pero encontró fuerzas en la idea de que todavía estaban vivos, y también en las palabras de ánimo que David le dirigía con voz sofocada. Corrió y corrió hasta que los pasillos empezaron a mezclarse unos con otros en un único e infinito túnel que parecía conducir al mismísimo infierno. Y por fin, cuando la muchacha pensaba que estaba a punto de morir de agotamiento, vio como David se detenía unos pasos por delante y le hacía señales para que ella también parara.

—¿Oyes algo? —preguntó el muchacho.

Lo único que Laura oía eran los latidos de su corazón y su respiración jadeante. Le habría gustado derrumbarse allí mismo, pero sabía que no podía permitirse semejante lujo. Trató de

respirar más despacio y prestó atención. Nada. Ni voces ni pasos. Tampoco disparos. Al parecer habían logrado despistar a los alemanes. El alivio le aflojó las piernas. De repente, todo se desdibujó y pensó que iba a desmayarse. Pero al instante siguiente se encontró entre los brazos de David.

—Ya está, cariño. Los hemos despistado. Ha pasado el peligro.

Y tomó la linterna de Laura, que pendía de un gancho de su mochila. Entonces la alzó y miró alrededor.

—Aunque ahora tenemos otro problema.

—¿A qué te refieres? —preguntó la muchacha.

David la miró con expresión abatida.

—Si te soy sincero, no tengo ni idea de dónde estamos.

Lo terrible de su situación golpeó a Laura como un puñetazo. Se hallaban a apenas ochenta pies de distancia de las calles de Londres, esas calles que la muchacha conocía como las líneas sobre la palma de su mano. Y al mismo tiempo se encontraban muy lejos, perdidos en un territorio desconocido y hostil. En un reino de sombras donde nadie podría ayudarles.

Capítulo VIII

«Enigma»

A las 11:05 de la mañana, exactamente al mismo tiempo que David y Laura sufrían su inesperado encuentro en la red de túneles, un *jeep* del ejército se detenía ante una verja custodiada por policías militares. El conductor y único ocupante era un joven oficial de pelo y bigote llamativamente rojos.

—Lo siento. El acceso a estas instalaciones está restringido —dijo uno de los guardias quien, al igual que sus dos compañeros, iba equipado con un moderno subfusil automático.

—Dispongo de una autorización de rango uno —respondió el militar entregando al guardia una hoja de papel doblada.

Poco después el *jeep* recorría una avenida de grava que atravesaba un pequeño parque. A la derecha un grupo de árboles había sido arrancado de cuajo por el impacto de una bomba. La explosión había dejado una gran cicatriz en la tierra, en medio de los troncos carbonizados. Por fortuna la hermosa mansión georgiana cuya fachada se divisaba al final de la avenida parecía intacta. Tras rodear una gran fuente, el coche se detuvo ante la escalinata principal, y el militar pelirrojo descendió del vehículo y miró a su alrededor. Un simple vistazo le bastó para comprobar las estrictas medidas de seguridad que protegían la mansión, y que no se limitaban ni mucho menos a los hombres que vigilaban la verja. Al menos dos pelotones de infantería montaban guardia con armas ligeras. Su ojo adiestrado le reveló también la posición de varios nidos de ametralladoras y de una batería antiaérea. Ni siquiera el Palacio de Buckingham, con el rey y toda la familia real en su interior, se hallaba mejor custodiado que aquella mansión. Y sin embargo se estaba efectuando un traslado, o al menos eso parecían indicar el convoy de camiones aparcados en el patio central y el trasiego de soldados que los estaban cargando con montañas de cajas, archivadores y lo que parecía material electrónico.

—¿El capitán Cameron? Soy el comodoro White, el oficial al mando. Esto sí que es una sorpresa.

El militar pelirrojo se volvió para saludar al oficial naval que había salido a su encuentro.

—A sus órdenes. Lamento no haber podido avisarles de mi visita, pero me trae aquí un asunto de la máxima urgencia.

Cameron se expresaba de un modo resuelto, sin asomo de la timidez que a veces mostraba con

Laura. Casi parecía un hombre distinto. Con gesto enérgico le entregó al comodoro sus credenciales y esperó hasta que este las hubo comprobado.

—Debe de ser importante, en efecto, cuando es usted quien se encarga en persona —dijo el marino devolviéndole el documento—. Permítame decirle que su fama le precede, capitán. Nada menos que el joven prodigio del contraespionaje militar. Todo un honor. Siento mucho que nos haya sorprendido en plena mudanza.

—De camino he visto un cráter de bomba. Supongo que están trasladando esta base a un lugar más seguro. ¿Me equivoco?

El comodoro carraspeó incómodo.

—Es cierto que nos mudamos, pero no piense que huimos de Londres con el rabo entre las piernas. El trabajo que se realiza aquí es demasiado vital para correr riesgos. Aunque por su rango de seguridad lo supongo al corriente. De otro modo no habría podido ni tan siquiera rebasar la verja de entrada.

—Por supuesto —respondió Cameron—. Esta mansión alberga el servicio militar de criptoanálisis, designado con el nombre en clave de «Ultra». Un equipo formado por algunas de las mentes más brillantes de la nación: matemáticos, lingüistas, criptógrafos... con la misión de descifrar los códigos secretos enemigos. ¿Es muy aventurado suponer que es a Buckinghamshire adónde se trasladan?

El comandante White dejó escapar una risita. Luego extrajo del bolsillo de su guerrera una pitillera de plata y le ofreció un cigarrillo a Cameron, que lo rechazó con un murmullo de agradecimiento.

—Parece que en el Servicio Secreto resulta imposible guardar el menor secreto. En efecto, capitán. Nuestro destino es Bletchley Park, en Buckinghamshire, a sesenta millas de Londres.

Cameron asintió.

—Me imagino que se refiere a las instalaciones conocidas como «la Estación X». He oído hablar de ellas.

El comodoro rio de nuevo.

—Está visto que no hay modo de ocultarle información a un espía profesional.

Y ahora fue Cameron quien pareció incómodo.

—Le ruego que me disculpe, señor. Pero como le dije el asunto que me trae no admite demora. He de entrevistarme de forma urgente con el profesor Charles Phillips. Y si mi información es correcta es aquí donde debo buscarlo.

—En efecto, capitán. El profesor Phillips es uno de los miembros más valiosos de nuestro equipo. Y sospecho que sería usted perfectamente capaz de dar con él sin mi ayuda. Pero permítame que sea un buen anfitrión y le muestre el camino.

* * *

Por lo que Cameron pudo ver, el interior de la mansión no se diferenciaba gran cosa de las innumerables dependencias militares que él había conocido, aunque el revuelo reinante no habría sido normal en una oficina convencional del ejército, y su causa no era solamente el traslado que

se estaba efectuando. Gran parte del mobiliario había sido ya retirado, pero aún quedaban una veintena de escritorios tras los que trabajaban otras tantas mecanógrafas de uniforme. El ruido de sus máquinas de escribir le recordó a Cameron el ensordecedor tableteo de la ametralladora Browning con la que había hecho sus prácticas en la escuela de oficiales. Vio mapas colgados de las paredes, montañas de libros y archivadores, y piezas de equipo electrónico conectadas por una maraña de cables. Pero lo más llamativo era la gran abundancia de civiles: hombres de diversas edades con aspecto de profesores o sabios distraídos. Todos hablaban a la vez y fumaban sin parar mientras llenaban sus pizarras de símbolos cuyo significado Cameron ni siquiera alcanzaba a imaginar. La neblina de tabaco en el interior de la mansión era tan espesa que el capitán notó que empezaban a llorarle los ojos. ¿Cómo podían trabajar en medio de semejante desorden? Lo cierto es que al capitán no le terminaban de agrandar los civiles. Su vida había transcurrido en el ejército, donde todo era diáfano y ordenado, donde cada cual conocía su función y su lugar. Aquellos civiles que gritaban y gesticulaban sin descanso eran tan ajenos a su mentalidad como seres extraterrestres. Pero como agente de inteligencia sabía que aquellos hombres, a pesar de su falta de disciplina y su aspecto descuidado, eran una parte esencial del esfuerzo bélico, y que sus éxitos en descifrar los endiablados códigos secretos de los alemanes podían acortar la guerra de forma considerable. Sin embargo, no era la guerra lo que había traído aquí al capitán Cameron esta mañana. Aunque en los últimos tiempos vivía por y para ella, hoy su preocupación era distinta.

—Es aquí, capitán —anunció el comodoro White deteniéndose ante una puerta con un rótulo en el que se leía el nombre de Charles William Phillips—. ¿Desea que haga las presentaciones?

—No, comodoro, muchas gracias —respondió Cameron—. El profesor y yo ya nos conocemos.

* * *

Nadie respondió a la discreta llamada de Cameron, quien, tras una breve vacilación, giró el pomo y entró en el despacho. Le sorprendió gratamente el orden y la claridad que allí encontró. La pieza era de reducidas dimensiones, pero la ventana estaba abierta para permitir la entrada de la luz y del aire fragante de mayo. Varias fotografías enmarcadas colgaban de las paredes, que estaban forradas con oscuros paneles de roble. Una de las imágenes correspondía a lo que parecía una excavación arqueológica. Como si de un gigantesco fósil se tratara, las elegantes formas de un barco de guerra habían quedado impresas en los estratos de tierra, bajo la hierba de un prado. A un lado de la zanja, un hombre delgado de mediana edad sonreía con los brazos en jarras. En otra imagen, un grupo de al menos treinta personas posaba en medio de lo que parecía la calle principal de un pueblecito. La fotografía estaba datada en julio del año 39. Cameron reconoció a Laura y a su padre en primer término. Y también a David Stein, cuyo brazo descansaba en torno a los hombros de la muchacha. Una nube cruzó el rostro del capitán. En el despacho había también una pizarra, por supuesto cubierta de la misma confusión de símbolos que Cameron había visto fuera. Y un pequeño escritorio tras el que estaba sentado el hombre que había venido a ver.

Cameron avanzó hasta situarse ante el escritorio, pero el padre de Laura estaba tan concentrado en su trabajo que ni siquiera levantó la vista. En su capacidad para abstraerse se

parecía al resto de los sabios chiflados que formaban el equipo de «Ultra». Pero ahí acababa la semejanza. El profesor Phillips era un hombre delgado de aspecto aristocrático, y vestía un traje oscuro de corte impecable. Cameron lo había visto en varias ocasiones, en la estación de Aldwych, supervisando el traslado y almacenamiento de las obras de arte. Luego supo que había sido requerido para integrarse en aquel equipo exclusivo de descifradores de códigos, una labor en la que ya llevaba años colaborando con el ejército. No en vano, además de reputado arqueólogo, Phillips era un experto en lenguas muertas. Su habilidad para descifrar antiguos sistemas de escritura le había granjeado una merecida fama en el mundo académico, pero también había llamado la atención del gobierno. Nadie que estuviera vinculado al servicio de inteligencia era ajeno al talento de Phillips como criptoanalista, aunque este permaneciera en secreto dada la naturaleza confidencial de su trabajo. Oficialmente, el profesor estaba en alta mar y formaba parte de la tripulación de un acorazado. La realidad era que el gobierno de Su Majestad precisaba de sus servicios para una labor mucho más importante, una labor cuyo éxito podía abreviar la guerra en meses o años, con el consiguiente ahorro de vidas.

A Cameron le gustaba el profesor Phillips. El entusiasmo y la meticulosidad con que abordaba cualquier tarea le recordaban mucho la forma de ser de Laura. También los rasgos del hombre le hacían pensar en el rostro de su hija. Incluso en su modo de hablar y en sus gestos la muchacha era un calco de su padre, y por todo ello Cameron no tenía más remedio que simpatizar con él. Y al pensar en Laura cayó en la cuenta de que el tiempo apremiaba, pero antes de llamar la atención del profesor se sintió impulsado a observarlo durante unos segundos mientras trabajaba. Después de todo, el comodoro White tenía razón. Su afán por espiarlo todo solo podía explicarse como una deformación profesional.

Lo que acaparaba la atención de Phillips era un extraño aparato que tenía sobre la mesa. En apariencia se trataba de una máquina de escribir, aunque un examen más detallado ponía de manifiesto las diferencias entre una máquina ordinaria y el artificio en cuestión. Sobre el teclado convencional había unas letras que se iluminaban cada vez que el profesor pulsaba una tecla. Phillips tomaba nota del resultado, a menudo con una pequeña exclamación de descontento, y a continuación modificaba la configuración de tres rotores situados en la parte superior del aparato. Y así una y otra vez. Por lo que Cameron podía ver, el profesor había llenado varias hojas de papel con las combinaciones que obtenía. Su gesto contrariado parecía indicar que no estaba haciendo grandes progresos en su trabajo. De pronto, el capitán comprendió cuál era la auténtica naturaleza del extraño objeto que el profesor estaba manipulando.

—¡Vaya! —exclamó Cameron sin poder contenerse—. Pero si es una máquina de cifrado «Enigma». Oí que habíamos logrado capturar una de ellas intacta en un submarino alemán, pero es la primera vez que la veo con mis propios ojos.

El profesor Phillips alzó la vista y parpadeó.

—Muchos hombres han tenido que sacrificar sus vidas para que este chisme pudiera acabar sobre mi escritorio. —En ese punto entornó los ojos y reparó en Cameron—. ¡Capitán! ¿Pero qué hace usted aquí? ¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? ¿Y cómo es que le han permitido entrar en este lugar?

El capitán Cameron suspiró, consciente de que las explicaciones eran demasiadas y el tiempo escaso.

—Es una larga historia, señor. Y no estoy autorizado a revelarles los detalles. Solo puedo

decirle que mi trabajo, al igual que el suyo, está relacionado con la inteligencia. Para ser más precisos, con el contraespionaje.

El profesor Phillips arrugó el ceño.

—No comprendo nada. ¿Qué hace un cazador de espías destinado en el depósito de Aldwych? ¿Acaso sospecha el servicio secreto que los alemanes quieran robar o destruir las esculturas?

—Las esculturas están a salvo. Verá... señor... —Cameron pareció titubear—. A pesar de su inmenso valor, esos mármoles no son una cuestión prioritaria de seguridad nacional. Usted, en cambio...

El profesor dio señas de estar irritándose por momentos.

—¡Ahora lo comprendo menos! ¿Qué riesgo puedo estar corriendo yo? Me encuentro en uno de los lugares mejor custodiados del país. Ni siquiera me permiten salir de aquí para ver a mi hija, que piensa que estoy en alta mar dando caza a submarinos nazis. Y por si fuera poco ahora nos trasladan a Buckinghamshire, en mitad de ninguna parte, por miedo a que nos caiga encima una bomba alemana. Nos evacúan como a niños en lugar de permitirnos luchar como hombres. Yo estoy aquí, a buen recaudo. Usted, en Aldwych. La pregunta es ¿qué hace en Aldwych un agente de contraespionaje al que las esculturas probablemente le importan un bledo?

Cameron frunció ligeramente el ceño.

—Señor, le aseguro que intento cumplir mi misión lo mejor que sé, aunque es cierto que la protección del patrimonio del museo es solo un aspecto secundario, una cobertura, por usar un término habitual en mi actividad. La cuestión es que en el depósito de Aldwych trabaja una persona muy vinculada a usted. Y que esa persona podría constituir un riesgo para la seguridad nacional.

El profesor se puso en pie.

—¿No se estará refiriendo a mi hija?

—¡En modo alguno! Por favor, señor, siéntese y permítame explicarle. Por supuesto que no me refiero a la señorita Phillips, sino al señor Stein, su antiguo ayudante.

* * *

El profesor Phillips llevaba varios minutos escuchando al capitán en silencio, y durante ese tiempo en su semblante se habían alternado el asombro y la indignación. Cuando comprendió que Cameron había terminado, se recostó sobre su butaca y dejó escapar un suspiro que sonó como el aire al abandonar un balón pinchado.

—De modo que la inteligencia militar lleva más de dos años espionando a David Stein, el muchacho más capaz y honrado que jamás haya conocido, por miedo a que pueda tratarse de un agente a sueldo de los alemanes con la misión de sonsacarme información secreta. ¿Lo he entendido bien, capitán?

Cameron se aclaró la garganta.

—Sí, es un resumen bastante aproximado. En vista de su situación y de la naturaleza de su trabajo, no podemos correr riesgos. Él acudió a usted nada más poner los pies en Inglaterra. Y por entonces usted ya colaboraba con el servicio de inteligencia en calidad de criptoanalista.

Comprenderá que no es raro que sonaran algunas alarmas.

—Lo comprendo. Claro que lo comprendo —dijo el profesor deslizando la mano por su cabello gris acero—. Comprendo perfectamente que esta maldita guerra ha hecho que proliferen la estupidez y la locura en una nación donde antes reinaba el sentido común. Sepa usted que el señor Stein venía recomendado por algunos colegas austríacos de máxima confianza.

—Recomendado por ciudadanos de un país que votó de forma masiva su anexión a la Alemania nazi.

—¡Pero si David es judío! Él tiene más motivos para ser enemigo de los alemanes que cualquiera de nosotros. ¡Ustedes ven nazis por todas partes, maldita sea!

El profesor descargó un repentino manotazo sobre la mesa, pero Cameron no se inmutó.

—En eso consiste mi trabajo, señor. Con todo, he de reconocer que no hemos sido capaces de encontrar nada concluyente contra el señor Stein.

Solamente indicios circunstanciales. Por eso seguimos vigilándolo.

—¿Me está diciendo que existen indicios de que el novio de mi hija sea un agente enemigo? ¿Han permitido que ella corra semejante riesgo? Capitán Cameron, he de decir que hasta hoy yo tenía un concepto inmejorable de usted. Sin embargo, después de esta conversación...

—Profesor, no tiene objeto que se lo siga ocultando. Desde el pasado sábado están ocurriendo unos extraños acontecimientos que implican al señor Stein... y también a su hija Laura. Y ese es el motivo por el que estoy aquí.

Acto seguido, Phillips le relató al profesor los sucesos de los últimos días, o al menos la parte de la historia que conocía. Le habló del colapso de la pared en el túnel de metro y de la abertura que había provocado, y relató el momento en que Laura había estado muy cerca de quedar sepultada bajo los escombros (en ese punto el profesor ahogó una exclamación, aunque recuperó la tranquilidad al oír de labios del capitán cómo David había evitado el desastre en el último instante). Acto seguido el profesor supo del extraño hallazgo de la placa y de cómo este había disparado la curiosidad de Laura, quien parecía haberse embarcado en algún tipo de investigación.

—Su hija y el señor Stein penetraron en los túneles contraviniendo mis órdenes. Eso ocurrió en la tarde del domingo. Y encontraron algo, desde luego. La señorita Phillips estuvo a punto de revelármelo, pero su prometido se lo impidió. Y a la mañana siguiente...

El profesor respiró hondo tratando de infundirse calma, quizás sospechando que aún le quedaba por escuchar la peor parte.

—¿Sí, capitán?

—A la mañana siguiente la señorita Phillips no hizo acto de presencia en Aldwych. Pensé que podrían haberla requerido en el museo, pero cuando telefoneé tampoco estaba allí. *Sir John* me dijo que el señor Stein había excusado la ausencia de su hija. Según él, los acontecimientos del fin de semana habían sido demasiado para ella. Pretextó que se encontraba agotada y que había preferido quedarse en casa para reponerse.

—Eso no sería muy propio de Laura —replicó Phillips con gesto sombrío.

—Lo sé. Por eso hice algunas averiguaciones por mi cuenta. La telefoneé a su domicilio en Islington, pero puesto que nadie respondía a mis llamadas, decidí entrar en el apartamento... Y lo encontré vacío. La cama estaba deshecha, el armario abierto y con señales de que alguien había sacado ropa de él de forma precipitada.

—¿Y qué motivos piensa que podría tener mi hija para marcharse de un modo tan repentino?
El capitán se revolvió incómodo en su asiento.

—Señor... había trazas de la presencia de al menos otra persona. Una colilla aplastada en el suelo del dormitorio. Su hija no fuma. En circunstancias normales, un visitante no arrojaría una colilla al suelo en casa de su anfitrión. Creo que la señorita Phillips no abandonó su domicilio por su voluntad, sino que se la llevaron a la fuerza. Esto debió de ocurrir en algún momento de la madrugada del domingo al lunes. Por desgracia, ninguno de los vecinos vio ni oyó nada.

En este momento el profesor ahogó una exclamación.

—¿Me está diciendo que mi hija ha sido secuestrada? —preguntó aferrándose con ambas manos al borde de su escritorio.

Cameron tosió y bajó la vista.

—Eso parece. No dejo de culparme por no haberle puesto vigilancia tras el incidente de los túneles. Pero tranquilícese. Ignoro dónde ha estado retenida la señorita Phillips. Sin embargo, puedo confirmarle que la he localizado y que parece encontrarse bien. O al menos lo estaba hasta esta mañana. Porque hemos vuelto a perderla.

El profesor volvió a recostarse en su butaca y comenzó a frotarse la barbilla. Cameron fue consciente de los enormes esfuerzos que estaba haciendo por dominarse.

—Todo esto es lo más rocambolesco que oído en mi vida. Primero mi hija está a punto de morir aplastada. Luego se pierde en un túnel. A continuación sufre un secuestro. Por fin, aparece. Y ahora usted afirma ignorar su paradero. ¿Pero qué clase de agente de inteligencia es usted, capitán?

Phillips enrojeció de tal manera que las pecas comenzaron a difuminarse en su cara. Pero su voz sonó firme cuando respondió:

—Mi primera medida al conocer la desaparición de la señorita Phillips fue poner a su prometido bajo vigilancia. Pero de algún modo logró burlar a mis hombres. Ayer lo perdimos. Tampoco él se presentó a trabajar. En el museo no saben nada de ninguno de los dos. Le confieso que me sentí desesperado, señor. A falta de una idea mejor, esta mañana decidí ir a su casa y preguntarle a su ama de llaves.

—¿A Martha?

—Sí, señor, a la señora Stewart. Y aquí vienen las buenas noticias. La señorita Phillips y el señor Stein han pasado la noche en su casa. Su ama de llaves confirma que se presentaron ayer al anochecer. Su hija iba despeinada y vestida con ropa de trabajo, y ambos tenían aspecto de haber recorrido una larga distancia a pie. Parece que pasaron buena parte de la noche en su biblioteca. Y esta mañana...

—¿Sí?

—Esta mañana han vuelto a esfumarse. Se levantaron muy temprano. Luego la señora Stewart los vio tomar algún material de su cobertizo, como si se dispusieran a emprender algún tipo de expedición. Me dijo que la señorita Phillips parecía muy excitada y que a su prometido, en cambio, se le veía preocupado. También me reveló que no confía en David Stein, que tiene la impresión de que el novio de su hija oculta algo.

—A Martha nunca le ha gustado David por el sencillo hecho de ser extranjero. Una actitud típicamente británica, según veo.

—La cuestión es que luego ambos se marcharon. Eso fue en torno a las ocho de la mañana. Y

aquí perdemos la pista.

—¿Y no le parece lógico que hayan regresado a la estación de Aldwych para seguir explorando ese túnel del que me ha hablado?

—Fue lo primero que comprobé. Allí no están. Los hemos perdido por completo. Temo que el tiempo sea vital en este asunto. Y ese es el motivo de mi visita. —El capitán se inclinó hacia el profesor y lo miró fijamente—. Profesor Phillips, debe ser usted consciente de la enorme importancia de todo esto y del peligro que su hija podría estar corriendo. Dígame, ¿ha tenido usted algún tipo de contacto con Laura durante los últimos días, cualquier cosa que pudiera proporcionarnos un indicio de su paradero?

—Lo sabe usted perfectamente, capitán —dijo Phillips pronunciando con lentitud—. Estamos confinados aquí y no se nos permite ningún contacto con el mundo exterior. Además, hemos jurado mantener el secreto de nuestra actividad. De no hacerlo afrontaríamos un juicio por traición. La última vez que vi a Laura fue en Navidad, durante tan solo un par de días. Desde entonces ella me supone en alta mar. ¿Cómo cree que podría haberse comunicado conmigo?

Cameron pareció abatido.

—Entonces estamos en un callejón sin salida.

Durante unos segundos ambos hombres guardaron silencio. Phillips desvió la vista hacia una foto enmarcada que descansaba sobre su escritorio. El capitán la miró también y comprobó que era un retrato de Laura de algunos años atrás. Estaba tomado en el jardín de la mansión Phillips, y junto a ella posaba una mujer alta de pelo rubio. Cameron supuso que se trataba de Julia Phillips, la difunta esposa del profesor. Tal vez Laura no fuera tan hermosa como su madre, pero ambas parecían compartir la misma sonrisa e idéntica pasión por la vida. El militar sintió el peso abrumador del desaliento sobre sus hombros.

—Hábleme de esos túneles y de esa placa que hallaron —dijo Phillips de pronto—. Cualquier detalle podría ser importante.

—Apenas sé nada de los túneles. No juzgué prudente explorarlos sin contar con el asesoramiento de un experto. Lo poco que vi me pareció el resultado de una antigua y ambiciosa obra de ingeniería, en absoluto un simple túnel auxiliar, como el señor Stein se empeñó en hacernos creer. Y su hija lo confirmó la última vez que la vi. Dijo que se trataba de una red enorme. Sin embargo, no puedo darle más información sobre su naturaleza o sus dimensiones exactas. La placa está aún en mi oficina, en la estación de Aldwych. Pero se me ocurrió que podría ser importante y he traído esto.

Phillips rebuscó en el bolsillo interior de su guerrera y extrajo un pliego de papel doblado que extendió ante la mesa del profesor. Y allí estaban las inscripciones rúnicas, así como la batalla entre el lobo y el dragón. El capitán había imitado a Laura haciendo un calco de la placa sobre papel.

—¡Cielo santo! —exclamó Phillips. Y acto seguido procedió a descifrar lentamente los caracteres—: De... ath... bith... se... lla... eor... la... gehwyl...

Al cabo de unos minutos que a Cameron le parecieron eternos, el profesor alzó por fin la vista de la placa. Su gesto era de absoluta fascinación, como si la mente de Phillips no continuara en aquel despacho, sino en un tiempo y un lugar muy remotos.

—¿Le dice algo?

—¡Beowulf! —exclamó el profesor. Y después sacudió la cabeza como si despertara de un

sueño—. ¿Comprende usted la importancia de este hallazgo?

—No, señor. Pero confiaba en que pudiera darnos alguna pista que nos permitiera localizar a su hija. ¿Es así?

—Si no me equivoco, ahora mismo Laura está embarcada en una búsqueda.

—Pero ya le dije que ni ella ni el señor Stein han aparecido hoy en la estación de Aldwych.

—Eso no significa nada. Cualquier red de túneles, cloaca o catacumba dispondría de más de una entrada. Mi hija es una arqueóloga de pies a cabeza y la considero perfectamente capaz de hallar otros accesos. Lo que ella y David se traen entre manos constituye un sueño para cualquier arqueólogo o historiador. Sin embargo...

—¿Sí, señor?

La voz de Phillips se convirtió en un susurro.

—Dada su condición de oficial de inteligencia, no tiene sentido andarse con tapujos. Nuestro conocimiento de los códigos alemanes es todavía muy rudimentario, pero ya nos es posible identificar algunos patrones. En los últimos tiempos hay un nombre en clave que se repite de forma obsesiva en las transmisiones del enemigo: «Operación Beowulf, operación Beowulf». Una y otra vez. Pero no hemos podido ir mucho más allá. Se ha sugerido que podría tratarse de alguna operación secreta en el Báltico. Pero esta placa... Es demasiada casualidad. Creo que, se trate de lo que se trate, esa operación «Beowulf» va a tener lugar en el mismo Londres. Y concretamente en el subsuelo de nuestra ciudad, dentro de esa red de túneles que mi hija encontró por azar.

—Y al hacerlo se convirtió en un obstáculo para los agentes alemanes —concluyó Cameron.

El profesor asintió con gesto grave.

—Parece encajar. Ahora bien, ¿cuál es el papel de David Stein en todo esto?

—Lo ignoro. Tal vez ninguno. Tal vez solo esté tratando de ayudar a su hija. Pero carecemos de tiempo para más conjeturas. Llevo conmigo una autorización especial que le permite abandonar este recinto en mi compañía. Laura está en peligro. No podemos perder un segundo más.

—¡Pobre hija mía! —murmuró el profesor poniéndose en pie y tomando su sombrero de una percha—. Por lo que me cuenta de las dimensiones de ese laberinto, podrían estar en cualquier sitio bajo las calles de Londres. Va a ser una búsqueda a ciegas.

—No del todo —dijo Cameron, quien ya se dirigía hacia la puerta dando enérgicas zancadas—. Por fortuna tengo algo más. Pero se lo contaré en el coche.

Ambos hombres abandonaron el despacho como una exhalación. Atrás quedó la máquina «Enigma», ahora silenciosa, tal vez sumida en sus indescifrables sueños.

Capítulo IX

La escritura de fuego

Cuando era una adolescente Laura leyó *Viaje al centro de la Tierra*, la novela de Jules Verne en la que un geólogo alemán y su sobrino encuentran una vía para descender hasta las entrañas del planeta desde el cráter de un volcán. Recordaba muy bien la fascinación que le produjeron las vicisitudes de aquellos exploradores y los fabulosos hallazgos que realizaban en el transcurso de su odisea subterránea, y con qué vehemencia había deseado poder vivir ella misma una aventura parecida. Ahora, sin embargo, comprendía lo equivocada que había estado al anhelar semejante monstruosidad, pues no podía denominarse de otro modo aquella sensación de aturdimiento, de asfixia, de estar enterrada en vida. También comprendió hasta qué punto el ser humano es una criatura del aire libre y de la luz, y qué cruel tortura puede suponer, el estar atrapado, igual que un topo o una lombriz, bajo la superficie del mundo.

Laura y David llevaban horas deambulando por aquella maraña de túneles que horadaban el subsuelo de Londres como agujeros de gusano en una manzana. El cómputo de tiempo objetivo que les facilitaba el reloj les decía que apenas habían pasado un par de horas desde el mediodía, pero sus relojes internos, que son los que regulan las sensaciones físicas y las emociones asociadas a ellas, se hallaban completamente trastocados por la falta de luz y de estímulos sensoriales, lo que los mantenía en un estado de aturdimiento y confusión. Tras permanecer apenas unas horas bajo tierra, a Laura le resultaba casi imposible concebir que allá arriba, a apenas la altura de una casa de cuatro plantas, hubiera edificios y coches y mido, que infinidad de seres humanos se afanaran en sus actividades cotidianas, trabajando, comiendo, leyendo la prensa, escuchando en la radio los partes de guerra y las canciones de moda, viviendo sus vidas sin sospechar que bajo sus pies existía este reverso tenebroso de su mundo, poblado únicamente por fantasmas del pasado, y también por dos seres humanos que, de no encontrar pronto una salida, corrían el riesgo de incorporarse a la legión de espectros.

Apenas hablaron. Cuando la anchura del túnel lo permitía, procuraban caminar uno al lado del otro, pues de ese modo experimentaban el consuelo de su mutua compañía. Pero en la mayoría de los tramos Laura se veía obligada a seguir a David, que era quien llevaba la linterna. Todo cuanto la muchacha veía era la silueta de la espalda de su novio y, en torno a ella, una mortecina fantasmagoría de luces y sombras que le hacían sentir una confusión terrible. En algunos

momentos, su desorientación era tan grande que Laura perdía las referencias y no podía estar segura de si estaba avanzando por un túnel o asomándose a las fauces de un tenebroso pozo que iba a engullirla en cualquier momento. Alicia cayendo por la madriguera del conejo blanco. Orfeo descendiendo a los infiernos.

La única linterna que les quedaba apenas bastaba para ver dónde ponían los pies. En dos ocasiones Laura tropezó y cayó a tierra. La segunda vez se lastimó un tobillo, y a partir de entonces cada paso le arrancaba un gemido de dolor. Llegó un momento en que pensó que no podía dar un paso más, pero se obligó a continuar con la esperanza de que, antes o después, David encontrara alguna referencia o pista que le ayudara a orientarse de nuevo. Por desgracia, eso no ocurrió, aunque al menos tuvieron la suerte de no volver a toparse con los alemanes. Ni siquiera los oyeron en la distancia.

—Vamos a detenernos a descansar —dijo David en cierto momento, unas palabras que sonaron como música celestial a los oídos de la muchacha.

Habían alcanzado una pequeña cámara de forma vagamente circular. Desde allí arrancaban tres túneles, y parecía evidente que David no tenía la menor idea de dónde se encontraban ni de qué dirección debían seguir. El muchacho se dejó caer pesadamente y colocó la linterna sobre el suelo.

Laura se derrumbó a su lado, sintiéndose muy debilitada y con un dolor pulsante en el tobillo, que notó rígido e inflamado bajo el cuero de la bota.

—Déjame echarle un vistazo —dijo David.

Y le ayudó a quitarse la bota derecha, operación que le arrancó lágrimas de dolor a la muchacha. Él la examinó con delicadeza, probando el juego de la articulación. Laura gimió de nuevo.

—No parece serio —dictaminó el joven—. Una simple torcedura. Trataré de vendarlo. Pero no podrás seguir así mucho tiempo.

David sacó de la mochila el botiquín de primeros auxilios y envolvió el tobillo de Laura en un apretado vendaje. Tomaron un sándwich y bebieron té de un termo. Conforme el alimento entraba en su cuerpo, Laura notó que sus fuerzas renacían y con ellas, algo parecido al optimismo.

—Lo siento —dijo David cuando concluyeron la comida—. Tengo que reconocer que llevo horas caminando al azar. Nos hemos desplazado hacia el este durante todo el tiempo, pero no he sido capaz de identificar ni uno solo de los túneles o intersecciones.

—Pensaba que habías explorado prácticamente toda la red —dijo Laura notando que sus precarias esperanzas se desmoronaban como un castillo de naipes.

—Yo también lo pensaba. Pero ahora comprendo que no era así... demasiado tarde.

—¿No te parece lógico que antes o después lleguemos a algún lugar que te resulte familiar y que desde ahí puedas encontrar el camino?

David suspiró.

—Nos hallamos en un laberinto, Laura. Desde luego, existía una red natural de túneles que se aprovechó en su construcción, pero en gran medida se trata de una obra humana. Creo que este diseño intrincado y en apariencia absurdo se trazó de forma deliberada, como un modo de confundir al enemigo en caso de que este encontrara un acceso a la red y pudiera usarla para acceder al recinto amurallado. Los ingenieros militares que idearon este complejo no deseaban que su arma secreta pudiera convertirse en su caballo de Troya.

—Con todo, debe haber algún modo. Siempre hay un modo.

A la luz mortecina de la linterna, Laura vio que David sonreía. Pero la suya era una sonrisa cansada y teñida de amargura.

—Mi querida Laura. Los británicos poseéis una tendencia innata al optimismo. Sois un pueblo afortunado. Habéis tenido vuestro imperio, vuestra reina Victoria, vuestras minas y fábricas. Habéis sido durante siglos la primera nación del mundo. Por eso os educan para pensar que todo irá bien, que todo acaba por solucionarse. Ahora os halláis en guerra con una potencia poderosa. Londres está siendo destruido por las bombas enemigas. Y sin embargo seguís convencidos de que todo se va a solucionar. De que al final todo saldrá bien.

—Pero David... —protestó Laura dolida por aquellas palabras que no comprendía. Sin embargo, él no había terminado:

—Si fueras judía, como yo, sabrías muy bien que algunas cosas no mejoran; que hay situaciones sin salida; problemas sin solución; que existen el desastre y la tragedia. —Entonces David comprobó que dos gruesas lágrimas brotaban de los ojos de la muchacha—. *Gott!*, perdóname, Laura. Soy un bruto. Ha sido la desesperación. Lo único que quería era hacerte ver la magnitud de nuestro problema. Estamos en una zona del laberinto que no conozco, y quien ideó estos túneles no lo hizo con la idea de que fuera fácil orientarse por ellos, sino todo lo contrario. Este laberinto no se parece al que hay en los jardines de Hampton Court. Es enorme, tan grande como buena parte del centro de la ciudad moderna. El hecho de que esté bajo tierra dificulta todavía más la tarea de orientarse dentro de él. Pero es que además se trata de un laberinto tridimensional. Tú misma lo has comprobado. Los túneles suben y descienden. Se entrecruzan a muchos niveles distintos. Tal vez en este mismo punto, pero arriba o debajo de donde nos encontramos, haya un sector del laberinto que ya he explorado y conozco a la perfección. Pero no tengo forma de saberlo. Desde luego, el laberinto era un sistema de escape. Pero también una trampa. Ahora lo veo claro.

Laura se esforzó en perdonar a David. Comprendía que las suyas eran palabras dictadas por la impotencia y la tristeza de verlo todo perdido. Como él mismo había dicho, su novio había sucumbido a la desesperación. Pero ese era un sentimiento al que ella se sabía inmune.

—No voy a permitirte que sigas hablando así —dijo la muchacha—. Sé que hay un modo de encontrar la tumba de nuestro guerrero y vamos a dar con él.

David hundió la barbilla en el pecho y deslizó ambas manos por su pelo. Era la viva imagen del abatimiento.

—Cariño —dijo con un suspiro—. Creo que no eres del todo consciente de la gravedad de nuestra situación. En estos momentos me conformaría con encontrar una salida, un modo de regresar a la superficie sin que esos matones nos fríen a tiros por el camino. Lo de Beowulf y su tesoro ya es agua pasada. Olvídate de ello.

—No veo por qué —dijo Laura dándole otro trago a su té—. Todo nuestro problema estriba en que hemos perdido la orientación. Si lográramos dar con un punto de referencia, podríamos matar dos pájaros de un tiro. Primero encontramos la tumba. Después, puesto que se trata de un lugar que podemos relacionar con un punto de la superficie, a partir de allí podríamos localizar alguna otra de las entradas que conoces, o incluso regresar a la de la Iglesia del Temple, la que usamos esta mañana.

A Laura le resultó extraño decir «esta mañana» para referirse a un momento que parecía

pertenecer al lejano pasado, o incluso a una vida distinta. Pero lo cierto era que en los pocos días transcurridos desde el hallazgo de la placa, todos los acontecimientos habían empezado a girar en un vertiginoso torbellino. Ahora la pregunta era si el torbellino terminaría por tragárselos o si serían capaces de escapar de él. No estaba segura, pero siempre se había considerado una luchadora, de modo que haría lo posible por presentar batalla.

—Tengo una idea —dijo de repente, casi sorprendida de sus propias palabras.

—Te escucho.

David parecía más cansado que nunca.

—Hay algo que hemos establecido con claridad. Sabemos que esta red subterránea es un reflejo de la ciudad de arriba. Un «Londres de las sombras», por llamarlo de alguna manera. Hemos llegado a la conclusión de que el centro espiritual del Londres de la superficie debe tener su contrapartida aquí abajo. Pero podría haber más lugares que estén también reflejados en este mundo subterráneo.

—Mmm. No te sigo. ¿A qué te refieres?

—Me has hablado de hallazgos que has realizado aquí abajo. Incluso me has enseñado alguno de ellos. Lo que ahora propongo es que no sigamos vagando por los túneles como almas en pena. Busquemos pistas, indicios que nos permitan relacionar el lugar en que nos encontramos con la ciudad de la superficie. Uno solo de esos indicios nos proporcionaría un punto de referencia. A partir de ahí, sabríamos en qué dirección ir y qué distancia recorrer. ¿Qué te parece?

—Me parece que eres un genio —dijo David.

Y a continuación acercó su cara a la de la muchacha y la besó en los labios, un beso que a Laura le supo mejor que cuantos había recibido en su vida, porque significaba que David había recuperado la esperanza.

—Muy bien —dijo ella segundos más tarde, al tiempo que se ponía en pie y apoyaba cautelosamente su tobillo lastimado—. Entonces, en marcha. Hay alguien que nos está esperando.

—¿No te referirás a esos tipos? —dijo David frunciendo el ceño.

—Me refiero a nuestro héroe Beowulf, por supuesto. Al cabo de catorce siglos ya debe de sentirse impaciente.

* * *

Continuaron en dirección norte durante una media hora más. Ahora que tenían un plan y un propósito, a Laura la marcha se le hizo mucho más llevadera. Incluso notó que el tobillo le molestaba menos. En lugar de caminar a ciegas, David llevaba la linterna levantada de modo que pudieran ir examinando los muros del túnel. Esto volvía el avance más lento, pero también les permitía charlar e intercambiar impresiones, lo que les ayudó a sobrellevar la oscuridad y la sensación de claustrofobia. Enseguida hicieron hallazgos. A intervalos regulares, encontraban inscripciones en las paredes, la mayoría de ellas en latín, unas pocas en un inglés más o menos arcaico. Pero ninguna les aportó la menor pista. Cierta número de ellas eran oraciones en acción de gracias por haber escapado de algún peligro. En una fechada en septiembre de 1666, un londinense daba gracias a su creador por haber logrado sobrevivir, junto con su mujer y sus cuatro

hijos, al gran incendio que había devorado su casa y su calle entera. Por desgracia, no mencionaba el nombre de su calle. Otros grafitis, en cambio, tenían un tono jocoso u obsceno, especialmente los de época romana, que hicieron enrojecer a Laura en más de una ocasión por los gráficos dibujos que incluían. Por suerte, la luz era demasiado escasa para que David la viera ponerse colorada.

—Son cosas de soldados, me temo —comentó el muchacho en broma.

—Son cosas de hombres, me temo —lo corrigió Laura.

Transcurrió cerca de una hora sin más hallazgos de importancia. David consultó su reloj y comprobó que eran casi las dos.

—No avanzamos demasiado —dijo con preocupación—. Y empiezo a preguntarme cuánto nos durará la provisión de combustible para la linterna.

—Yo llevo un cuarto de galón en mi mochila —dijo Laura.

—Yo tal vez la mitad. Ya he tenido que llenar el depósito de queroseno en un par de ocasiones. Tenemos solo una linterna para iluminarnos, pero desde luego su luz no brillará eternamente. —Entonces, al observar la expresión compungida de la muchacha, añadió—: Lo siento muchísimo, cariño. Te estuve mintiendo durante meses. Y ahora estás en esta situación por mi culpa. No he sabido cuidar de ti. Seguramente, como marido hubiera sido un desastre.

Laura encontraba muy hiriente el derrotismo de David. Al margen de lo abatida que se sentía al oírle decir tales cosas, no le parecía una actitud práctica ni razonable. Estaba convencida de que de aquel modo no iban a lograr sino empeorarlo todo. Ella tampoco encontraba muchos motivos para sentirse esperanzada, pero sabía que rendirse en esas circunstancias equivalía a una muerte segura.

Y además una muerte espantosa. Estuvo tentada de reprocharle a David sus palabras, pero decidió permanecer en silencio. Tal vez él tuviera razón y aquella tendencia suya a verlo todo negro fuera algo natural en su pueblo. Tal vez no le fuera posible evitarlo. No podía decirse que a los judíos les hubieran ido muy bien las cosas en los últimos dos mil años de historia. Y ahora esa hiena de Hitler se había propuesto encerrar a todos los judíos de Europa en guetos o deportarlos a esos campos de concentración que los alemanes construían por todas partes. Algunos incluso afirmaban que el propósito último de los nazis era exterminar a todo el pueblo judío, aunque era algo que poca gente se tomaba en serio. Decían que Hitler, al fin y al cabo, era solo un político ambicioso y no un loco. Pero Laura no estaba tan segura al respecto. Pensaba que alguien que había desatado una guerra tan terrible movido por la ambición y el odio racial era capaz de cualquier cosa. Incluso de organizar el asesinato de todos los judíos de Europa.

Y en ese momento vio algo que detuvo el hilo de sus pensamientos.

—David, acerca aquí la linterna.

La muchacha acababa de ver algunas líneas de escritura sobre el muro. Eran unos caracteres de aspecto sinuoso, parecidos a las llamas de una hoguera, y Laura los encontraba tremendamente familiares. Había cuatro líneas de escritura flamígera. La escritura de Dios.

—¡David! ¡Es hebreo!

—Eso parece —dijo el muchacho alzando un poco más la linterna.

—¿Puedes leerlo?

David recorrió las líneas con su dedo índice, de izquierda a derecha. Luego se aclaró la garganta.

—Bueno, la verdad es que mi hebreo está un poco oxidado. Sabes que nunca he frecuentado la sinagoga y han pasado unos cuantos años desde mi *bar mitzvá*. En cuanto a esto, me parece que es solo un salmo, una oración. Pero ¿qué importancia tiene?

Laura lo miró en silencio durante unos segundos, con expresión indescifrable. Finalmente, dijo:

—La ciudad de abajo es un reflejo de la ciudad de arriba, David.

—Sí, eso ya lo hemos hablado:

—Acabamos de encontrar unas líneas de escritura hebrea. Al margen de lo que digan, ¿qué crees que puede significar eso?

—¿Que sobre nosotros estuvo el barrio judío?

—Por supuesto —dijo Laura animándose por momentos—. La judería. Tal vez estos túneles les sirvieran de refugio a los judíos de Londres en cierta época. Lo más probable es que existiera algún acceso a ellos desde sus casas. Pero lo que importa ahora es que por fin sabemos dónde nos encontramos.

—No recuerdo dónde estaba la judería de Londres, Laura —reconoció David con gesto contrariado.

La muchacha suspiró.

—Bueno, tenemos los nombres de las calles. Son como etiquetas del pasado. ¿Qué te dice eso?

—La vieja judería... Sí, quizás... ¿Oíd Jewry Street? —preguntó David abriendo mucho los ojos—. ¿Dónde se encuentra la iglesia de St Olave?

—Naturalmente. «La calle de la vieja judería». La calle principal del barrio judío en el Londres medieval. ¿Recuerdas dónde está?

—Muy cerca de Walbrook y del templo de Mitra, si no me equivoco. A apenas un cuarto de milla al norte.

Laura sonrió radiante.

—Ahí lo tienes, David. Estábamos mucho más cerca de lo que pensábamos. Nos hemos desviado un poco hacia el norte, pero hemos andado la distancia correcta... aunque puede que dando un rodeo o dos. ¿Alguna sugerencia?

David se rascó la cabeza. Luego hurgó en su bolsillo hasta encontrar su brújula.

—Caminemos ahora hacia el sur. Si tu intuición es correcta, debemos estar muy cerca del objetivo. Y si la teoría del templo de Mitra está equivocada desde el principio, ahora al menos sabemos dónde nos encontramos y tal vez podamos salir de aquí.

Marcharon en dirección sur durante unos veinte minutos. Por fortuna, encontraron túneles que los mantuvieron en la ruta correcta sin apenas desvíos. Más difícil resultaba calcular cuánta distancia habían andado. Por miedo a pasar por alto alguna señal importante, se desplazaron muy despacio, estudiando concienzudamente las paredes de las galerías en busca de inscripciones o cualquier otra indicación. Acababan de alcanzar un lugar algo más espacioso donde incluso les era posible permanecer erguidos, lo que supuso un gran alivio para ambos. Notaron que el aire circulaba y que era un poco más fresco. Además del túnel del que acababan de salir, detectaron otras tres bocas, por lo que supusieron que habían llegado a una especie de encrucijada. Laura fue la primera en verla.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. Mira eso.

El dibujo grabado en la pared era tosco, pero su contorno no dejaba lugar a dudas: una cruz cuyos brazos estaban doblados en ángulo recto, como si dejaran una estela al girar en el sentido contrario a las agujas del reloj.



Era sin duda una esvástica. Una cruz gamada. Y su hallazgo solo podía significar una cosa. Los nazis conocían el lugar. Habían estado allí. Tal vez estuvieran observándolos en esos momentos.

* * *

—David, ¿qué hacemos?

El hallazgo de aquel odioso símbolo había asustado a Laura, y la muchacha no podía hacer nada por disimularlo. Miraba nerviosa a las negras bocas de los túneles, como si cualquiera de ellas estuviera a punto de vomitar un ejército de enemigos. Como mínimo, los oscuros corredores que allí morían podían servir de escondite para los tres individuos que habían estado a punto de coserlos a tiros pocas horas antes.

—Creo que no es necesario que hagamos nada —respondió David, quien, sorprendentemente, parecía muy tranquilo.

—Pero David...

—Me temo que en esta ocasión te ha fallado tu legendario instinto de arqueóloga. Aunque comprendo que, hoy en día, la visión de una cruz gamada es suficiente para provocar el miedo de cualquiera. Pero esta en concreto no tiene nada que ver con nuestros amigos los alemanes.

—¿Cómo?

—Por favor, acércate y mira la inscripción atentamente.

David se aproximó al trozo de pared que soportaba el siniestro símbolo y alzó la linterna para que Laura pudiera estudiarlo con detalle.

—Es antigua —declaró por fin la muchacha.

—Sin duda —dijo David—. Probablemente no tanto como los grafitis de época romana, pero casi. De hecho, la esvástica era ya un símbolo muy extendido tres mil años antes de que los nazis supieran de su existencia. Representaba el ciclo solar, el renacimiento. India, Irán, Mesopotamia, Grecia, Roma... todas las grandes civilizaciones la han usado antes de que el Führer reparara en ella. Y entre todas esas culturas, también la de tus antepasados anglosajones. ¿No recuerdas los hallazgos de Sutton Hoo?

—Es cierto —dijo Laura abriendo mucho los ojos—. Algunas joyas estaban decoradas con motivos de esvásticas.

—*Fylfot*. Así se llamaba en inglés antiguo. «La cruz de cuatro pies». Para ellos era un símbolo de buen augurio. Y creo que su hallazgo nos ha traído suerte de verdad. Los pueblos anglosajones

lo usaban profusamente en sus enterramientos. Lo que significa...

—... que probablemente estemos más cerca de esa tumba de lo que hayamos estado nunca —dijo Laura terminando la frase—. ¿Continuamos?

—Tal vez no sea necesario —repuso David.

La muchacha lo miró extrañada. ¿Por qué había dicho eso?

—Creo que deberíamos examinar este lugar más cuidadosamente. Parece un punto significativo. Una especie de centro o de encrucijada. Ayúdame.

Y, tras dejar la linterna de queroseno en tierra, se puso a cuatro patas y comenzó explorar la fina capa de arena y polvo que se había depositado sobre el suelo. Laura lo imitó y enseguida dio con algo que hizo que su corazón comenzara a latir a toda velocidad.

—¡David! ¡Hay una hendidura! Vamos a limpiar este trozo de suelo.

Abrieron sus mochilas y extrajeron sendas escobillas del tipo que los arqueólogos emplean para limpiar de tierra y polvo la zona de un hallazgo. Pronto vieron que la hendidura formaba un rectángulo de unos quince pies cuadrados. Y que en el centro había algo más. Una figura que, aunque grabada con cierta tosquedad, representaba de forma inequívoca el contorno de un animal. Tal vez un león o un perro grande. O quizás...

—¡Un lobo, David! ¡El animal heráldico de nuestro héroe Beowulf! ¡Él está aquí debajo!

David asintió. No parecía ni mucho menos tan entusiasmado como Laura. De hecho, su gesto era más bien de decepción.

—Si te soy sincero, esperaba otra cosa. Algo más dramático que una simple lápida sobre una fosa. No parece un hallazgo demasiado grandioso, ni creo que lo que encontremos aquí debajo esté a la altura de nuestras expectativas... ni de las de Hitler.

Otra vez ese derrotismo que Laura odiaba tanto. Pero se aproximaban al momento culminante de la aventura y no estaba dispuesta a que David se lo estropeará.

—Calla y ayúdame —dijo la muchacha.

Y volvió a abrir su mochila, esta vez para extraer de ella una gruesa palanca de acero. David se pertrechó también con una herramienta parecida. Instantes después, ambos sudaban y gruñían en su intento de desplazar la losa de su posición. Por un momento Laura pensó que sus esfuerzos sumados no iban a bastar para lograrlo. Ella era una muchacha más bien pequeña, y no podía decirse que David fuese un Sansón de circo. Aquel rectángulo de piedra pesaba de un modo monstruoso y parecía reírse de sus esfuerzos. Pero al cabo de varios intentos, cuando Laura empezaba a temer que tendrían que desistir y regresar con herramientas más adecuadas, la losa emitió un hondo crujido que retumbó por los corredores. Habían logrado desencajarla de su abertura. A partir de ese momento sería más fácil. Solo habría que empujar. Bastaron tres empujones para que ambos comprendieran que lo que había debajo no era la fosa de una tumba.

—¡Son escalones! —exclamó Laura con entusiasmo—. Lo que esta losa oculta no es una tumba, sino el acceso a algún tipo de recinto.

—Me había equivocado —reconoció David—. Creo que debemos prepararnos para grandes sorpresas.

Laura sonreía a la luz de la linterna.

—Vamos, un par de esfuerzos más y la entrada estará libre. —Luego, tras reflexionar unos segundos, añadió—: Siempre me pregunté qué sintió el señor Carter cuando estaba a punto de penetrar en la tumba del faraón Tutankamon. Bien, ahora lo sé.

Capítulo X

Los dominios del lobo

Fue un descenso largo. Tal vez de cien pies que, sumados a los ochenta pies de profundidad media de los túneles, los situaba muy por debajo del más profundo de los puntos de la red metropolitana. Uno casi podía imaginar que estaba bajando al centro de la tierra. Laura pensó que ojalá el premio mereciera la pena. Por fortuna, fue también un descenso sencillo. El foso de aquella escalera era recto y amplio, y los peldaños estaban labrados de un modo muy regular. De no ser por la oscuridad, habrían podido descender por allí con la misma facilidad que por la escalinata principal del Museo Británico. Pero la prudencia les aconsejó avanzar con lentitud. Finalmente, la escalera dio paso a un amplio corredor que moría en un arco de piedra sostenido por pilares. Laura deslizó la mano por su fuste y se admiró al comprobar la perfección del trabajo del cantero.

—Romano, sin duda —declaró la muchacha—. Y labrado en una sola pieza. Todo este lugar ha sido excavado en la piedra a base de martillo y cincel. Pero ¿qué clase de roca es esta?

David la estudió también. Constató su color rojizo con vetas blancas y su dureza. También el brillo cristalino que le arrancaba la luz de la lámpara.

—Creo que algún tipo de mármol muy duro. Tal vez cuarcita. Todo este lugar parece excavado en un gigantesco bloque de piedra. Como una cantera debajo de la superficie. No puedo siquiera imaginar el ingente trabajo que debió de representar.

—Sigamos —sugirió la muchacha.

Ambos transpusieron el arco, que no era sino el umbral de un recinto mucho más amplio. O al menos eso les pareció al comprobar cómo reverberaban sus voces y sus pasos. Era como estar dentro de una gran catedral sumida en las tinieblas.

—¿Tú ves algo? —preguntó Laura.

—No —reconoció David—. Este lugar es tan grande que la luz de nuestra lámpara se pierde en la oscuridad sin chocar con nada. Sigamos el contorno de los muros para hacernos una idea de su tamaño.

Pronto comprobaron que las paredes estaban decoradas con relieves bellamente labrados. El primero que encontraron representaba a un muchacho de largo cabello rizado. Vestía túnica y capa, y un gorro frigio como los que se asocian a los personajes de la revolución francesa. El

relieve representaba al joven en pleno trance de someter a un toro, al que daba muerte hundiéndole una daga en el cuello.

—Mitra, sin duda —dijo Laura—, en el momento de sacrificar el toro cósmico de cuya sangre surge todo lo creado. Estábamos en lo cierto. El auténtico santuario de Mitra está en esta caverna. Aquí tenían lugar el culto, los sacrificios y los ritos de iniciación. El templo de la superficie debía de ser solo una especie de pórtico o vestíbulo. Probablemente existiera un túnel desde la superficie hasta aquí, aunque en el transcurso del tiempo quedó cegado. Ah, fijate en esta inscripción.

PRO SALVTE NOB CAES DEO MITHRAE SOLI INVICTO AB ORIENTE AD
OCCIDENTEM

—«En honor del noble César y del dios Mitra, sol invicto desde el Oriente al Occidente» —tradujo David con lentitud—. Sí, esto lo confirma. Sin duda estamos en el sitio correcto.

—Pero de momento no hay ni rastro de nuestro guerrero —dijo Laura preocupada.

—Este lugar es enorme. Sigamos explorando.

Encontraron más relieves con motivos alegóricos. También el busto de un emperador de barba rizada que David identificó como Adriano.

—¿Te has fijado en el asombroso estado de conservación de todo esto? —observó Laura—. Parece que el templo hubiera sido usado hasta ayer mismo. ¿Y qué me dices de la sequedad del aire?

—Me he dado cuenta —dijo David—. Es como si este lugar hubiera estado sellado durante siglos, igual que esas «cápsulas del tiempo» que se entierran en los cimientos de algunos edificios para que sean halladas al cabo de muchas generaciones.

Y creo que el secreto está en la especial composición de esta roca. No soy geólogo, pero se trata de un material mucho más duro y menos poroso que un mármol corriente. Si, como suponemos, este lugar fue excavado de un único y gigantesco bloque de este mineral, los muros habrán resistido con facilidad las filtraciones de agua. La oscuridad y la temperatura constante han hecho el resto. Ah, mira. Aquí hay algunas pinturas.

Habían llegado a un tramo de muro que mostraba escenas pintadas. La ejecución era mucho más rudimentaria que la de los relieves que habían encontrado hasta el momento. Pero los trazos y los colores estaban maravillosamente conservados, lo que permitía identificar sin problemas lo representado en cada escena. En una de ellas, un hombre con espada y armadura arremetía contra una especie de demonio de talla gigantesca. En otra, el mismo hombre parecía bucear por un fabuloso paraje submarino donde lo acechaba otro terrible monstruo similar al anterior, aunque con cierta apariencia femenina. En la tercera escena, el guerrero se enfrentaba a una serpiente con alas que escupía fuego, lo que obligaba al héroe a protegerse detrás de su escudo. El último cuadro mostraba una nave de hermosas formas con un altivo mascarón de proa. Sobre su cubierta se apreciaba un cuerpo yacente. El barco parecía surcar un mar en calma, con representaciones de la Luna y las constelaciones en el firmamento.

—Y he aquí el nacimiento de una leyenda —dijo Laura admirada—. Son representaciones simbólicas de las hazañas del héroe. Las que poco después darían lugar al poema épico de

Beowulf. Tiene que estar aquí, David. Aquí mismo. ¿Por qué no lo hemos encontrado todavía?

Su siguiente hallazgo fue un altar de mármol sustentado sobre cuatro columnas de un hermoso mineral opalino que David identificó como ónice. En su superficie, observaron grandes manchas oscuras que no les costó trabajo relacionar con la sangre de las víctimas (seguramente reses) que habían sido sacrificadas sobre él.

—Debemos abandonar los muros —dijo Laura—. Cualquier cosa parecida a un monumento funerario que haya aquí abajo no se encontrará adosada a una pared, sino en el centro del recinto. Es decir, fuera del alcance de esta lámpara.

De modo que abandonaron la relativa seguridad que les ofrecía seguir el contorno del muro y se aventuraron hacia el interior del templo, que quedaba oculto de su vista por un impenetrable manto de negrura. Tras avanzar algunos pasos se toparon con una columna cuyo fuste se perdía en la oscuridad.

—Fíjate —dijo David con admiración—. Debe de tener al menos ocho pies de diámetro y está tallada también en una sola pieza. Este lugar me recuerda a esas tumbas de la necrópolis de Petra, al sur del Mar Muerto. Creo que están también excavadas en la pared rocosa.

—Con la diferencia de que este sitio es mucho mayor —dijo Laura—. ¿Quién hubiera soñado que bajo la superficie de la City de Londres, con sus bulliciosas calles, sus oficinas bancarias y sus compañías de seguros, existiera un lugar tan fabuloso como este? Pero espera, ¿qué es eso de ahí delante?

Laura se refería a una gran sombra de contornos sinuosos que se adivinaba a unos pasos de ellos. Desde donde se encontraban era imposible identificar el objeto. Únicamente se apreciaba su gigantesco tamaño. Así pues, ambos avanzaron lentamente y en silencio, conscientes de que tal vez estaban por fin ante su objetivo. Conforme se acercaban, comprendieron que se encontraban ante una gran construcción, una especie de pared curva formada por planchas de brillante madera oscura. En cuanto al tamaño de la sorprendente estructura, ni siquiera cuando estuvieron junto a ella pudieron calcularlo, pues sus extremos se perdían en las sombras, lejos del reducido campo de acción de su lámpara.

—¡David, es un barco! —dijo Laura de repente.

Y sus palabras resonaron con solemnidad dentro del gigantesco espacio interior del templo de Mitra.

* * *

Rodearon el casco del navío lentamente admirándose de cuanto descubrían. Les sobrecogió su tamaño. Debía de tener unos setenta pies de eslora y una altura de al menos doce pies. La madera estaba tan pulida que casi podían ver su cara reflejada en ella. Desde luego, no se habían empleado materiales convencionales en su fabricación. Se trataba de madera de conífera, tal vez cedro, pero de una variedad que no se usaba en la construcción de buques, y menos en época anglosajona, un tema que Laura y David dominaban gracias a su trabajo junto al profesor Phillips. Aquella madera debía de haber venido desde muy lejos, tal vez del Líbano, en Oriente Medio, donde en tiempos antiguos se producía la mejor madera del mundo. Cada tablón había sido

primorosamente tallado con motivos geométricos o vegetales, aunque también encontraron escenas de batallas y cacerías. La laboriosa ornamentación se completaba con incrustaciones de marfil y nácar, y de una madera más oscura que a Laura le pareció ébano. La decoración de aquel navío era tan suntuosa como la sillería de una catedral medieval.

—Es tan hermoso que te deja sin aliento —dijo Laura en un reverente susurro—. No puedo imaginar siquiera la fortuna que costaría reunir todos estos materiales, ni el trabajo ingente que debió suponer labrarlos con esta riqueza de detalles. Fíjate, incluso los remos están tallados con todo tipo de filigranas. Un barco fabuloso, pero no se construyó para navegar, ¿no te parece?

—Al menos no para navegar por los mares de este mundo —convino David—. El barco enterrado de Sutton Hoo navegó río arriba y luego fue llevado hasta el lugar del túmulo usando troncos a modo de rodillos. Este debieron de montarlo aquí dentro pieza a pieza. Una empresa que tuvo que durar años. Y está tan maravillosamente conservado que los trabajos podrían haber terminado ayer mismo.

—Fíjate qué hermosura —dijo Laura acercando la palma de su mano a un relieve que mostraba a un guerrero a caballo, aunque sin atreverse a tocarlo—. Cada plancha es una obra de arte por sí sola. Cada tablón, un tesoro. Esto cambia por completo el concepto que teníamos del arte en época anglosajona. Aunque quizás trajeran artesanos de otros reinos del continente para elaborar las partes más delicadas. Estoy de acuerdo, este barco no navegó jamás. Es demasiado frágil, demasiado precioso. Lo construyeron para que el rey dispusiera de un navío digno de él tras su muerte. Un navío de guerra para navegar hacia los reinos de ultratumba. Como los modelos de barco que se han encontrado en las tumbas de los faraones.

—Salvo que esto no es un modelo, sino un buque hecho y derecho. Recuerda mucho a aquellos *drakkar* que los vikingos usaron para asolar las costas del norte. Tal vez emplearan a artesanos venidos de tierras islandesas o escandinavas. Ah, mira el mascarón de proa. Esto parece confirmarlo.

La cabeza y el torso de un lobo los contemplaban desde el punto más alto de la proa. Tenía las fauces abiertas y las garras extendidas. Sus ojos eran de cristal tallado y el cuerpo había sido pintado de colores muy brillantes. La ejecución de la talla recordaba a las figuras de caballos y dragones que adornaban las proas de los barcos de guerra vikingos.

—Un lobo de nuevo —dijo Laura—. Por si cabía alguna duda. Nos encontramos en los dominios del lobo. El héroe Beowulf está muy cerca.

Ahora solo falta encontrar el cuerpo y el ajuar fúnebre.

—No sabes cuánta esperanza me infunde todo esto, cariño —dijo David.

Laura lo miró en silencio y pareció reflexionar.

—Apostaría que la cámara mortuoria ha sido dispuesta en la bodega del barco —dijo por fin la muchacha—, igual que en el enterramiento de Sutton Hoo. Tendremos que subir a cubierta para poder acceder desde allí.

—O tal vez no sea necesario —dijo David—. Recuerda que este barco no fue construido para navegar. Es posible que posea una puerta o escotilla en un lugar más accesible. Sigamos rodeándolo.

Tal como David había previsto, en el lado de estribor había una entrada, una abertura de forma oval situada a unos cinco pies del suelo. Incluso existían unos gruesos tabloncillos dispuestos a modo de rampa para facilitar el acceso. En torno a esta puerta se habían tallado numerosas inscripciones

y símbolos religiosos, incluyendo varias esvásticas. David acercó la lámpara para examinar los motivos de cerca.

—Ahora recuerdo que en el mundo germánico la esvástica a menudo se relacionaba con el dios Thor y su martillo. Como en la invocación de esa placa que encontraste. Todo encaja de una manera asombrosa. Estamos aquí gracias a tu perspicacia y tu insistencia. Para mí esto significa una oportunidad real de volver a reunirme con mi familia. Y todo gracias a ti, cariño. No viviré lo suficiente para agradecértelo.

—Tal vez no —dijo Laura en tono sombrío, lo que hizo que David se girara hacia ella. Y entonces vio que su novia le estaba apuntando con un revólver.

* * *

Durante unos segundos que parecieron durar una eternidad, se hizo el silencio dentro de la cripta, como si ambos se hubieran quedado congelados en el tiempo, igual que el barco y el resto de los objetos guardados en aquel lugar. David miraba a Laura con expresión impasible. Mientras le apuntaba con el revólver, ella trataba de mantener la serenidad, pero la traicionaban el par de lágrimas que habían empezado a surcar sus mejillas, así como un temblor en el cañón del arma que cada vez era más perceptible. Finalmente fue David quien habló.

—Laura, si esto es una broma, te aseguro que no tiene la menor gracia.

La muchacha se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Parecía aniquilada por el dolor, pero su voz no tembló al responder.

—No es una broma, David. Y tú lo sabes. Ahora vas a moverte muy lentamente y a dejar la lámpara en el suelo, a cierta distancia. No quiero que intentes otra vez el truco del incendio. Aunque supongo que lo de esta mañana con los alemanes fue solo una pantomima.

—Pero Laura...

—¡Haz lo que te he dicho! —dijo la muchacha en tono casi histérico, mientras agitaba la pistola hacia él.

David obedeció. Luego se volvió sonriente.

—Después de todo lo que hemos padecido juntos, ¿no quieres que accedamos al interior del barco para recoger el premio a nuestros esfuerzos? ¿No tienes curiosidad por saber lo que nos aguarda ahí dentro? ¿Adónde fue a parar tu instinto de arqueóloga?

Laura dejó escapar un suspiro.

—Sospecho que sabes perfectamente lo que hay adentro. Y me atrevería a afirmar que no hay absolutamente nada. ¿Me equivoco?

David soltó una carcajada que a Laura se le antojó el sonido más espantoso que hubiera oído jamás.

—¡Qué lista eres! ¡Y cuánto te he infravalorado! En efecto, no hay apenas nada. Solo un cadáver momificado que nos vimos obligados a dañar ligeramente al arrebatarle la armadura y el resto de objetos preciosos que lo cubrían.

En ese momento Laura no pudo evitar que volvieran a brotar las lágrimas.

—Entonces, ¿has dejado por fin de mentirme? —dijo con un hilo de voz.

—Sí, Laura. Es lo menos que mereces. Pero antes dime, ¿de dónde has sacado ese revólver? Por cierto, espero que sepas usarlo.

—Sé usarlo, te lo aseguro —dijo Laura amartillando el arma—. Mi padre me enseñó antes de que lo llamaran al servicio activo. Dijo que en tiempos de guerra todos debemos saber defendernos. Lo tomé de su despacho antes de salir de casa esta mañana, justo cuando tú entraste para hacer esa misteriosa llamada telefónica.

—¿No me creíste cuando te dije que iba a llamar al museo?

—No sabía qué creer, David. Desde tu confesión de ayer he intentado con todas mis fuerzas volver a confiar en ti. Quería ayudarte por encima de todo. Pero una voz en mi interior me decía que, quien ha mentido una vez, puede volver a hacerlo. De modo que decidí tomar precauciones. Ahora veo que estaba en lo cierto. Llamaste a tus compinches para informarles de nuestros planes y avisarles de dónde podrían encontrarnos y cuándo. ¿No es así?

David asintió.

—Me sorprendes más a cada momento. Tus sospechas son totalmente correctas. Pero una sospecha es solo una sospecha. Tienes que haber encontrado algo más para haberte decidido a actuar de este modo. ¿Dónde me equivoqué?

—Era cuestión de sumar y relacionar indicios, David. Tu resistencia cada vez que yo proponía dar un nuevo paso en esta búsqueda, el modo en que me llevabas la contraria y tratabas de refutar cada una de mis suposiciones... Era como si quisieras alejarme de cualquier cosa que estuviera guardada en estos túneles. Después, esa patética farsa de mi rescate y tu lacrimógena actuación posterior. «Lo hice por mi familia, cariño, perdóname».

David rio de nuevo.

—Eso es lo que ahora dices —afirmó con un brillo de acero en los ojos—. Pero estoy convencido de que en su momento te tragaste toda la historia. Dudo incluso que te llevaras el revólver porque sospecharas de mí. ¿Me equivoco?

Laura se aclaró la garganta. Empezaba a resultarle difícil seguir hablando. Habría preferido acabar de una vez del modo que fuera. Pero antes tenía que saber toda la verdad.

—Tal vez no sospechara de ti de forma consciente. Pero presentía que algo no encajaba. Tomé el revólver por si tenía que defenderme. En mi interior quizás sabía que tú eras el principal peligro. Pero tienes razón, hiciste algo mal. Y fue hace apenas una hora, cuando encontramos esa inscripción en hebreo.

—Vaya, pensaba que también me habías creído cuando te dije que mi hebreo estaba oxidado. Si algo he aprendido en los últimos años es a mentir con naturalidad. Especialmente a ti.

Laura apretó los dientes.

—Podría haberme creído que tuvieras medio olvidado el hebreo que tu rabino te enseñó de niño. Pero no tanto como para no recordar que la escritura hebrea se lee de derecha a izquierda.

—¿Cómo? —dijo David frunciendo el ceño.

—Cuando fingías que tratabas de leer esas líneas, las recorríste con el dedo índice, pero de izquierda a derecha, igual que si se tratara de una lengua occidental. Tú nunca has sabido hebreo. De hecho, dudo que seas judío. ¿No es así?

David abrió los ojos con sincera admiración.

—Tengo que descubrirme ante ti. Ahora veo que he cometido un doble error. En primer lugar, menospreciarte por ser inglesa. En segundo lugar, por ser mujer. Has dado totalmente en el clavo.

—Entonces, ¿no eres judío?

—No, ni siquiera soy austríaco, sino alemán. Un alemán de pura raza aria, a pesar de mi pelo moreno y mi prominente nariz. Hubo un tiempo en que me avergonzaba que mi aspecto fuera el de un judío. Luego me sentí agradecido por poder hacerme pasar por uno de ellos. De ese modo le he sido muy útil a mi patria y a mi Führer. Por supuesto, tampoco me llamo David Stein. Esta identidad y toda la historia asociada a ella es solo un disfraz. Pero tú ya te imaginabas todo eso.

—Empiezo a imaginarlo ahora —dijo Laura notando que algo se rompía definitivamente dentro de ella—. Y naturalmente estás también al servicio de ese misterioso «jefe» al que tú y los otros miembros de tu banda os habéis referido en alguna ocasión. Y no precisamente a la fuerza, sino con absoluta lealtad y entrega. ¿No es así?

David sonrió, y por un momento su expresión fue otra vez la del joven austríaco refugiado de los nazis. Laura tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que ese muchacho tímido y encantador, su antiguo novio, se había marchado para siempre.

—Verás, querida, en ese detalle estás completamente equivocada. En realidad no estoy al servicio de ningún jefe, salvo de mi Führer y de mi *Kommandant* en Berlín, por supuesto. Y estos caballeros que acaban de entrar podrán confirmártelo.

La muchacha pensó que podía ser un truco y decidió no mirar a su espalda. En ese instante la cueva entera pareció estallar en una llamarada de luz. Con un movimiento reflejo, Laura soltó el revólver y se cubrió los ojos con las manos.

Capítulo XI

Operación «Beowulf»

Cuando Laura pudo abrir los ojos sin sentirse cegada, lo primero en lo que reparó fue en la sobrecogedora sensación de espacio. Bajo la luz de los reflectores, el templo subterráneo de Mitra era tan grande como el teatro de ópera de Covent Garden. Cuatro esbeltas columnas labradas con capiteles sostenían la alta bóveda de roca, cuyas vetas rojizas y blancas parecían nubes en un crepúsculo de verano. Sobre los muros, cubriendo todo el perímetro del recinto, estaban esos relieves y pinturas que Laura había contemplado solo en parte y que ahora, a plena luz, parecían haber cobrado vida de repente. Y en el centro, con su mástil labrado casi rozando la altísima bóveda, la nave de guerra resplandecía como una joya guardada en una urna de cristal tallado. Todo el conjunto estaba iluminado por varios potentes focos. Y en el rincón más alejado, Laura observó la incongruente presencia de varias cajas de embalaje y de otro material que parecían piezas de una instalación eléctrica, junto a un complicado panel de instrumentos.

Y también estaban David (¿debía seguir llamándolo así?) y los tres tipos que ya conocía demasiado bien, el moreno y los dos gigantones que la habían secuestrado y después habían disparado contra ellos en los túneles. Ahora el tipo moreno recogía el revólver de Laura con una risita. A la muchacha no le importó demasiado. De todos modos, lo más probable es que no hubiera sido capaz de usarlo.

—Precioso, ¿verdad? —dijo el falso David abarcando todo el lugar con un gesto—. En realidad conozco este sitio desde hace tiempo. Su hallazgo fue una gran sorpresa y un inesperado regalo para mi Führer. Sin mencionar lo útil que nos ha resultado disponer de todo este espacio como almacén y centro de operaciones.

A Laura le habría gustado manifestar su desprecio guardando silencio, pero la curiosidad pudo más que ella.

—¿Qué clase de almacén? —preguntó.

—Vamos por partes, cariño.

—¡No me llames cariño!

David rio.

—Todo un carácter. Bien, como quiera, señorita Phillips. Y ya puestos, permítame que me presente. Otto von Steinberg —dijo el antiguo David con un taconazo—. De noble linaje prusiano.

Graduado en historia y arqueología por la universidad de Berlín. Dirigente de las Juventudes Hitlerianas y *Hauptsturmführer* de las Waffen-SS. Herido en una pierna en acto de servicio. Condecorado y reasignado al servicio de inteligencia. Enviado a Inglaterra bajo identidad supuesta para formar un grupo de acción y sabotaje en territorio enemigo. El grupo que ahora tiene ante usted, compuesto por camaradas de confianza de mi antiguo batallón de las SS.

Los dos tipos fornidos se pusieron firmes tan pronto como su capitán se refirió a ellos y los miró.

El moreno, sin embargo, siguió sonriendo de un modo maligno sin dejar de observar a Laura. Parecía estar devorándola con los ojos. La muchacha sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—Y ahora que nos conocemos, ¿no te importará que volvamos a tutearnos, verdad?

Laura habría querido escupirle a la cara. De pronto comprendía que, desde hacía casi dos años, había estado manteniendo una relación amorosa con un enemigo de su país y, lo que era peor, un nazi convencido. Y durante todo ese tiempo había estado segura de amarlo. Pero ahora lo miraba y ya no veía al mismo hombre. Tan solo a un agente enemigo que la había engañado y se había valido de su ingenuidad. David Stein se había ido para siempre. Quien estaba ante ella era Otto von Steinberg. Y lo único que sentía por él era odio. Un odio concentrado que le nublabla la vista y apenas le permitía pensar con claridad. Pero se esforzó en mantener la calma. Tal vez su única y remota oportunidad de salir con vida consistiera en pensar con rapidez y luego actuar con sangre fría.

—Comprendo —dijo Laura—. Una banda de espías. Y yo me convertí en un estorbo para vuestros planes al dar con esa red de túneles por casualidad.

Von Steinberg asintió.

—Sí, y sobre todo al sorprender a mis hombres mientras transportaban material. Una fatalidad tras otra. No me dejaste mucha alternativa.

La muchacha detuvo la vista en cada uno de los tres hombres, consciente de que sus oportunidades de escapar con vida eran mínimas. Pero no pensaba darles a aquellos cerdos la satisfacción de verla derrumbarse y suplicar por su vida. De repente se sentía como un pequeño insecto atrapado en el centro de una gigantesca telaraña. Presintió que lo que allí estaba en juego era mucho más que su integridad física o que la posesión de un preciado hallazgo arqueológico. Necesitaba información. Y el único modo de obtenerla era tratar de tirarle de la lengua a aquel sujeto, aunque de lo que sentía deseos en realidad era de abofetearlo con todas sus fuerzas.

—¿Por qué yo? ¿Qué te hizo acercarte a mi padre y a mí? ¿Acaso éramos tu cobertura?

El alemán moreno resopló con impaciencia, como poniendo de manifiesto que en su opinión aquella conversación se estaba prolongando demasiado. Por un momento pareció a punto de decir algo, pero una mirada glacial de von Steinberg lo sumió en el silencio.

—Es una larga historia —dijo. Y Laura se sorprendió al detectar en su tono algo que guardaba cierta semejanza con la simpatía—. Sin embargo, creo que llegados a este punto mereces algunas explicaciones. El primer objetivo de mi misión en Inglaterra era contactar con tu padre, vigilarlo de cerca y tratar de obtener de él la mayor cantidad de información posible. Mis estudios de arqueología me allanaron considerablemente el camino.

—No comprendo nada —dijo Laura, sinceramente perpleja—. ¿Qué importancia puede tener un arqueólogo para el espionaje alemán?

—Tal vez te sorprenda saber que tu padre lleva cierto tiempo colaborando con la inteligencia militar británica. No es preciso entrar en detalles.

—¿Mi padre mezclado en asuntos de inteligencia militar? —dijo Laura, incapaz de reconciliar la imagen del reposado académico con la de un agente secreto—. ¡Valiente estupidez!

—Tendrás que fiarte de mi palabra —replicó von Steinberg, a lo que Laura respondió con una mueca de sarcasmo—. Tu padre era el objetivo. Tú... lo nuestro... Bien, eso ocurrió sin más.

Von Steinberg carraspeó y bajó la vista, incómodo por el giro íntimo que había adoptado la conversación. A su pesar, Laura creyó percibir en él ciertos vestigios de la dulzura y la fragilidad que la habían conquistado cuando lo conoció y creyó que se trataba únicamente de un muchacho judío refugiado.

—Hay algo que no entiendo, Da... —aquí Laura estuvo a punto de llamarlo por su antiguo nombre, pero se dio cuenta a tiempo— *Herr Steinberg*. ¿Qué sentido tiene toda esa farsa de mi secuestro y mi rescate? ¿Y por qué dejar luego que te ayudara a encontrar un tesoro que tú ya habías encontrado mucho antes?

El alemán la miró en silencio. Luego volvió la cabeza hacia sus hombres, que parecían encontrar muy interesante la conversación, pero que recuperaron la compostura tan pronto como su jefe los fulminó con la mirada.

—Verás, Laura... Esto es un poco incómodo. Pero lo cierto es que, por difícil que te resulte creerlo, mi afecto por ti era sincero. Tú nunca has formado parte de mi disfraz. Me alarmé extraordinariamente cuando estuviste a punto de contarle a Cameron lo que había ocurrido en los túneles. Cameron me vigila, lo sé, aunque hasta ahora no tiene nada contra mí. Pero si tú hablabas todos nuestros planes podían malograrse. Mis hombres me aconsejaron que te eliminara. Pero yo no podía hacerlo. Por eso inventé esa comedia del secuestro y todo lo demás. Solo quería ganar tiempo. Con dos o tres días habría bastado. Y antes o después tenía la intención de decirte la verdad, te lo juro. Cuando ocurriera lo que tiene que ocurrir y no hubiera ya vuelta atrás, me habría sincerado contigo.

Laura sintió que el asco le formaba un nudo en la garganta.

—Habría sido mejor que me mataras —dijo con el tono más gélido que fue capaz de emplear.

—Estoy completamente de acuerdo, *Fraulán Phillips* —terció entonces el alemán moreno—. Es lo que le dije al capitán una y otra vez. Pero él no quiso escucharme.

Von Steinberg se volvió hacia él con gesto de pocos amigos, lo que bastó para sumirlo de nuevo en el silencio.

—Te amaba y lo sigo haciendo —confesó como si de repente hubiera olvidado la presencia de sus hombres—. Pero hay cosas que son más importantes que el afecto. Hay cosas que son incluso más importantes que la propia vida.

—¿Te refieres a este tesoro arqueológico? —preguntó Laura con desprecio—. Sin duda será un bonito regalo para tu Führer. Puedes estar contento, te has ganado el ascenso.

En ese instante los tres compinches rompieron a reír.

—*Ruhe!* —ordenó von Steinberg. Y tras exigirles silencio, les dirigió unas enérgicas palabras en alemán.

—Estás equivocada, Laura. El hallazgo de este tesoro ha sido solo una coincidencia. Una feliz coincidencia, sin duda. Pero lo importante no es esto, ni mucho menos. Acompáñame, por favor.

Laura no hizo ademán de moverse, pero el más pequeño de los tres sicarios la obligó a

caminar encañonándola con su Luger. Von Steinberg le mostró el camino hasta ese rincón del templo donde antes había detectado la existencia del panel de mandos, el material eléctrico y las cajas de embalaje.

—En primer lugar quiero que veas esto —dijo el espía alemán retirando la tapa de dos de las cajas—. El resto nos lo hemos llevado ya. Pero sin duda mereces ver las piezas principales. De algún modo, tú también has participado en el hallazgo de este tesoro.

La caja más grande contenía una armadura. Cuidadosamente embalado en un lecho de paja, relucía un casco de batalla decorado con oro y piedras preciosas. Su visera reproducía las energéticas facciones de un hombre barbado, de frente ancha y nariz prominente.

—Sin duda el auténtico rostro del héroe Beowulf —explicó von Steinberg—, reproducido con tal maestría que casi se podría pintar un retrato tomando su casco como modelo. Mira también esto.

Y le mostró una coraza de acero en cuyo pectoral campeaba la familiar imagen heráldica del lobo. La pieza brillaba como si acabara de salir de la forja. Parecía ligera y enormemente resistente a la vez, y estaba articulada por varios puntos para facilitar los movimientos de quien la vistiera. Laura no había visto jamás nada semejante.

—Y contempla estas maravillas —dijo el espía mostrándole la otra caja.

Había una espada y una gran hacha de guerra. Eran objetos de exquisita factura, pero ambas mostraban desgaste. No parecían piezas ornamentales para un enterramiento, sino armas blandidas en muchos combates reales, tal vez a lo largo de toda la vida del guerrero que las había poseído.

—La espada Hrunting de la que habla el poema —dijo el espía sacando el arma de su embalaje y sosteniéndola con delicadeza—. La que Beowulf usó para matar al ogro y al dragón. El símbolo de poder de un héroe germánico. Y ahora, al cabo de catorce siglos, esta arma prodigiosa será empuñada por otro héroe germánico, un guerrero aún más poderoso que su dueño original.

—¿Te refieres a Hitler? —preguntó Laura sin ocultar su desprecio.

—Al Führer, por supuesto. ¿A quién si no?

—Son hallazgos estupendos, sin duda. Aunque su lugar natural sería un museo y no la residencia de verano de un loco. Me imagino que tu Führer colgará esas armas sobre la chimenea en su mansión de los Alpes bávaros. Así podrá presumir de ellas ante esos matones y asesinos que gobiernan ahora en Alemania. Pero me sigue pareciendo un despilfarro poner en marcha una operación de tal envergadura por un objetivo tan frívolo. Aunque antes mencionaste que no se trataba solo de dar con el tesoro, ¿verdad?

Laura estaba poniendo en práctica su plan de tirarle de la lengua a von Steinberg. Aún temía que jamás iba a escapar con vida de allí. Pero si lo conseguía, cualquier información que obtuviera sería importante. Ahora el alemán la miraba con el ceño fruncido. Por un momento Laura temió incluso que fuera a golpearla. Pero lo que hizo fue depositar cuidadosamente la espada sobre su lecho de paja. Acto seguido la miró y le sonrió.

—He de descubrirme ante ti, Laura. Todas tus suposiciones acerca de la situación de esta cámara subterránea eran completamente correctas. Sin embargo, no pienses que encontraste tú sola el camino. Fui yo quien te hizo llegar hasta aquí.

—Esta es la parte que menos comprendo. ¿Qué pretendías trayéndome a este lugar?

Von Steinberg dejó escapar un suspiro.

—Se trataba de un regalo para ti. Una muestra de que mi afecto era sincero. Quería que vieras este lugar con tus propios ojos antes de que desapareciera.

—¿Qué?

—Sí, me temo que dentro de poco toda esta belleza habrá quedado sepultada para siempre. Pero vayamos por partes. Acertaste al suponer que el encuentro con mis hombres fue fingido, una escena más de la comedia. Naturalmente, no estuvimos perdidos en ningún momento. Pero tu idea de vincular el Londres de la superficie con su reverso en los túneles me pareció brillante, y preferí hacerte creer que eras tú quien nos guiaba. Además, eso convenía a mis planes.

—¿Hay otra entrada, verdad? —dijo Laura notando que las piezas empezaban a encajar en su cabeza.

—Mis felicitaciones de nuevo. Existe otro acceso, en efecto. Fue cegado cuando terminó el ensamblaje del barco y se depositó aquí el cuerpo. Pero pudimos dar con él y volver a hacerlo practicable. De hecho, es el que hemos usado para transportar aquí todo este material.

—Entonces, ¿la escalera y el túnel por el que hemos entrado...?

—Una especie de puerta ceremonial, una entrada al inframundo. Lo conocíamos, por supuesto, aunque apenas lo hemos usado. Además, ordené a mis hombres que lo volvieran a ocultar bajo una capa de polvo y tierra. Mi intención era hacerte creer que tú habías descubierto este sitio. Era parte de mi regalo.

Laura contempló el semblante sonriente de von Steinberg y no fue capaz de notar el menor rescoldo del afecto que antes le inspiraba.

—No me interesa tu maldito regalo. Guárdatelo para el loco de Hitler. Estoy segura de que él te lo sabrá agradecer mucho mejor que yo. Pero ¿por qué limitarse a preservar el tesoro fúnebre? ¿Qué sentido tiene destruir este lugar?

El alemán se irguió en toda su estatura y en su rostro brilló una sonrisa de satisfacción. Laura comprendió que estaban a punto de llegar al meollo del asunto.

—No te mentí cuando te dije que el hallazgo de estos túneles fue totalmente fortuito. Mi mérito consistió en comprender su enorme importancia estratégica. Y a partir de entonces la naturaleza y el objetivo de mi misión cambiaron por completo. —Aquí hizo una pausa e inspiró profundamente—. Operación «Beowulf» —continuó—. Tal es el nombre en clave de un plan que yo diseñé en todos sus detalles y que llevo meses ejecutando con la ayuda de mis hombres. Y hoy todos nuestros esfuerzos están a punto de dar fruto. Mira aquí.

Von Steinberg le señaló un gran plano fijado sobre la pared rocosa. Con trazos negros aparecían representadas las doce líneas del metro de Londres con los nombres de todas sus estaciones. En azul, un endiablado laberinto que se ramificaba como las venas en una lámina del sistema circulatorio. En al menos veinte de los lugares donde los trazos negros y azules se acercaban, había gruesos puntos rojos. El horror que se ocultaba tras todo aquello penetró gradualmente en la mente de Laura, al tiempo que sus ojos se abrían como si fueran a salirse de sus órbitas. Las líneas azules no podían ser sino los túneles del laberinto. En cuanto a los puntos rojos...

—Estás contemplando la operación de sabotaje más colosal en los anales de la historia bélica —dijo von Steinberg hinchando el pecho—. Vamos a volar la red metropolitana de Londres... justo en el momento en que medio millón de personas se refugian en ella.

Ahora Laura comprendía el plan en toda su horrible y macabra dimensión. Los alemanes

habían colocado bombas en aquellos puntos donde los túneles de la red secreta estaban próximos a los túneles de metro, como el de la estación de Aldwych, que había quedado al descubierto por casualidad. Sin duda su plan consistía en aprovechar una alarma aérea para accionar los explosivos. La matanza que sobrevendría era tan inimaginable que Laura sintió deseos de vomitar. Luego se notó invadida por un terrible arrebató de furia que la hizo temblar de pies a cabeza. De repente pensó en su sueño de unos días antes: el dragón de negras alas dispuesto a destruir la ciudad, el lobo, símbolo del héroe... Ahora resultaba evidente quién era el dragón. ¿Y bien? ¿Dónde estaba el héroe cuando tanto se le necesitaba? Pero allí estaba solo ella, la desdichada e indefensa Laura. Aunque en ese momento habría podido lanzarse sobre von Steinberg, el hombre que hasta poco antes creía amar, y desgarrarlo con las uñas y los dientes. Pero no, era demasiado pronto para eso. Necesitaba saber más.

—¿Y este crimen contra cientos de miles de inocentes, este genocidio, es lo que usted llama un sabotaje, *Herr Steinberg*?

El alemán se envaró y Laura lo vio apretar las mandíbulas.

—El Tercer Reich no tiene nada contra el pueblo británico. Al Führer le habría gustado que las cosas hubieran sido distintas. Pero la obstinación de vuestros gobernantes nos ha conducido a esto. No ha sido una decisión fácil de tomar. Sabemos que morirá mucha gente. Sin embargo, serían muchos más los muertos si dejamos que la guerra siga su curso.

—Qué compasivo por vuestra parte —dijo Laura sintiendo la frente helada y la ira ardiéndole en la garganta—. Compasivo y heroico.

Von Steinberg palideció y Laura distinguió una vena azulada latiendo en su sien. Tal vez lo estuviera presionando demasiado. Tenía que ir con cuidado.

—Las cargas explosivas están preparadas. Casi cinco toneladas de tnt dispuestas en unos veinte puntos estratégicos. Hemos introducido el explosivo en vuestro país con la ayuda de nuestra flota de submarinos, y luego hemos empleado meses en preparar todo el sistema que los detonará. El hallazgo de estos túneles me dio la idea. Resultaría imposible colocar una carga explosiva en una estación, pues la vigilancia es férrea. Pero la red de túneles nos permite movernos con entera libertad y colocar el explosivo a apenas unas pocas yardas de los lugares donde vuestros civiles se hacían durante los bombardeos. Eso era precisamente lo que hacían mis hombres cuando tú los viste por primera vez.

—Comprendo. ¿Y para qué sirve ese panel de mandos? —preguntó Laura señalando hacia el tablero repleto de bombillas e interruptores, todos ellos con rótulos en alemán.

—Otro triunfo de la ingeniería de la nueva Alemania —dijo von Steinberg con una sonrisa que a Laura le hizo pensar que estaba bajando la guardia—. Las cargas no explotarán a la vez, sino conforme a una secuencia temporal regulada por este panel electrónico. ¿Ves este interruptor rojo? —Laura asintió—. La máquina está conectada con una antena de largo alcance en el exterior. En el momento en que yo accione la palanca, el Alto Mando recibirá una señal de radio cifrada. De forma inmediata se cursará la orden de lanzar otro ataque aéreo sobre Londres. De hecho, el del pasado viernes fue solo un ensayo general. Los primeros aviones estarán sobrevolando la ciudad en apenas treinta minutos. Entonces empezarán las explosiones. Veinte explosiones subterráneas en un intervalo de hora y media. Tal vez no tengan la potencia suficiente para demoler por completo las estaciones, pero provocarán enormes estragos, y el caos que se desatará se encargará del resto.

Laura pensó que aquel plan, la espantosa maldad que encerraba, no podía haber salido de la mente de seres humanos normales. Al parecer, la guerra estaba convirtiendo a los hombres en alimañas, o al menos estaba desatando a las alimañas que muchos hombres llevaban en su interior.

—Me imagino que lo de hacer coincidir las explosiones con un bombardeo persigue crear el mayor número de víctimas posible. Ahora que todo Londres se oculta en el metro, volémoslos en pedazos. No importa que sean civiles indefensos. No importa que haya ancianos, mujeres, niños.

—No somos monstruos —respondió el alemán arrugando el ceño, y en ese momento Laura estuvo a punto de echarse a reír en su cara—. Lo que en realidad pretendemos no es matar a toda esa gente, sino crear miedo entre la población. Nadie sabrá que las explosiones las produjeron cargas que ya estaban allí antes del comienzo del bombardeo. Creerán que disponemos de un nuevo tipo de bomba que, lanzada desde un avión, puede destrozar una estación de metro a setenta u ochenta pies de profundidad. De hecho, nuestros agentes ya se han encargado de propagar ese rumor. El pánico será gigantesco. Los londinenses pensarán que ya no hay lugares seguros. Habrá motines y desórdenes contra unos políticos incapaces de cuidar de sus conciudadanos. El gobierno habrá caído en un par de días. Antes del fin de semana Inglaterra se habrá rendido. Y a partir de ese momento ya no habrá más muertes inútiles. Este país formará parte del gran imperio germánico con el que sueña nuestro Führer. Y tú y yo habríamos vivido juntos ese sueño. Habrías tenido el honor de desposar a un héroe del Tercer Reich. Aunque ahora...

Von Steinberg se interrumpió y bajó la cabeza. Junto a él, el espía moreno seguía mirando a Laura como una alimaña ansiosa por saltar sobre su presa.

—Ahora soy un testigo molesto y no podéis dejarme con vida. Y tampoco ganarías nada con encerrarme hasta que se produzca esa rendición que das por segura. No solo no querría seguir a tu lado, sino que aprovecharía la menor oportunidad para pegarte un tiro.

La ira había hablado por ella, y Laura se arrepintió de sus palabras casi al instante. Su reacción no había sido inteligente. Aunque tal vez ahora todo diera lo mismo.

—Inglesa de pies a cabeza —dijo von Steinberg sin disimular cierto tono de afecto en su voz—. Testaruda, indomable. Incapaz de aceptar la realidad incluso cuando la realidad está a punto de arrollarte como un tren de mercancías. A veces creo que seríais capaces de dejarnos destruir toda esta maldita isla antes de permitirnos poner los pies en ella. Sois unos locos irresponsables. Necesitáis la guía de un pueblo superior. Ahora todo está en marcha y nada ni nadie va a impedir lo inevitable. Ni siquiera tú. Dentro de pocos días el ejército alemán estará desembarcando en las playas de Brighton y Dover, y la bandera de la cruz gamada ondeará sobre la torre del Parlamento, igual que lo hace sobre la torre Eiffel. Gran Bretaña quedará ocupada antes de que acabe el verano. En cuanto a ti, me temo que tienes razón, no puedo permitir que salgas de aquí.

Ya solo le quedaba una cosa por saber.

—¿Cuándo? —preguntó Laura notando que la esperanza la abandonaba para ceder su lugar al más negro desconsuelo—. ¿Cuándo vais a hacerlo?

Von Steinberg la miró con gesto triste. Durante un instante, a Laura le pareció estar viendo a David de nuevo. Pero esa sensación se esfumó tan rápidamente como vino.

—Creo que lo has adivinado. No tiene objeto esperar más, de modo que va a ocurrir ahora. Dentro de un minuto pulsaré el interruptor. Al cabo de media hora la Luftwaffe volará sobre Londres y estallará la primera carga. Noventa minutos más tarde estallará la última, que está colocada justamente bajo nuestros pies. Me habría gustado conservar este precioso barco. Es el

tesoro más valioso de cuantos hemos encontrado en este lugar. Pero el Alto Mando ha ordenado que borremos cualquier traza de nuestra actividad. No queremos que se descubra la verdad antes de tiempo. El barco fúnebre de Beowulf quedará aplastado bajo cientos de miles de toneladas de roca. Pero el barco no es lo más precioso que hoy va a desaparecer aquí. Ya lo dije antes, Laura. Hay cosas más importantes que la vida. Que la mía o... que la tuya.

Y la miró con los ojos brillantes.

¿De verdad había llegado el final? Laura se resistía a creerlo, pero no encontraba motivo alguno para la esperanza.

—Y ahora, cariño, accionaré el interruptor y ya no habrá forma de volver atrás. Incluso si este panel de mandos fuera destruido, el proceso automático continuaría sin ningún cambio. Te cabe el honor de presenciar el fin de una era. Una pequeña palanca desciende y la historia del mundo cambia para siempre. Caballeros, prepárense. Este es un momento solemne. Y recuerden que tenemos apenas media hora para sacar de aquí estas reliquias y alejarnos lo más posible. Tiempo más que suficiente. En cuanto a ti, Laura, me temo que tendrás que quedarte. Será rápido. Te lo prometo. En fin, no esperemos más. *Kameraden! Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!*—respondieron los otros con un taconazo y el brazo derecho extendido.

Von Steinberg se giró hacia el panel de mandos. Sus secuaces fueron tras él para no perderse detalle de lo que estaba a punto de ocurrir. Los cuatro le dieron la espalda a Laura, que quedó rezagada. Parecían haberse olvidado de ella. «Ahora o nunca», pensó la muchacha. Y apenas consciente siquiera de lo que hacía, miró desesperada a su alrededor en busca de algo que le sirviera de arma.

Al cabo de unos segundos, un grito de agonía rompía la calma secular de aquella cripta subterránea.

Von Steinberg, con ambas manos apretadas contra la base de su cuello, trataba en vano de detener el manantial de sangre que borboteaba entre sus dedos.

Y Laura sostenía con ambas manos a Hranting, la espada del héroe Beowulf, que ahora lucía una fresca mancha roja en su filo. Por la mano de una frágil muchacha inglesa, el viejo guerrero acababa de librar su última batalla contra los monstruos.

* * *

Durante unos segundos de estupor nadie se movió. Von Steinberg yacía en el suelo con los ojos en blanco, mientras un charco espeso comenzaba a extenderse en torno a su cuerpo. Por fin, el alemán más pequeño se arrodilló junto a él y comenzó a sacudirlo.

—*Hauptsturmführer!* ¡Capitán!—gritó.

Pero su antiguo capitán del escuadrón de las SS había rebasado ya el punto sin retorno. Laura contemplaba la escena a través de un velo de irrealidad. Era consciente del horror y sin embargo lo percibía de un modo amortiguado, como si todo aquello estuviera ocurriendo dentro de un sueño. Un sueño atroz donde todo estaba teñido de rojo, el color del charco inmundo que ya se extendía en torno a sus pies. Entonces Laura clavó la vista en la espada. La atenazaba con tal fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos en torno a la empuñadura. Y sintió asco mezclado

con miedo, como si el arma acabara de convertirse en una serpiente venenosa. La espada cayó de sus manos, y el ruido del acero contra la piedra llenó de ecos la enorme cripta. Aquel estrépito tuvo la virtud de devolverla al mundo real. La muchacha parpadeó y miró a su alrededor, y al hacerlo comprobó que los tres nazis la rodeaban en actitud amenazadora. El moreno, con las manos y la camisa manchadas por la sangre de von Steinberg, la encañonaba con su arma.

—El capitán ha muerto —dijo con voz sibilante—. De modo que ahora soy yo el oficial al mando. Y mi primera orden, que yo mismo voy a ejecutar, va a ser la de volarte los sesos, perra británica. Exactamente lo que mi capitán debió haber hecho hace mucho tiempo. Pero en el fondo él era un hombre débil. Un intelectual antes que un soldado. Yo, en cambio, he eliminado a muchos judíos y enemigos del Reich con estas manos. Pero basta de hablar. Primero mueres tú. Luego pulso el interruptor y pongo en marcha la fase final de la operación. Dos cosas que haré con sumo placer.

Adelantándose, el alemán colocó el cañón de la pistola a dos palmos de la frente de Laura.

«Ahora sí», pensó la muchacha apretando fuertemente los párpados. Al menos esperaba que fuese rápido. ¿Llegaría a oír la detonación? ¿Sentiría dolor en el instante en que la bala irrumpiera en su cabeza? Tal vez no. Tal vez sería simplemente como si se apagara la luz. De repente se apagaría su pensamiento. Quizás una última chispa fugaz y luego nada. Pensó en su padre, el profesor Phillips, en lo solo que se iba a quedar. Luego recordó a su madre. Pero ¿por qué se demoraba tanto el final?

Entonces oyó los gritos. «¡Soltad las armas! ¡Ahora!». Luego el ruido de las botas llenándolo todo. Y por fin se atrevió a abrir los ojos. Los tres alemanes que quedaban vivos tenían las manos en alto. Dos soldados de las fuerzas especiales los encañonaban con sus ametralladoras y los conminaban a apartarse del panel de mandos. Con ellos venía el capitán Cameron. Y tras él, como surgido de un sueño, un hombre alto de pelo gris que se parecía enormemente a... ¡su padre! Y al instante siguiente se encontró entre sus brazos, notando cómo las cálidas manos del profesor Phillips le acariciaban el pelo. Le hablaba con voz suave. La consolaba. Le preguntaba insistentemente si estaba herida. Pero Laura no era capaz de articular palabra. Tan solo podía esconder el rostro en el pecho de su padre y mojarle la camisa con sus lágrimas.

* * *

—Sospechábamos de su novio desde hacía tiempo, señorita Phillips. Su cobertura era impecable. La documentación y la historia que le habían fabricado los servicios secretos alemanes no tenían un solo fallo. De hecho, existió realmente un joven judío vienes llamado David Stein que respondía a la descripción de von Steinberg. Suponemos que lo eliminarían para que su hombre pudiera asumir esa identidad.

Se encontraban en el cuartel general del SIS, el Servicio Secreto de Inteligencia, cerca del parque de St James. Eran las ocho de la tarde y desde Broadway Street subía un ligero rumor de tráfico y voces. Laura no acababa de creerse que aún siguiera con vida y que hubiera logrado salir de aquel infierno subterráneo. ¿O es que todo había sido una pesadilla? Pero no, había sido real. Y como prueba ahí estaba el borde de su zapato todavía manchado de sangre. A Laura le habría

gustado irse a su casa y llorar hasta caer vencida por el agotamiento. Pero el Servicio Secreto de Su Majestad no se lo iba a permitir todavía. Además, la compañía del capitán Cameron le inspiraba confianza. Y por supuesto estaba también su padre, sentado junto a ella y sosteniendo su mano. Y pensar que durante todos estos meses lo había supuesto en alta mar, cuando en realidad estaba en el mismo Londres, ayudando a descifrar los códigos secretos alemanes. Con un fuerte arrebató de tristeza, Laura pensó que algunas personas muy cercanas a ella habían resultado no ser quienes creía, como si su vida se hubiera convertido en un absurdo baile de disfraces. Quizás hasta la buena de Martha fuera en realidad una especie de misteriosa Matahari. Laura trató de sonreír, pero comprobó que le resultaba imposible.

—Entonces, capitán, su presencia en el depósito de Aldwych no tenía nada que ver con la custodia de las obras de arte. ¿Me equivoco?

—Sí y no. Digamos que se trataba de algo incidental. Como ya sabe, mi especialidad es la inteligencia militar. Y mi principal cometido el de vigilar a su novio... Discúlpeme, señorita Phillips. Quería decir a von Steinberg. Estábamos casi seguros de que ocultaba algo, pero ha sido extremadamente hábil y escurridizo. Además, no convenía estrechar el cerco demasiado. Queríamos evitar que se alarmara y abandonara su misión antes de que pudiéramos obtener de él información valiosa sobre la red de agentes enemigos en Gran Bretaña. Lo que nunca pudimos imaginar era que fuera tan peligroso. Pensamos que trabajábamos en un asunto ordinario de contraespionaje. Jamás se nos ocurrió que pudiese estar tramando una monstruosidad semejante. Ni siquiera fuimos capaces de relacionarlo con esos matones.

—¿Qué ha sido de esos hombres?

—Los están interrogando. Todavía necesitamos conocer el emplazamiento exacto de todas las cargas explosivas para que nuestros artificieros puedan desactivarlas. La red metropolitana está cerrada en estos momentos. Suerte que no parece haber riesgo de ataque aéreo. En cuanto a esos espías y saboteadores, es probable que acaben ante el pelotón de fusilamiento.

«Demasiadas muertes», pensó Laura con un suspiro. Se sentía agotada más allá de lo que creía posible. Pero aún le quedaban más preguntas.

—Hay algo que no acabo de comprender. ¿Cómo supieron dónde encontrarme?

El profesor Phillips tomó entonces la palabra para narrar la inesperada visita del capitán y el contenido de su conversación, los temores que le había expresado a raíz de la desaparición de Laura y la urgencia con que habían puesto en marcha la operación de rescate. Laura apretó con fuerza la mano de su padre.

—Vuestra aparición ha sido un milagro —dijo Laura—. Pero sigo sin poder imaginar cómo pudisteis dar conmigo dentro de ese laberinto.

—Bien, hija, en eso ha tenido mucho que ver nuestro amigo, el capitán Cameron, a quien nunca le estaré lo bastante agradecido.

Laura interrogó al militar con la mirada y lo vio enrojecer ligeramente.

—Un golpe de suerte. Esta misma mañana, cuando hablé con el ama de llaves de su padre, ella me pidió que entrara en la biblioteca y me mostró el mapa que hicieron anoche, con un círculo rojo en torno a esas ruinas romanas de Walbrook. Pudimos acceder a los túneles a través del agujero que provocó el derrumbamiento de Aldwych. Era la única entrada que conocíamos. Pero sin una indicación precisa de la dirección que debíamos seguir, jamás habríamos sido capaces de localizarla. Con todo, ha resultado endiabladamente difícil. Temo que algunos de mis hombres

anden todavía perdidos por allí abajo.

Laura imaginó a los soldados británicos deambulando por la red de túneles, y tal vez topándose con algunos soldados romanos que aún no habían sido capaces de encontrar la salida. En otras circunstancias la idea le habría resultado divertida.

—¿Qué hay de la cripta y de su contenido? —preguntó el profesor Phillips—. ¿Cuándo piensan anunciarle al mundo el descubrimiento?

El capitán Cameron adoptó un semblante grave.

—La cripta y el barco nos plantean un serio problema, profesor. Por su experiencia en la inteligencia militar se hará cargo de que el hallazgo debe permanecer en secreto, al menos hasta que concluya la guerra. Y créame que lo siento, porque soy consciente de su importancia. Pero sería como anunciarle al mundo que los alemanes han estado a punto de asestarnos un golpe fatal. Aunque el plan haya fracasado, supondría un chorro de agua fría para la moral del pueblo británico y un regalo para el aparato de propaganda nazi. —Entonces miró a Laura—. Usted también lo comprende, ¿verdad, señorita Phillips?

Laura asintió. Lo comprendía muy bien. De hecho, no le habría importado en absoluto que la tumba quedara sellada para siempre, junto con todos los acontecimientos espantosos que se habían desencadenado allí abajo. Sería el mejor modo de devolverle al guerrero el descanso que le habían arrebatado... y tal vez de que ella pudiera empezar a olvidar. Pero de un modo intuitivo supo que la clausura de la tumba no iba a suponer ninguna diferencia. Es posible clausurar una cripta, pero no hay modo de sellar la memoria.

Sobre el escritorio del capitán había una bandeja con tres tazas de té. Laura tomó la suya y bebió un trago. Estaba frío y amargo.

—Veo que el té del ejército no es demasiado bueno —dijo con una mueca.

—Lo siento, señorita Phillips, haré que le traigan otra taza de inmediato.

—No, no se moleste —dijo la muchacha agitando la mano—. Y, por favor, llámeme Laura. Creo que después de lo de hoy deberíamos empezar a tutearnos.

El capitán volvió a ruborizarse de forma casi instantánea. El padre de Laura sonrió afablemente y a ella le habría gustado sonreír también, pero seguía sin recordar el modo de hacerlo.

—Sí... sí... claro... Laura... —tartamudeó el joven militar—. Le ruego que use usted también mi nombre de pila.

De repente Laura descubrió que, aunque llevaba viendo a aquel joven casi a diario desde el comienzo de la guerra, aún no sabía cómo se llamaba.

—Sean —dijo él al observar la turbación de Laura—. Me llamo Sean.

—Te debo la vida, Sean —dijo Laura dulcemente.

—Y cientos de miles de londinenses te la deben a ti, a tu heroica acción, aunque quizás nunca lo sepan. Todo lo ocurrido es información clasificada y debo rogarles a ambos que lo mantengan en secreto. Sin embargo, permíteme que te dé las gracias en nombre de todos esos miles de compatriotas que ahora siguen vivos gracias a tu valor.

El profesor Phillips notó que el orgullo le formaba un nudo en la garganta. Cuánto hubiera dado por que su esposa pudiera vivir junto a ellos aquel momento. Laura se limitó a asentir. Comprendía que las palabras del capitán Cameron eran ciertas. Su decisión había sido la única posible, pero eso no le hacía sentirse una heroína. Al contrario, notaba que con la fatiga crecían

dentro de ella la culpabilidad y el dolor. Y si cerraba los ojos, lo único que podía ver era la espada en su mano y el cuerpo de David en medio de un charco de sangre. La muchacha se estremeció y notó que una espesa niebla roja nublaba su vista. Durante unos instantes permaneció muda y ausente. Solo el abrazo de su padre la hizo reaccionar.

—Lo siento, capitán... Sean —dijo el profesor—. Me temo que mi hija ha vivido demasiados acontecimientos desagradables en un solo día. Va a ser necesario interrumpir esta conversación. Pero permítame expresarle de nuevo mi gratitud. ¿Querrá venir a cenar con nosotros el sábado?

El capitán Cameron se puso de pie tras su escritorio.

—Será un honor, señor. ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

Laura lo miró con ojos relucientes y, no sin gran esfuerzo, logró por fin dedicarle una sonrisa.

—Solo una cosa más, Sean. Llévanos a casa.

Capítulo XII

Epílogo

Trafalgar Square, Londres, 11 de diciembre de 1941.
Siete meses después.

Era jueves. Un jueves de diciembre. Y las terceras Navidades desde el comienzo de la guerra estaban muy próximas. En tiempo de paz, Trafalgar Square habría estado llena de luces. Se habría plantado un gran abeto, y junto a la columna de Nelson se congregarían los grupos de cantantes de villancicos. Hoy, en cambio, Laura y Sean paseaban juntos por una plaza sombría, desnuda de abetos y de bombillas de colores. El Consejo de la ciudad de Londres seguía demasiado ocupado retirando escombros como para pensar en adornos navideños. Y la iluminación de colores no habría servido sino como faro para atraer a los bombarderos alemanes. Tras muchos meses de duro castigo, la ciudad apenas tenía fuerzas para celebrar la Navidad. Si bien en los últimos tiempos los londinenses estaban disfrutando una especie de tregua. El ataque de la noche del 10 al 11 de mayo había sido el último bombardeo masivo del *Blitz*. A partir de entonces las incursiones se habían espaciado y habían menguado en intensidad. Se decía que Hitler había modificado sus planes. Ahora necesitaba toda su fuerza aérea para acometer la invasión de la Unión Soviética, lo que le había proporcionado a Inglaterra un respiro. Y aunque muy pocas personas lo sabían, aquella pareja de jóvenes que paseaban juntos por Trafalgar Square había tenido mucho que ver con el cambio de estrategia del alto mando alemán.

De pronto comenzó a nevar, lo que confirmaba por una vez el pronóstico meteorológico. «Nieve en el sur de Inglaterra», había anunciado la BBC por la mañana. Tal vez la única buena noticia de todo el boletín. El resto del tiempo lo habían dedicado a informar sobre el ataque japonés contra la base norteamericana de Pearl Harbor, en las islas Hawái. La noticia de la catástrofe había llegado el domingo anterior, y desde entonces en Londres no se hablaba de otra cosa. La flota de los Estados Unidos en el Pacífico había sido atacada por sorpresa, sin que mediara declaración de guerra. Sus fragatas y cruceros yacían en el fondo de la bahía sin haber podido disparar un solo cañonazo. Más de dos mil hombres muertos. Los británicos habían recibido la noticia del infame ataque con la misma indignación que si el ultraje lo hubiera sufrido la Royal Navy. Pero al mismo tiempo, por terrible que pudiera sonar, la tragedia abría una puerta

para la esperanza.

Sopló una ráfaga de aire helado y Laura sintió un escalofrío. De forma casi instintiva, buscó abrigo acercándose al capitán y él, con cierta timidez, le ofreció su brazo a la muchacha. No eran novios, sino más bien compañeros de armas. Dos veteranos brindándose apoyo mutuo en momentos difíciles. El día anterior el capitán había recibido la noticia de que iba a dirigir una operación en el continente. Por supuesto, se trataba de alto secreto y no había podido facilitarle a Laura información alguna. Pero ella sospechaba que Cameron tenía instrucciones de contactar con la resistencia francesa y que la suya iba a ser una misión de alto riesgo en un país ocupado por el enemigo. Qué remedio. Eran los tiempos que les había tocado vivir. Y había cosas más importantes que la vida. ¿Dónde había oído ella esa frase?

Parecía haber transcurrido un siglo desde los sucesos de mayo. Laura siempre había confiado en su fortaleza de carácter, pero en los días que siguieron a su rescate comprendió que en cualquier momento podía desmoronarse sin remedio. Durante muchas noches apenas fue capaz de conciliar el sueño. Y cuando lograba dormirse, despertaba en mitad de la noche acosada por pesadillas en las que no aparecía el nazi von Steinberg, sino David, ese dulce muchacho austriaco que había sido su novio durante dos años... y al que ella había matado con sus propias manos. Despertaba gritando y con la sensación de estar cubierta de sangre. Y luego lloraba durante horas y horas. Finalmente Laura comprendió que no podía cuidar de sí misma y acudió a la casa paterna en busca de consuelo y ayuda. Por fortuna, y en vista de las extraordinarias circunstancias del caso, su padre recibió un permiso especial y la pudo acompañar.

Y la comida casera de la entrañable Martha también obró milagros. Pero fue el capitán Cameron—Sean—quien le brindó todo el apoyo que pudiera desear.

El joven la visitaba casi a diario. Le llevaba libros y revistas ilustradas, y la entretenía con divertidas anécdotas del ejército o de su infancia en Edimburgo, demostrando un sentido del humor que Laura jamás había sospechado en él. De lo que nunca hablaba durante sus visitas era del curso de la guerra, lo que la muchacha le agradecía de corazón, y por supuesto jamás volvió a referirse al terrible desenlace de aquella aventura subterránea. Poco a poco Laura comenzó a recuperar sus fuerzas, y a finales de junio le fue posible acudir a Whitehall en respuesta a una invitación del primer ministro. Sean la acompañó.

«Con jóvenes como ustedes, es inconcebible que nuestra nación pueda perder la guerra», les había dicho el señor Churchill sin dejar de fumar su habano. Fue justo al abandonar el 10 de Downing Street, entre toses nerviosas y tartamudeos, cuando Sean le confesó que la amaba desde el primer día que la había visto en la estación de Aldwych. Por entonces Laura sentía un sincero afecto por el muchacho, y nada le habría gustado más que poder darle alguna esperanza. Pero sabía que en aquella cripta subterránea algo había quedado roto para siempre. «Es demasiado pronto», le dijo. «Tal vez con el tiempo...».

Desde entonces habían seguido viéndose con regularidad. El capitán había almorzado con ella y con su padre en varias ocasiones, y Laura se había sorprendido al comprobar que ambos hombres congeniaban a pesar de proceder de mundos tan distintos. De hecho, el profesor Phillips había insinuado que vería con buenos ojos una relación entre ella y el joven, a lo que la muchacha había respondido con una sonrisa cansada.

Sí, Laura necesitaba tiempo. Tiempo para olvidar y para restañar sus heridas. Pero el tiempo era un bien escaso en época de guerra, sobre todo ahora que el capitán Cameron tenía que

embarcarse en una peligrosa misión en el continente. Esta podía ser una de sus últimas ocasiones para estar juntos, pero ninguno de los dos parecía capaz de encontrar las palabras precisas. Por eso caminaban en silencio por Trafalgar Square, cada cual buscando el abrigo y el consuelo del otro. Pasaban ante la iglesia de St Martin-in-the-Fields cuando oyeron el griterío. Entre una multitud que lanzaba vivas y hurras, un muchacho vendía la edición vespertina del Daily Telegraph. O al menos trataba de hacerlo, porque las docenas de londinenses que lo rodeaban le estaban arrebatando los diarios de las manos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Sean a un hombre que se alejaba con un maltrecho ejemplar bajo el brazo.

El hombre los miró con una sonrisa de júbilo y desplegó el diario para que pudieran leer la portada.

¡AMÉRICA ENTRA EN LA GUERRA!, rezaba un gigantesco titular. Debajo, en letras algo más pequeñas, se añadía: CUATRO DÍAS DESPUÉS DE PEARL HARBOR, EL SENADO DE LOS ESTADOS UNIDOS DECLARA LA GUERRA A ALEMANIA E ITALIA.

—¡Celébrelo con su novia, soldado! —gritó el hombre mientras se alejaba—. ¡Si América lucha a nuestro lado no podemos perder!

Laura y Sean se miraron. Era una noticia esperanzadora, por supuesto. Lo que Inglaterra llevaba anhelando desde el principio de la guerra. Pero ninguno de los dos encontró motivos para el júbilo. Ambos sabían que tendría que transcurrir mucho tiempo antes de que las fuerzas del Eje fueran vencidas. Ahora el mundo entero estaba en guerra. Habría millones de muertos más. Muchos hombres tendrían que entregar sus vidas para alcanzar la ansiada victoria. Y Sean podía ser uno de ellos.

—Esto va a acabar —dijo él.

—Sí, pero ¿cómo será el mundo después de tanto horror? ¿Merecerá la pena vivir en él?

Ambos se miraron en silencio durante unos segundos. Hubo un instante en que Laura pensó que Sean iba a abrazarla y casi deseó que lo hiciera. Pero el muchacho pareció pensárselo mejor y le ofreció su brazo para reanudar el paseo. Caminaron muy juntos, casi apoyándose el uno en el otro. Y de este modo se alejaron mientras la nevada arreciaba por momentos, hasta que la silueta fundida de ambos se perdió tras una cortina blanca.

En el centro de Trafalgar Square un grupo de viandantes se había reunido de forma espontánea para entonar canciones navideñas. Más allá, en la zona del río, los fuegos artificiales estallaban en el crepúsculo.

Tal vez mañana regresaran las bombas. Pero esta noche el fuego de los cohetes iba a ser el único que ardiera sobre la ciudad de Londres.

- FIN -



ELOY M. CEBRIÁN: Nací en Albacete en 1963. Me licencié en Filología y enseñé inglés en un instituto de mi ciudad. He publicado cinco novelas y dos libros de relatos. Entre mi narrativa para jóvenes, me gustaría mencionar *Bajo la fría luz de octubre*, una crónica de mi familia durante la guerra civil, y una novela histórica titulada *Bucéfalo, memorias del caballo de Alejandro*, que fue mi primera obra publicada. Con *Operación Beowulf* he querido brindaros mi versión de una trama de aventuras y espionaje. Creo que en este libro encontraréis numerosos ecos de los libros que me han formado como lector y como escritor. Espero que os divierta y que os enseñe alguna que otra cosa.